

LA PRIMERA VEZ



ELENA VEGA

A Ramón,
A mis hijos, Diego y Nora
Los faros que me guían
A mi hermana Begoña.
Ella sabe por qué

LA PRIMERA VEZ

Elena Vega

Autoedición

AGRADECIMIENTOS.

Todos los que forman parte de mi vida, han aportado algo, que me ha ayudado a escribir esta novela. Algunos, cosas buenas, otros no tanto, pero todo suma. Somos lo que somos y escribimos lo que escribimos, porque estamos compuestos de experiencias de todo tipo, que nos hacen aprender y crecer.

¡Qué triste sería la vida, en un mundo de unicornios, estrellas fugaces y arcoíris eternos!.

No me malinterpretéis, no es que quiera vivir inmersa en un drama continuo. No. No es eso.

Solo que la vida, debe estar bien sazonada. La sal es lo bueno y la pimienta lo malo. Ambas hacen falta.

Dicho esto, gracias en general a los que mucho o poco, estáis ahí en las duras y las maduras. Incluso a los que no están ni se les espera, porque en algún momento, dejasteis una muesquita que ha llegado hasta aquí. Hasta ahora.

Tengo muchas de esas marquitas en el corazón, y todas han conformado quien soy.

Voy a detenerme en este momento, en las buenas, en las que han sido esenciales para que esté aquí escribiendo esto.

A Julia, mi hermana, por convertirse en mi editora improvisada. Tus observaciones, dieron el impulso final a esta historia. Te confesaré que hay mucho de Soledad en ti.

A Sandra, mi sobrina, por ser mi diseñadora gráfica particular y la creadora de la fantástica portada de este libro. Cuando intento expresar en un relato la belleza y la dulzura, solo tengo que pensar en ti.

A Marta, Jessica y Verónica, las primeras lectoras de mis manuscritos y las que, con sus comentarios y reflexiones, me animaron a seguir escribiendo para llegar hasta aquí. Me aterraba la idea de sacar del lápiz de memoria este libro y mostrárselo a alguien. Vosotras tres, fuisteis las elegidas ¿y por qué? Porque me disteis la suficiente confianza para hacerlo y la seguridad de que os lo tomaríais en serio ¿y por qué?, porque cuando habláis de un libro que os ha gustado, os brillan los ojos. En vuestras palabras, se cuele la pasión y la dedicación por la historia. Os esforzáis por entenderla, por disfrutarla e incluso sentirla. No podría haber escogido mejor.

A Begoña, la persona que me acompañó toda la vida hasta que ambas, decidimos compartirnos con otros. Hermanita, no cambies nunca. Eres la creatividad de Sofía y la pasión por los caballos de Arfan, pero sobre todo eres mi Maribi. Ahora que te he dedicado el libro y te lo he agradecido, no tienes excusa para no leerlo. Lo prometido es deuda.

A Ramón, que me ayuda día a día, a encerrar los monstruos en el armario y me muestra que se puede ser un poquito más sal que pimienta. Gracias por aguantarme tantas tardes e incluso noches, leyéndote fragmentos, explicándote ideas, viéndome reír, viéndome llorar. Todos los días me sorprende tu incombustible fe en mí.

Por su puesto a mis hijos, que, con su enorme paciencia me han liberado de muchas tareas y han renunciado a algunos momentos juntos, para que pudiera escribir.

Diego, tu nombre no sale en este libro, pero estás, hijo estás. Más de lo que piensas. No te diré donde, descúbrela tú.

Nora, mi pequeña Nora. Valiente, fuerte y tenaz. Cada día que te conozco un poco más, también te admiro un poco más. Cómete el mundo, está ahí esperándote.

A todos los que quieran leer este libro y disfruten haciéndolo.
Gracias,

LA PRIMERA VEZ

Elena Vega

PROLOGO.

No quería abrir los ojos, sentía mucho dolor, como si una losa me aplastara el cráneo hasta el punto de partírmelo.

No existía tal losa, era mi cabeza. Mi cerebro estaba a punto de estallar.

Una mano apretaba con fuerza la mía y a la vez me acariciaban la cara. El tacto me hacía sentir bien, en paz, en casa.

El dolor no me daba tregua, pero aquellos cuidados me aportaban calma para sobrellevarlo. Poco a poco cedí al estímulo y miré quien me prodigaba esas dulces atenciones.

Para mi sorpresa, se trataba de un septuagenario de pelo cano y moreno de tez. Su cara estaba surcada por arrugas y lágrimas que a su vez le dibujaban nuevos surcos, como el agua de un riachuelo que débil, se abre paso entre la tierra hostil.

Se adivinaba que había sido una persona de gran belleza, todavía lo era. Tenía la presencia de todo un señor y aunque su rostro me resultaba familiar no conseguía adivinar porqué, diría que era la primera vez que lo veía.

A cada lado, apoyando sus manos en los hombros del caballero había un hombre y una mujer.

Primero me detuve en él, que ocupaba una posición más cercana a mi almohada. De unos cuarenta años, se parecía mucho a la persona mayor. Moreno, fibroso, guapo a rabiar. No estoy segura tampoco de quien era, pero despertaba en mí algo especial. Mucha ternura para ser un extraño. Me desconcertaba aquella sensación de estar rodeada de desconocidos que me consolaban y desprendían tanta tristeza junto a mi lecho, demostrando que yo era importante en sus vidas y sin embargo para mí no significaban nada.

Intentando soportar la molesta punzada que atenzaba mi frente, alcé la cabeza para ver a la mujer, no sabría decir su edad, treinta o cuarenta años, quizás. Me quedé perpleja al observarla bien.

<<¡Era yo!>>.

Como podía ser posible, estar a la vez en la cama y de pie junto a ella.

No, esa chica no era yo y sin embargo era como una réplica de mí.

Cerré y abrí los ojos para asegurarme que la vista no me engañaba, para confirmar, que la visión era correcta y no la proyección de un delirio, debido quizás a aquel espantoso dolor. Aparentemente era real y eso no encajaba, era desconcertante.

<< ¿Dónde estaban mi padre y mi madre? >>.

Ellos nunca se separaban de mí, era su única hija. Nunca me dejarían en manos de aquellos extraños. Tenían que estar acompañándome y decirme que pasaba.

Con mucha dificultad, intentando sobreponerme al sufrimiento que me causaba cualquier mínimo movimiento, observé el resto de la habitación, con el fin de encontrarlos, pero el esfuerzo fue en vano, no había nadie más en aquella estancia, que también me resultaba desconocida.

Era un sitio muy bonito, amplio, moderno, resplandeciente por la influencia de un gran ventanal que dejaba entrar un torrente de luz refulgente, que se depositaba con fuerza en los tabiques y los muebles. Todo de un inmaculado blanco, dando aún más sensación de luminosidad.

Aquel ambiente absolutamente puro y pulcro solo se veía empañado por los cuadros suspendidos de las paredes que daban un toque de color que vestía la habitación y que ante tanta

claridad resaltaban como piezas extraordinarias.

<<¿Era aquella mi habitación?>>.

<<¿Eran quizás, aquellos cuadros, obra mía?>>.

Me duele mucho la cabeza, no soy capaz de pensar con claridad.

Todo me resulta extraño y a la vez enormemente familiar.

Es una sensación desagradable, como si se me revelasen acontecimientos que ya he vivido y personas que conozco, pero que en realidad no, no forman parte de mi vida. No han sucedido. Un Déjà vu.

—¿Dónde estoy?, ¿Quiénes sois? —acerté a decir.

Observé como sus caras se entristecían aún más, pero el más anciano de los tres, enseguida se recompuso, dibujó una sonrisa en su boca y en su cara un gesto tierno.

Era un hombre muy atractivo, al mirarle mi corazón se aceleraba.

—Soy Sahiyar, ¿me recuerdas Sherezade? —dijo mientras su mano volvía a acariciar mi mejilla —Está apunto de amanecer ¿quieres terminar la historia que me estabas contando?

—Me gustaría señor, pero no la recuerdo, no recuerdo nada —intenté esforzarme por hacer memoria, pero parecía que mi mente estaba en blanco.

—Yo te ayudaré —sacó un aparato rectangular de su cazadora, parecido a un iPod, apretó algunos botones y una melodía empezó a sonar.

Era una balada lenta, cantada en español. Hablaba de conocerse, de ceder al amor sin importar lo que dijeran los demás. Me gustaba, me gustaba mucho y la conocía.

<<Por fin algo familiar>>.

Solía escucharla cuando iba al instituto. En aquellos momentos que me dejaba llevar por el romanticismo. Cuando soñaba con encontrar el amor perfecto, cuando imaginaba poder formar parte de un cuento de princesas y príncipes azules.

Sin motivo aparente noté lágrimas bajando por mi cara. —Cierra los ojos, patito, la música te ayudará a recordar la historia. Cuéntanos lo que rememores —le hice caso, cerré los ojos y un montón de imágenes, empezaron a aparecer en mi mente. Seducida por la atmósfera, me centré en intentar repensar y unir todo lo que se amontonaba en mi confusa cabeza .

LA FILA.

La cola para matricularme en la Universidad era más larga de lo que esperaba y hacía un calor de mil demonios. Había dormido mal, pensando en mis futuros estudios y madrugado para llegar pronto. Pensaba que así no esperaría mucho.

<<A quien madruga, Dios ayuda>>, me repetía la noche anterior y así debía ser. Me había esforzado considerablemente para llegar hasta allí y quería que la espera fuera corta.

Era sencillo. Si llegaba a la facultad a la hora que abrieran las puertas, no tendría por qué tardar y conseguiría cantar victoria antes de las diez de la mañana. Ser por fin una universitaria y poder disfrutar del verano, con la tranquilidad del trabajo bien hecho.

<<¡Está claro que los planes no siempre salen bien! >>.

Mi humor era pésimo, aquella fila avanzaba lentísima, y me estaba poniendo muy nerviosa. Debía buscar algo positivo para calmar mi agobio.

Era una táctica que utilizaba a menudo para tranquilizarme. Hurgaba en mi mente centrándome en situaciones felices y si no las había, directamente me inventaba una historia, algo que apartara los pensamientos incómodos. Generalmente era efectivo y me apaciguaba.

A mi mente vino mi madre. Esa mañana, se había levantado antes de lo normal para prepararme un zumo de naranja y unas tostadas con aceite y sal.

<<Mi desayuno preferido>>.

Era un recuerdo perfecto y al recordararlo, el sosiego llegó a mi cuerpo.

Esa era la sensación que provocaba en mí aquel maravilloso ser. La paz que una madre da a su retoño con el simple hecho de abrazarle, cuando está nervioso, asustado o llora desconsoladamente por un dolor o un desagravio. Nadie era capaz de tranquilizarme como ella. Definitivamente, tenía un aura especial.

No se puede estar disgustado si está presente, pues te inunda su serenidad y su armonía.

Soledad, mi madre, es una mujer excepcional, siempre positiva, comprensiva, dulce.

Una persona adelantada a su tiempo. Culta, independiente y la responsable de que estuviera esperando para matricularme en Bellas Artes en La Complutense de Madrid.

Aunque había nacido en una familia pobre y sin recursos, se había abierto paso y logrado un buen futuro.

Gracias a su tesón e inteligencia, consiguió una beca para estudiar en una escuela de arte y tras finalizar sus estudios, entró a trabajar en una galería, donde se había forjado una reputación en el gremio.

Su pasión por su trabajo era admirable y, como no podía ser de otra manera, me había inculcado su entusiasmo por la pintura.

Nuestros momentos favoritos eran visitando la exposición temporal de cualquier pinacoteca o sala de arte.

Descubrir un pintor nuevo o redescubrir a los ya consagrados, era más que una afición, era nuestro placer compartido más apasionante.

De observar pasé a hacer. Llevaba en clases de pintura desde primaria.

Con el tiempo, había conseguido varias exposiciones en locales, que el ayuntamiento cedía para tal fin y en algún café. La aceptación era siempre buena, incluso había vendido algún cuadro.

Mi madre me auguraba un futuro prometedor y ella sabía de lo que hablaba.

Esa mañana, antes de salir para la facultad, se mostraba realmente nostálgica y ñoña. No dejaba de rememorar acontecimientos de mi infancia, como el día que vi el Guernica por primera vez y no podía parar de llorar.

Tras cada recuerdo me decía lo orgullosa que estaba de mí y empezaba a darme besos en la frente.

Parecía una señora mayor, que repasa su vida consciente de que el tiempo transcurrido es mayor que el que queda por delante y que su mejor tesoro son los recuerdos.

<<Mira que estás pesadita hoy>> Le dije algo ofuscada.

Le planté un beso en la mejilla, mientras cogía mis cosas y sin dejarla decir nada más, me fui de casa, antes de que me pudiera abrazar, como solía hacer siempre que nos separábamos.

Un profundo y silencioso abrazo de los que calan en el corazón.

Cuando por fin pueda decir que estoy matriculada en la carrera de mis sueños, si es que esta cadena de personas avanza y puedo llegar a la ventanilla, iré a buscarla al trabajo y la invitaré a comer. Así podrá darle la buena noticia y el abrazo que le debo.

No hay nada que me apetezca más que compartir con ella, la nueva vida que comienza para mí.

Siempre he sido una buena estudiante y gracias a mis notas podía cumplir mi sueño. Todo era perfecto, tal cual lo había deseado.

<<¿Cómo le iría a Toni? >>, ese pensamiento se coló sin permiso, no estaba catalogado entre los que me ayudan a tranquilizarme, pero allí estaba y ya no había vuelta atrás.

Era mi novio desde el instituto, nos llevábamos bien. No había fuegos artificiales, ni mariposas en el estómago cuando estábamos juntos, pero tampoco dramas innecesarios.

Era una relación práctica.

Él había decidido cursar derecho en la Universidad Europea y también había decidido, que lo mejor era un cese momentáneo de la relación, para poder centrarse en los estudios.

Los dos estuvimos de acuerdo, fue una conversación tranquila. Ninguno sintió tristeza, sabíamos que tarde o temprano ocurriría, simplemente nos despedimos con un beso en la mejilla y la promesa de seguir siendo amigos.

Toni era un buen chico. Tímido, prudente, educado, respetuoso, pero un amante bastante mediocre. Desde luego, no era un galán de cine, tampoco yo era nada especial. Estábamos cómodos juntos, al menos en el plano emocional, porque en cuanto a nuestros encuentros sexuales no iba bien, eran descafeinados, no había chispa y eso creo que lo sabíamos los dos, aunque nunca hablamos de ello.

En mi boca se dibujaba una mueca pícara pensando en mis fingidos jadeos cuando practicábamos sexo. Me daba pena que creyera que no me satisfacía, que no sentía ningún placer con él, pero esa era la verdad.

Toni no era un buen amante.

Nuestros escauceos eran fugaces y espaciados en el tiempo. Siempre encontrábamos la excusa perfecta para aplazar ese momento íntimo. El estreno de una película, un partido de fútbol, un videojuego, un paseo al atardecer, una cena con amigos, ver la tele...cualquier plan era bueno.

Fue el primero y el único en mi vida, así que no tenía mucho con lo que comparar, pero a veces pensaba que, si el sexo era siempre así, no merecía la pena.

¡Era un verdadero aburrimiento!.

Al tedio, había que sumarle la incomodidad de la situación. La sensación de que un cuerpo desnudo, invadiera tu espacio vital, te tocara sin remilgos y te penetrara, me resultaba molesto,

incluso algo grotesco.

No entendía porque la gente le daba tanta importancia.

«no estás siendo sincera Sofía » me decía a mí misma. «cargas las tintas contra Toni y en realidad la única culpable eres tú ».

Es cierto, me sentía incapaz de sentir.

Cuando Toni empezaba a tocarme, me ponía rígida como un palo y no conseguía entrar en aquel juego de seducción. Así que poco a poco, él se fue saltando los preámbulos y se desahogaba con un “aquí te pillo, aquí te mato” breve, lo justo para cubrir sus necesidades de eyaculación. Yo le agradecía que fuera al grano, si tenía que pasar por ese trago al menos que fuera rápido.

Muchas veces me pregunto si soy frígida. Incapaz de sentir placer sexual, de llegar...bueno de aproximarme, al orgasmo.

«¿Qué se sentiría? ».

Tengo curiosidad, pero creo que nunca lo descubriré. En este aspecto no me acompañarán el deseo ni el goce, estoy segura. Además, estoy convencida que la gente exagera mucho y que en realidad no es como lo pintan. No podía ser tan placentero.

Una vez leí en una revista que la incapacidad de una mujer para llegar al clímax se debía a la incapacidad de su compañero de estimularla adecuadamente para alcanzar el orgasmo.

Desde eso momento decidí no flagelarme más y pensar que yo sería fría como un témpano, pero que igual Toni no era un amante lo suficientemente bueno como para calentar el hielo. Así que tomé la decisión de fingir y que al menos uno de los dos disfrutara del momento y pensara que ambos quedábamos complacidos.

En ese instante de pensamientos tan poco estimulantes, empezó a sonar en mi móvil, la melodía Solamente Tú, de Pablo Alborán, que me alejó de aquellas turbadoras reflexiones.

Sin lugar a dudas era mi padre.

Tenía la costumbre de asignarle melodías personalizadas a mis contactos para diferenciarlos por el tono. Y esta era la que le había adjudicado a él.

Mi padre se preocupaba por el nuevo rumbo de mi vida. Preferiría que hubiera elegido unos estudios más prácticos. Soñaba con que fuera ingeniera como él, pero en la rama informática.

Desde luego con mis notas podía acceder a la carrera que quisiera, pero yo no estaba hecha para unos estudios tan cuadrículados, lo mío era la creatividad.

Fue fácil hacerle entender que no sería feliz con esa profesión. Me preguntaba, como dos personas tan distintas, mi padre y mi madre, podían quererse tanto y complementarse tan bien. La ingeniería, exacta y programada, frente al arte, abierto e impredecible.

Sin embargo, representaban en su esencia, el complemento perfecto, la cuadratura del círculo.

—Papa —me apresuré al descolgar— tranquilo, todavía estoy en la cola. Aun estás a tiempo de convencerme de que curse esos estudios tan aburridos con lo s que sueñas —espeté echando una gran risotada.

—Sof...Sofía... —su voz se entrecortaba entre sollozos.

—¿Qué pasa papa? —Pregunté alarmada.

—Tu madre —hizo una larga pausa— tu madre ha sufrido un accidente cuando iba a trabajar. Un coche la ha arrollado. Está grave. Tienes que venir al hospital 12 de octubre —Y su llanto se descontroló.

Colgué sin decir nada. Miré a mi alrededor desconcertada y eché a correr hacia la boca del metro.

Nunca volvería a pisar ese lugar. Mis sueños se habían quedado en aquella fila.

Tras tres días en coma, mi madre se apagó sin poder despedirnos.

Siempre me arrepentiré de mi manera de tratarla la mañana que me iba a la universidad. De no haber disfrutado de su último abrazo.

LA AUTOPISTA AL INFIERNO

Metida en la ducha para ir a trabajar, un día más, en la apesosa discoteca Mar de Salsa, sólo podía pensar en lo que había cambiado mi vida en dos años.

«¡La noche se presentaba agobiante! »».

Desde la muerte de mi madre, me limitaba a vivir, sin sueños, sin ilusión.

Todos los días realizaba la misma rutina, me levantaba tarde, preparaba el almuerzo y veía una película o leía un poco hasta la hora de ir a trabajar. Era uno de los pocos placeres que me permitía. El único momento de escape de mi miserable vida.

Soñaba con las vidas de los protagonistas de esas películas o libros románticos. Me transportaba a sus historias, no carentes de sufrimiento, pero en general, con final feliz, si por final feliz entendemos conseguir ser amada incondicionalmente y con gran pasión.

No podía perder mucho tiempo en ensoñaciones así que, a regañadientes, volvía a la realidad y recogía un poco la casa.

Hoy la película, que me había ayudado a olvidar mi existencia, era “Orgullo y prejuicios”.

Me pareció muy buena, me enganchó de principio a fin. Estaba bien ambientada, un entorno muy logrado y un vestuario exquisito, además, el ritmo era sublime. A veces las películas de época resultan un pelín lentas, pero no era el caso.

Más allá de eso, yo me identificaba con Lizzie. Inteligente y con carácter. Atrapada en un mundo que no quería para ella, anhelando otra vida, revelándose en algunos momentos y conformándose en la mayoría.

La diferencia, es que ella tuvo la enorme fortuna, de que un acaudalado hombre vino a salvarla de su pesadosa existencia. Él supo valorar su lucha y su mérito por distinguirse de las demás.

Desgraciadamente las mujeres, por muy valiosas que sean, siempre tienen que esperar “un príncipe azul” que las salve, que las ponga en valor.

Eso me hastiaba enormemente.

Yo no creo en los cuentos de hadas, ni en los flechazos, ni siquiera en el amor, al menos para mí, pero me encantaba ver esas películas.

Es una de mis tantas incongruencias.

No soporto la dependencia femenina de los hombres, y sin embargo, adoraba el romanticismo que se basa precisamente en eso, en la sumisión y el sometimiento sentimental.

Miré por el rabillo del ojo el reloj. Las siete de la tarde. Hora de cerrar mi mente y prepararse para ir a trabajar.

«Todos los días lo mismo »».

Después de enterrar a mi madre y con el plazo para matricularme en la universidad, finalizado, decidí buscar trabajo, en un intento absurdo de borrar de mi vida todo lo que me la recordara. Enseguida encontré un puesto de camarera en Mar de Salsa, una discoteca de barrio, donde importaba más el físico que el coeficiente intelectual, lo cual se me antojó ideal para reducir mi cerebro al tamaño de una pasa y dejar de pensar.

Al principio, era algo temporal, para ocupar el tiempo mientras transcurría el año y volvían a abrir el plazo de matrícula, pero cuando llegó el momento, tampoco lo hice, no podía estudiar

Bellas Artes. Era demasiado doloroso para mí. Demasiados recuerdos. Ya no tenía ninguna ilusión por volver a la universidad.

Me quedé atrapada en mi nueva vida, en mi propio infierno.

Eché un vistazo alrededor, si mi madre viera como teníamos su adorado piso, nos mataría.

Recorrí con mis ojos la habitación y negué con la cabeza, intentando hacer desaparecer aquella realidad.

En el fondo, sabía que ella era incapaz de juzgar a nadie y era yo quien calificaba aquello como desastre. Ella no lo haría.

Si estuviera, nuestras vidas estarían llenas. Era como el ancla que nos mantenía unidos a tierra. Sin ella, nuestra existencia se había tornado en un barco a la deriva, sin rumbo, sin tierra firme a la que ir. Flotando, sin más, entre las olas, con el único instinto de sobrevivir, avanzando por la pura inercia de la corriente.

<<¿Por qué nos tuvo que dejar?>>.

Maldigo cada día al malnacido conductor que acabó con su vida y que en un instante me lo había robado todo.

La policía nunca le encontró, se dio a la fuga, tras atropellarla en un paso de peatones. Había testigos, pero ninguno apuntó la matrícula ni pudo dar una descripción válida.

No se merecía eso, no se merecería esa muerte, abandonada en una acera, moribunda y sin posibilidad de revancha.

No es justo, la vida no es justa. A veces pensamos que somos especiales, que estamos bendecidos por algún tipo de don exclusivo, que somos invencibles y sin embargo nuestra levedad es inusitada, no somos nada, no valemos nada. En un nimio instante desaparecemos, sin dejar rastro. Sólo quedará aquello que hayan podido atesorar nuestros seres queridos, pero que con el tiempo y los avatares de la vida se va difuminando hasta convertirnos en una vaga evocación, algunas veces ni eso y por ello, el ser humano está abocado a repetir sus errores una y otra vez.

El olvido de los antecedentes, por pena, vergüenza o simplemente omisión, hace que cada imperfección superada se vuelva a repetir al cabo de relativamente poco tiempo, en las generaciones siguientes.

Mi madre tenía una gran experiencia, unos conocimientos increíbles, pero se perdieron, irremediadamente, en parte, porque yo quería tener mis propias vivencias y no escuché lo suficiente.

Los jóvenes, queremos forjar nuestra propia vida, nuestras propias experiencias, sin atender lo que la razón de los que ya lo han vivido nos pueda aportar.

No es culpa de los chicos solamente, sino de los mayores que se olvidan de los detalles, de cuando ellos tenían esa edad, de cuando tuvieron que luchar contra esas mismas cosas. Se olvidan del camino y aplican la solución a la que llegaron.

Es fácil dar una sentencia, pero hasta llegar a ella hubo un periodo, en donde te equivocaste muchas veces, donde viste tus múltiples imperfecciones, donde enfrentaste tus debilidades y no conseguiste llegar a lo correcto a la primera, a veces nunca llegaste a vencer. Sin embargo, si solo impones el resultado, obviando tu propia necedad y no enseñas lo que cuesta llegar ahí, no conseguirás el efecto adecuado.

De todas formas, en mi caso es tarde, ya no puedo rectificar y escuchar. Así que intento progresar a ciegas, añorando esos consejos fundamentales que te enseñan tus mayores.

Voy tropezando día a día con mis propias limitaciones

Me estaba retrasando demasiado con pensamientos inútiles, así que me puse una minifalda negra de tubo apretada, muy corta, y un top del mismo color, aún más apretado.

Odiaba esa ropa, pero era lo propio para trabajar en la barra de una discoteca.

Me maquillé, más de lo que hubiera deseado y me puse unas zapatillas deportivas. En el bolso guardé los odiosos zapatos de tacón de doce centímetros, de estilete, que debía ponerme para trabajar toda la noche de pie.

El espejo me ofrecía una imagen que no me gustaba. Una caricatura de mi misma, pero a los hombres les atraía la nueva Sofía.

Eran muy predecibles, solo necesitaban unas buenas tetas, un culo apetecible y una bonita sonrisa.

Desde que rompí con Toni no había vuelto a tener un novio, en el sentido formal de la palabra. Muy de vez en cuando, con desidia, tenía un rollo con alguno de los clientes de la discoteca. No sé cuál era el motivo que me impulsaba a acompañarles, en ceder, en algún caso, a las insistentes insinuaciones y directos coqueteos. Imagino que quería sentirme atractiva, confirmar que aún tenía la capacidad de seducir, o tal vez la necesidad de comprobar mi teoría de que eran como yo pensaba de aborrecibles. Tan alejados de mis fantasías románticas, fruto de mi imaginación desbordada y claramente inexistentes en la vida real.

Inevitablemente me arrepentía muy rápido de abdicar a las provocaciones. De intentar, una y otra vez, encontrar algún chico distinto, por lo que estos encuentros no pasaban de un magreo, casi inocente, después de salir de trabajar. A veces ni eso. La cosa nunca iba a más porque conseguía mantener sus manazas a raya y su pene, aún más. Nunca repetía. Alguno quería seguir viéndome, pero yo no estaba por la labor.

«Definitivamente no me gustaba el sexo».

<<No me gustaban los hombres».

Antes de salir de camino al trabajo fui a la habitación de mi padre. No estaba. Estoy segura que lleva más de dos días sin pasar por casa.

Su habitación huele fatal, su cama está revuelta y tan sucia, que el olor a alcohol, tabaco y orina se hace irrespirable.

«Prometo que mañana se la limpiaré, hoy tengo que irme», pensaba mientras me flagelaba mentalmente por la mierda de vida que llevábamos.

Papa, venía de una buena familia, de la que se distanció cuando no vieron con buenos ojos su devoción por Soledad, que para ellos no era más que una pobre chica cualquiera. Jamás le dieron la oportunidad de demostrarles su valía, pero a mi padre le dio igual, se casó con ella y se mudaron a nuestro barrio.

Mientras él acababa la carrera, ella traía el sustento a casa, gracias a su trabajo en la galería de arte. Después nació yo. Él acabó los estudios y sus vidas mejoraron sustancialmente, por lo menos en lo económico, porque a la familia de papá nunca la conocí. La relación se había roto para siempre y a mis padres parecía no importarles, al menos a ojos de una niña, pero para mí era como si faltara una mitad.

Solíamos ir los domingos a casa de mis abuelos maternos a comer. Mi abuelo se murió pronto de un infarto y ella, que me cuidaba cuando mis padres no podían por las obligaciones laborales, se fue haciendo mayor mientras yo crecía. Mantuvimos una relación estrecha y afectuosa hasta que murió a una edad avanzada, por un cáncer.

Sin embargo, nunca comprendí porque no podía conocer a mis otros abuelos, porque nunca nos

visitaban, no venían a verme cuando estaba malita y no me traían regalos por mi cumpleaños. El tiempo me hizo entender que no merecían mis anhelos, que su posición social, les importaba más que cualquier otra cosa y que no eran dignos de llamarles familia.

Sin lugar a dudas, mi padre era un buen hombre, que solo había cometido el error de casarse por amor y perseguir sus sueños.

Era un gran ingeniero, carrera que había conseguido con gran esfuerzo, de él y de mamá, y pronto obtuvo recompensa, en forma de un respetado trabajo en una multinacional.

Era metódico, organizado y rutinario. Jamás había faltado a trabajar, nunca hacía nada fuera de lo planeado.

Su sueño era jubilarse para poder estar con el amor de su vida y hacer lo que más le gustaba, viajar por todo el mundo. Solían hablar de sus planes, de los países que iban a visitar y de su maravilloso futuro.

Desde la muerte de mamá, todo había cambiado. La vida de mi padre se volvió desordenada. Bebía hasta caer y sus ausencias del trabajo eran constantes, apenas si lo veía entre borrachera y borrachera.

En la empresa se cansaron de él y de sus absentismos, pero no le despidieron, había sido una persona muy apreciada dentro de la organización, la mano derecha de los gerentes, así que solamente le exigieron que se acogiera a una prejubilación. En realidad, era una gran solución, se portaron muy bien y le quedó una sustanciosa cantidad al mes, para vivir dignamente hasta el final de sus días, pero su vida era todo menos digna. Se había propuesto matarse lentamente, ahogado en alcohol. Mi madre se llevó una gran parte de él, nunca volvió a ser el mismo.

Pensar en mi padre me ponía muy triste. Sabía que la pena le estaba consumiendo.

¿Cómo se puede sentir un amor tal, como el que se procesaban? Algo que al desaparecer te devora por dentro y te aniquila.

No podía entenderlo del todo, no podía procesarlo, hay muchas clases de cariño y yo adoraba a mi madre, pero no es lo mismo, era otro tipo de amor. Mi cabeza no podía resolver como dos seres que vienen de mundos distintos, que no comparten ningún vínculo sanguíneo, pueden llegar amarse de forma tal. En fin, era algo que no podía solventar y menos en ese momento. Cerré la puerta y me fui.

Debía borrar de mi mente toda esa nostalgia, hoy es sábado y en Mar de Salsa hay mucho trabajo. El fin de semana se juntan los incondicionales del local, con despedidas de soltero y demás celebraciones del ocio nocturno.

Desde mi casa hasta la discoteca, había media hora caminando.

El último tramo, dentro de la zona de copas, se volvía tortuoso.

Tenía que aguantar todo tipo de insinuaciones e improperios. Una chica sola, con mi ropa ajustada era blanco fácil para aquellos salvajes que me trataban como a una fulana. Más de una vez me habían ofrecido dinero.

Yo seguía de largo, con pose altiva, pero en realidad me sentía una mierda. Me había criado de otra manera, no estaba acostumbrada a ese ambiente. Del cálido contexto familiar, había pasado a los brazos de Toni. Un chico tranquilo y nada dado a los excesos, pero mi vida ahora, estaba llena de oscuridad, llena de infiernos infinitos. Es como estar saltando de un círculo a otro en el mundo de la divina comedia de Dante, pero sin haber cometido a mis ojos, ningún pecado capital.

En esta febril reflexión, giré la esquina y me di de frente con unos chavales que apenas tendrían dieciocho años, que ya iban subiditos de copas a esas horas. Me rodearon y uno intentó tocarme el culo. Me zafé como pude, pero empezaron a seguirme, mientras me decían obscenidades. Intentaba no escucharlos, pero era imposible.

—Con ese culo te invito a cagar a casa —dijo uno jaleado por las risas de los demás.

—Señorita ¿Cuánto vale el conejo que tiene entre las piernas? —Gritó otro.

Sentía su respiración en mi cogote, así que aceleré el paso sin mirar atrás. Creo que se cansaron o encontraron otra presa más asequible, porque dejé de escucharlos. Suspiré y entonces sonó la melodía “Amiga mía” de Alejandro Sanz, era Maribí.

Es lo bueno de asignarle a todo el mundo su melodía. Sabía siempre quién llamaba.

Era mi mejor amiga. Nos conocimos en la escuela infantil y estuvimos juntas hasta que ella abandonó el instituto. No le gustaba estudiar. No por falta de inteligencia sino porque era demasiado activa y vivaz para estar tantas horas sentada y concentrada.

Tras muchos fracasos académicos, decidió ponerse a trabajar como camarera.

A pesar de que yo seguí estudiando con el objetivo de ir a la universidad, nunca dejamos de vernos y contarnos todo lo que nos iba sucediendo.

Cosas de la vida, ahora teníamos la misma profesión, salvo porque ella trabajaba en el exclusivo club privado Ecuestre y yo en una discoteca de poca monta.

—Hola Maribí —Contesté encantada de hablar con una persona amiga.

—Hola preciosa —su voz sonaba optimista y cantarina —Tengo que hablar contigo de algo importante.

—Pues dime —dije curiosa.

—No, no. Prefiero que nos veamos y te cuento.

—Qué misteriosa, ¿no estarás embarazada? —Desde hacía cuatro años, Maribi salía con Pablo, un amigo de Toni, mi exnovio. Él había venido de León para acabar el bachiller en Madrid. Ahora estudiaba medicina y en cuanto terminara la carrera su plan era casarse. Habían calculado que en ese momento ella dejaría de trabajar y tendrían al menos dos hijos, un perro y un chalet adosado en un barrio residencial. Hasta tenían escogidos los nombres de los descendientes y del can.

Si eran niñas se llamarían Irene y Carmen, que eran los nombres de la madre y abuela de Pablo. Si eran niños, Pablo y Darío, como el padre y abuelo del futuro médico. Para el perro, que indiscutiblemente sería un bulldog francés macho, se decantaban por Arnold, de Arnold

Schwarzenegger, el protagonista de las películas preferidas del leonés.

Nuestras conversaciones solo giraban en torno a Pablo, ella y su futuro, claro que yo no tenía futuro, solo un terrible presente del que no quería hablar.

—No, que va, eso tiene que esperar a que termine la carrera. Al menos el grado —se oyó una larga carcajada.

—Pues pásate por la disco y hablamos —estaba intrigada No solía ser tan enigmática.

—No, no puedo. Pablo tiene que preparar un examen complicado y he quedado en ir a su piso de estudiantes a llevarle la cena para que no pierda tiempo y limpiar un poco su habitación que ya sabes cómo son los hombres de desordenados. ¿Te parece que me pase mañana hacia las dos por tu casa y comemos juntas? Llevo la comida, pues ya que voy a cocinar para él, haré alguna cosita más para nosotras.

—No suelo madrugar tanto, pero suena tentador no tener que comer nada precocinado —dudé un momento porque no llegaría a casa antes de las cinco o seis de la mañana y no estaba segura de estar despierta tan pronto como mi amiga proponía, pero era una posibilidad de tener un buen momento, que no podía despreciar —Te veo entonces —le dije escuetamente, cuando en realidad quería decirle lo mucho que la necesitaba, cuanto añoraba pasar un instante con alguien querido.

—Ciao mi amore, hablamos mañana —y colgó sin darme tiempo a despedirme.

Seguí caminando, intrigada por su llamada. Quizás habían escogido el nombre del periquito, bueno, lo habría escogido Pablo. Sin poder evitarlo eché una sonora carcajada y vi cómo la gente me miraba.

En el fondo, yo creía que Maribi, se merecía algo mejor, alguien que la mimara, que la apreciara de verdad.

Soy consciente que ser la esposa de un médico, puede parecer para muchas chicas de barrio un sueño hecho realidad, pero sentía que mi amiga valía más que eso, más que ser la esposa de..., la segundona de la relación. La quería tanto que, quizás precisamente por eso no le revelaba mis pensamientos. No quería herirla, no quería que se enfadara conmigo.

Era lo único puro que me quedaba y no podría soportar que se alejara de mí.

Hacerla, en cierto modo, elegir entre el futuro doctor y su inútil amiga, me situaba en una posición delicada. Ella estaba enamorada, no entendería mi inquina. Además, seguramente estaba equivocada. Al fin y al cabo, ¿que sabía yo del amor?, quien era para juzgar ninguna relación.

Ensimismada en mis divagaciones había llegado a mi destino nocturno, a uno de mis infiernos.

La noche se presentaba como había imaginado, poniendo copas a tíos apestosos, babeantes y borrachos.

Sin demora, me puse los zapatos de tacón y me metí en la barra que se desbordaba de gente. Cuando servía unos Gyn —Tonics a un grupo de una despedida de soltero, que me estaban proponiendo que les hiciera un striptease, oí una voz familiar detrás de mí.

—Hola Sofi —Mi cuerpo se puso en alerta.

Sólo había una persona que me llamaba así. Me giré —Hola Toni —no lo había vuelto a ver desde hacía dos años, cuando rompimos la relación.

—Qué guapa estás chica, has mejorado como el vino —estaba algo borracho, pero no le faltaba razón. Había adelgazado mucho desde que salíamos. La friolera de 15 kilos.

Pasé de ser una chica gordita y del montón a ser realmente resultona y llamativa. Había cambiado mi pelo. Mi melena de grandes rizos castaños se había tornado lisa y con discretos reflejos rubios, gracias a las mechas. El maquillaje y la ropa que me exigían ponerme en la disco, era más provocativa, el complemento perfecto para convertirme en una mujer atractiva, a los ojos

de los hombres.

—Gracias Toni, ¿Qué tal estas? —le pregunté sin más.

—Aquí disfrutando con mis compañeros del fin del semestre académico —Señaló a un grupo que estaba en la pista tonteando desinhibidos, con unas muchachas.

—¿Y qué tal te ha ido? —dije volviendo a mirarle con cierta coquetería.

—He sacado buenas notas y la fiesta está bien, pero ahora que te he visto me gustaría rematarla contigo.

—creo que tú también has cambiado —mi Toni jamás hubiera dicho algo así, antes era mucho más prudente.

La barra se estaba llenando de gente que a gritos requería su próxima consumición —Entre las cuatro y las cinco acabo de trabajar, si me esperas a la puerta hablamos —y me fui a atender a unos chicos que ya hacían ademán de subirse a la barra para servirse ellos mismos.

Al mirar atrás, Toni ya no estaba, eché un vistazo rápido a la pista, pero tampoco lo vi.

A las cuatro y media de la madrugada, por fin, acabé el turno. Sólo quedaban algunas personas, tan borrachas, que a los de seguridad les sería fácil echarlos.

Salí a la calle y allí estaba, apoyado en una farola. Se le veía bastante perjudicado. Me acerqué y sin mediar palabra me espetó un beso en todos los morros, bruscamente y sin contemplaciones. Luego se separó y se tambaleó un poco.

—Hola Toni —le dije cuando me liberé de su boca y vi que se estabilizaba.

—Hola preciosa diosa del deseo —se me escapó una carcajada —No te rías, quiero llevarte al más absoluto climax porque eres mi Sofí, y vaya como estás de buena. Vamos —sin dejarme decir nada, me agarró de la mano y se puso a caminar calle abajo.

—¿A dónde vamos? —estaba atónita.

—Ahí —me señaló con su dedo anular el hostel que hay al final de la calle —He reservado una habitación.

—¿Ahí Toni? ese hostel es muy cutre, muchas prostitutas llevan a los clientes que captan en la calle.

—Es lo más cerca que encontré, no seas estrecha. No aguanto más para que seas mía otra vez y volver hacerte jadear de placer.

—Vale...de acuerdo —no tenía ganas de resistirme.

Toni representaba mi pasado, ese pasado donde era feliz, donde mi vida era casi perfecta, donde no existía el infierno.

Quizás me ayudaría a salir de esta autopista de degradación por la que circulaba.

Volver allí, a mi antiguo yo.

A su lado, podría enterrar la depresión que me atenazaba. Tener a alguien con el que compartir mi vida, sería efectivo.

Él parecía cambiado, más decidido, quizás más experimentado y puede que ahora supiera pulsar la tecla adecuada que despertara mi libido.

Si era así, volvería con él y podría retomar mi vida.

Subimos las escaleras, no sin cierta dificultad para él.

Cuando llegamos a la habitación me empujó hacia la cama. Todos los muelles sonaron como un ejército de grillos frotando sus alas a la vez. Sin perder tiempo, me subió la falda, me bajó las bragas, se puso un preservativo, metió su pene dentro de mí y a la tercera sacudida, se corrió.

«Nena eres increíble» entendí en un susurro, mientras todavía estaba encima de mí. Finalmente, se hizo a un lado.

«No me lo puedo creer», me levanté y fui al baño donde sin pensármelo, me metí en la decrepita y mugrienta ducha. Necesitaba sentir el agua cayendo sobre mi piel, como si se tratara de una medicina purificadora.

Cuando terminé, Toni estaba dormido como un tronco. Sin hacer ruido me vestí y me fui.

Ya avistaba el portal de mi edificio. Estaba amaneciendo.

«Por fin en casa. Se acabó otro día en el infierno».

Abrí la puerta y vi una sombra en las escaleras. A tientas, encendí la luz y comprobé lo que ya imaginaba, era mi padre, durmiendo sobre los escalones, con todos los pantalones húmedos de orín y la camisa con una mancha que se me antojó vomito.

Suspiré.

«¡Lo que había sido este hombre y lo que era! ».

Un borracho que bebía hasta desmayarse y hacerse sus necesidades encima. Un desecho humano.

—Papa tienes que ayudarme —susurré mientras lo zarandeaba.

No reaccionó.

Lo agarré como pude, lo subí casi arrastras por las escaleras y lo llevé a su habitación. Lo desnudé y mientras llevaba su ropa a lavar, pensé que tenía que limpiarle la habitación. Estaba agotada, menuda mierda de día. Me tumbe en la cama y creo que me quedé dormida al instante pensando en mi padre y mi madre cuando mi vida, nuestras vidas, eran perfectas.

EL PURGATORIO

El sonido incesante del timbre me despertó.

Miré el reloj desperezándome. Las dos de la tarde.

«Mierda, Maribí», se me había olvidado su visita. Inmediatamente me levanté de un salto.

El timbre seguía sonando insistente.

Corrí por el pasillo, no quería que despertara a mi padre, pero al pasar por su habitación vi que ya se había marchado. Seguro estaba dando buena cuenta del orujo de hierbas, su desayuno favorito, en el Finisterre. El único bar español que quedaba en la calle.

—Me vas a fundir el timbre —dije mientras abría la puerta. Entró como un huracán, me dio dos besos y añadió —Venga chica un nuevo día comienza para ti y quizás sea el principio de una bonita vida —sin pararse más, se puso a abrir las ventanas según avanzaba por el pasillo —Puff esto es una pocilga. Tenemos que ponernos a limpiar. Así no se puede vivir —Espetó.

—Gracias Maribí, yo también te quiero —me había enfadado por su molesta sinceridad.

—Vamos a tomarnos estos cafés que acabo de comprar en el [Starbucks](#) de Preciados —señaló una de las bolsas que llevaba y siguió caminando alegremente delante de mi hacia la cocina.

—Acepto el café, es más, lo necesito. A ver chica, ¿a ti que te pasa?, ¿no sabes que nombre ponerle al periquito o qué? —utilicé un tono hiriente.

—¿Cómo? —me contestó desorientada.

—No sé, ¿tienes algún problema en tu perfecta vida? No, disculpa, en tu proyecto de perfecta vida, como para entrar así en mi casa y alborotar tanto —se giró para mirarme y me hizo burla, sacándome la lengua como cuando éramos niñas. Fue el gesto idóneo para darme cuenta de lo borde que era y que mi amiga no se merecía aguantar mis malos humos —Lo siento Maribí, no quería hablarte así, es que ayer no tuve un buen día —dudé y proseguí —bueno llevo dos años de malos días y tú, con tus planes y tu perfecta vida programada, me vuelves loca —la miré con ternura, pidiéndole perdón.

—Pues mira no venía a hablarte de esto, pero ya que estamos, te diré que mi perfecta vida programada —hizo énfasis en esas tres últimas palabras, mientras movía las manos como poniéndoles comillas —se está comiendo mi presente. La vida con Pablo es un absoluto aburrimiento. Él solo estudia o queda con sus amigos para estudiar, mientras yo estoy trabajando, limpiando y cocinando. ¡Joder, que tengo veinte años! —Gruñó con fuerza —Alguna vez quedamos con sus compis de la Facultad para tomar algo, pero yo no me entero de nada. No estoy en la onda —negó con la cabeza, poniendo otra vez comillas con sus manos y una cara cada vez más enfurecida. Inmediatamente tornó a un gesto más dulce —Esto cambiará cuando Pablo acabe por fin la carrera. Saldré del purgatorio.

—Eso espero Maribí, porque te quiero, pero la gente no cambia. De estos barros vendrán otros lodos. En fin, yo me conformaría con un poco de tu purgatorio, la verdad —en el fondo no sentía realmente lo que decía. Yo no quería la vida anodina que llevaba, pero algo había que decir para consolarla.

A diferencia de Maribí, nunca había pensado en el matrimonio y la maternidad como algo prioritario. Habría querido ir a la universidad y labrarme una carrera como artista.

Una mujer independiente, centrada en su futuro profesional. En todo caso, una vez lograda esa meta, podría pensar en buscar otro tipo de creaciones, pero me veía más como madre soltera que como fiel esposa.

A todas luces, mis planes se habían truncado desde la base. Ni universidad, ni carrera como artista. Por lo que cualquier otra cosa que pudiera venir después, quedaba total y absolutamente descartada.

—Mi Pablo me quiere y una vez superados los estudios tendremos esa vida soñada —hace una pausa, toma aire y apostilla con una sonrisa en la boca —Y si hay que añadir un periquito al plan pues se añade —las dos nos echamos a reír por su ocurrencia —Yo no vine a hablarte de Pablo y de mí, sino de ti y tu futuro —sentenció con un movimiento de cabeza arriba y abajo, dándose la razón a si misma.

—¿Mi futuro?, ¿Te has tomado un chupito con mi padre antes de subir? Mi futuro no es un periquito, es un cuervo —dije con tono jocosos. Las dos nos echamos a reír otra vez. Nunca me desternillo tanto como cuando estoy con mi querida Maribi. tiene la capacidad de que, por un instante, olvide todos mis pesares.

—Bueno al grano, en el club ecuestre donde trabajo, están buscando personal. He hablado con el Director y me ha dicho que buscan personas para ampliar la plantilla de asistentes.

—¿Y eso que es? —estaba intrigada.

—Mira este club es muy selecto y a los clientes, peces gordos de primera división, les ponen personas que les atienden durante su estancia. Una especie de mayordomo, pero en plan moderno. Algo así, cosas de ricos —sentenció poniendo los ojos en blanco —La cuestión es que el señor Martínez busca gente joven de buena apariencia, con disponibilidad, y que hablen fluidamente inglés y francés. Deben saber comportarse, discretos, que guarden el secreto y confidencialidad de lo que delante de ellos se trate. Alguien con don de gentes, culta, que mantenga conversaciones interesantes, de arte, cine, literatura... Era describirme el puesto y verte a ti encajar como anillo al dedo. Le dije que conocía a la persona perfecta. Por qué tú hablas inglés y francés fluidamente ¿no?, así que mañana tienes una entrevista.

—Mis padres emplearon mucho dinero en que aprendiera idiomas y me defiendo perfectamente en una conversación con nativos, en cualquiera de los dos idiomas —hice una pausa —No se Maribi, yo creo que soy un poco más Choni que eso que describes.

—¿Tú choni? Pero si eres una diosa del deseo, guapa, lista, con una planta espectacular y un saber estar que quita el sentido. Por algo eres hija de Soledad, la mujer más elegante y culta que ha pisado este barrio —me agarró la mano —Jolín, chica ¿qué más quieres? Ojalá yo supiera nombrar a tres pintores seguidos o devorar libros como haces tú.

—¿Sabes que ayer alguien me llamó diosa del deseo, como acabas de hacer ahora mismo?

—Ves, alguien con buen gusto —al ver mi cara de póker, preguntó —¿y quién fue el caballero?

—Toni —bajé la mirada y le di un sorbo al café, no podía mirarla a la cara de la vergüenza que me daba.

—¿Pero qué me dices?, ¿el pringado del cese momentáneo de la relación? ¿Y dónde te encostraste a la joyita? —Maribi nunca había perdonado a Toni, no solo por romper la relación conmigo sino porque después de la muerte de mi madre, no se pasó ni a darme el pésame, cuando ella misma se encargó de llamarle para contarle lo sucedido.

—Ayer, en la discoteca, al salir, me acosté con él. Fue horrible, fue el polvo más corto y con menos morbo del ranking de los malos polvos que he echado en mi corta vida sexual y que, por cierto, siempre han sido con él —abrió tanto los ojos y la boca que no pude más que echarme a

reír —no te preocupes —dije divertida —he decidido abrazar el voto de castidad para siempre. Lo mío no es el sexo, está claro.

—Eso ya lo veremos. Tú lo que necesitas es un hombre de verdad que te sepa llevar al séptimo cielo de la lujuria. Estos niñatos con los que nos codeamos, no están a la altura —el segundo círculo de Dante. No pude evitar pensar. Allí se encuentran los lujuriosos, las personas que pecan utilizando el amor para intereses propios.

<<No, no quiero más infiernos >>.

—¿Y tú Pablo?, ¿te lleva a menudo de viaje al séptimo cielo de la lujuria? —pregunté, en un intento de salir de mis desvaríos.

—Es bastante sosete, la verdad y ahora con los estudios, es que ni al séptimo ni al primero, chica, el sexo ha desaparecido de nuestra vida, pero...

—Si, si, ya lo sé —la interrumpí —todo cambiará cuando termine la carrera —apostille con tono aburrido.

—Textualmente —puso una mueca malvada en la cara —Bueno al grano. Tienes la entrevista, mañana a las cuatro. Esta es la tarjeta del director, que es quien te hará la entrevista —expuso mientras me pasaba una pequeña cartulina negra con letras doradas. Le eché un vistazo rápido, ponía SR. Esteban Martínez, Director del Club Privado Ecuestre. También estaba la dirección y el teléfono.

Era una zona de lo más exclusiva de Madrid.

—Está bien, creo que me sobrevaloras, pero iré. No tengo nada que perder.

—Exactamente, ponte guapa, lleva tu espléndido curriculum y lo demás saldrá sólo. En cuanto te conozcan caerán rendidos a tus pies.

—Con lo patosa que soy, a ver si la que no caigo soy yo. Recuerda que mi padre me llama patito por algo —las dos reímos rememorando mis grandes momentos de caídas estrepitosas en los lugares y situaciones más inadecuados.

—Si patito, tienes dos pies izquierdos, no todo en ti va a ser perfecto —las dos volvimos a desternillarnos de risa.

—Eres mi ángel Maribi —cuando iba a contestarme, le sonó el móvil, era Pablo.

Se levantó se dirigió a la puerta y poniendo una mano en el auricular me lanzó un beso y susurró —te dejo el tupper para que comas y recuerda, mañana a las cuatro —desapareció por las escaleras dedicándole unos cuantos mi amor, y te quiero a su novio.

Sinceramente, es la mejor persona que he conocido. Dudo que haya otra igual en el mundo Es un poco alocada, pero todo corazón. Espero que logre ser feliz con Pablo, porque ella se merece eso y más.

Me pasé el resto del día pensando en la oportunidad que se me presentaba. No pude evitar buscar el Club por internet. Por lo visto era una asociación de carácter exclusivo a la que pertenecen personalidades muy destacadas e influyentes de la sociedad. Se daban servicios vip a los socios: restaurantes, salones, habitaciones, gimnasio, pistas deportivas...y por supuesto establos, picaderos y caballos.

Todo lo necesario para su confort en sus estancias o reuniones de negocios. Rodeados de lujo y excelente atención.

Además, este club, forma parte de una red a nivel mundial donde los socios pueden utilizar las instalaciones de estos privilegiados lugares, sólo presentando el carné del club al que pertenecen, aunque éste estuviera en la otra punta del mundo. Si pertenecían a la red, eran bienvenidos.

No hacía mención al nombre de ningún socio en concreto. Supongo que la confidencialidad era

parte de la calidad del servicio.

A las siete como siempre volví al trabajo en Mar de Salsa.

Esa noche le dije a Manu, el encargado del local, que al día siguiente no acudiría a trabajar. En año y medio que llevaba allí, nunca me había tomado un día libre.

No sabía cuánto duraría la entrevista, el club estaba muy lejos de Lavapiés y no quería estar nerviosa por la hora.

De vuelta a casa recogí a mi padre en el descansillo del primer piso, donde se había dormido. Esta vez se había quedado más cerca de la puerta, facilitándome el trabajo. Lo arrastré hasta su habitación y lo eché en la cama.

«Mierda otro día que no le había limpiado la habitación». El hedor se tornaba insoportable.

«Quizás mañana». Ahora voy a acostarme, quiero estar bien para mi cita.

Esa noche soñé con mamá y papa, cuando ella aún vivía. Lo felices que éramos, lo enamorados que estaban y la infancia maravillosa que me dieron.

Los tres caminábamos por el territorio del Loira, visitando castillos, riendo sin parar.

Mamá me explicaba los cuadros, la arquitectura y la historia de aquellas familias nobles.

Papá se deleitaba contándonos las grandes obras de ingeniería de los lagos artificiales de algunos imponentes castillos. ¡Éramos tan felices! De repente el sueño se tornó oscuro, el sol que iluminaba nuestras sonrientes caras desapareció. Estaba en el negro vacío, flotando, y a lo lejos oía a Toni, diciendo Mi diosa del deseo, mi diosa del deseo, mi diosa del deseo... La voz se fue desvaneciendo y aparecí en medio de una calle, con las medias rotas y una falda tan corta que se me veían las bragas. Me miré en un escaparate, mi cara estaba pintada de payaso. La imagen que proyectaba aquel cristal era espeluznante. Quería gritar, pero no podía. Me puse a correr sin rumbo y a mi paso aparecían hombres con máscaras blancas que me tiraban dinero.

Me desperté angustiada, bañada en sudor. Miré el reloj, eran las dos de la tarde. El momento de activarse.

Tenía una entrevista de trabajo.

Todavía había una oportunidad de salir del infierno hacia el purgatorio del que hablaba Maribi.

Desayuné un café, no tenía hambre. Una ducha reparadora y me dispuse a escoger la ropa.

<<¿Qué se debe poner para una entrevista así?>>.

Me gustaría tener a mi madre para aconsejarme, pero eso no podía ser. Probé todo el armario, no había nada de alta costura precisamente. Finalmente me decidí por una blusa blanca semiajustada y una falda negra, esta vez, justo por encima de la rodilla. Me alisé el pelo y me puse un poco de máscara de pestañas. Así como unas gotitas del perfume de mamá.

<<¡Qué bien olía aquella fragancia de la hija de Picasso! >>.

Escogí unos zapatos de tacón negro y me miré al espejo.

Tuve que frotarme los ojos, a riesgo de correrme el Rímel. Allí enfrente de mí, estaba una Sofía que ya no sabía que existía. La de hace dos años, con quince kilos menos y una estampa elegante, casi podría decir refinada.

Cogí el bolso y salí en busca de un taxi para ir a la dirección indicada en la tarjeta. No sabía cómo llegar en autobús.

Me dejó delante de una gran parcela con una verja descomunal de forja, que conducía a un camino arbolado, rodeado de jardines de inspiración inglesa. El final del camino se abría para dar a una plazoleta con una fuente central y de frente un imponente palacete. Su arquitectura de estilo barroco, posterior claramente a la influencia de los Austrias en Madrid, se erguía apabullante. Se veían al menos tres plantas y a los lados lo que algún día debieron ser las cocheras y caballerizas, ahora reconfiguradas en salones.

Estaba extasiada mirando la belleza de ese lugar, mientras subía la escalinata central de acceso a la gran portería.

Por un lado de la escalinata, habían habilitado una rampa, para facilitar el acceso a las personas con movilidad reducida, aunque esta se antojaba bastante angosta. Era lo que tenían los edificios históricos.

En el vestíbulo, donde se encontraba la recepción, se exhibían cuadros de un valor incalculable. Especialmente me llamó la atención, un pequeño boceto de un desnudo, firmado por Murillo.

Ensimismada en la admiración de la obra, no me di cuenta que alguien se me acercaba por detrás. Tosió detrás de mí y del susto que me dio pegue un respingo que me separó del suelo — Señorita ¿puedo ayudarla en algo? —me giré. Era un hombre joven, con unos rasgos dulces y unos grandes ojos azules. Su aspecto era impoluto, el pelo perfectamente peinado y un afeitado apurado del día.

—Sí, señor, tengo una entrevista con el director, Esteban Martínez —le dije mientras intentaba recomponerme.

—Perfecto. Acompañeme, por favor —no cambió el gesto y me dirigió a un despacho tan señorial como el vestíbulo —Espere aquí por favor, ahora la atenderán —se fue cerrando la puerta a su paso.

La pared principal del despacho, estaba adornada con dos cuadros ecuestres. No reconocía al autor, pero emulaban el cuadro en que Tiziano, representó a Carlos V, encima de un caballo rampante.

Mientras admiraba la perfección de aquellos oleos, sentí como la puerta se abría detrás de mí —Veo que le gusta el arte —dijo el señor mayor que entró en primer lugar. Detrás de él venía una mujer, de unos cuarenta años. Ambos se parecían tanto que yo diría eran padre e hija. Se dispusieron a sentarse y me hicieron un gesto para que yo lo hiciera también. Posé cuidadosamente mi curriculum enfrente de ellos y me senté en una de las sillas de confidente de estilo italiano clásico.

—Sí señor, hace dos años me presenté a la prueba de acceso para ingresar en Bellas artes. Siempre me ha gustado la pintura y su historia. El arte ecuestre y Tiziano fue una materia que me importó durante un tiempo, y en los museos de Madrid es fácil encontrar obras para ilustrarse — haciendo una pausa proseguí —Gracias a mi madre, he aprendido a apreciar y entender algo — mientras decía esto, intenté cruzar las piernas de la forma más recatada que pude. Si me viera Manu, el encargado de Mar de Salsa, me reñiría. Siempre me decía que era mejor que no nos sentáramos, pero si teníamos que hacerlo emuláramos a Sharon Stone en Instinto Básico. Era lo más sexi que él había visto nunca. «Con ese movimiento haréis babear a todos los hombres del local, y eso es bueno para el negocio», solía decir. Al fin y al cabo, a eso venían, a pasar un buen rato, a sentirse Casanovas y nosotros teníamos que hacer lo posible por hacerles realidad esa ensoñación. Dulces gatitas esperando al macho semental que pusiera sus ojos en ellas para cubrirlas.

«¡Dios mío, haría cualquier cosa por salir de esa pesadilla!».

—Entonces —hizo una pausa para mirar mi nombre en el curriculum —Sofía, ¿no aprobó el examen de acceso?, ya que, en su hoja de vida, no aparece nada relacionado con esos estudios.

—En realidad, si, con una nota de nueve con cinco, —tomé aire sutilmente para continuar sin emocionarme —pero se desarrollaron una serie de acontecimientos familiares, que me impidieron cursar los estudios —no quería tener que dar más detalles, que convirtieran mi entrevista en un culebrón lacrimógeno.

—Perdóneme, por mi poca educación —dijo mientras me ofrecía su mano para realizar un

apretón en forma de saludo, como hacían los hombres de negocios —Soy Esteban Martínez, socio director de este club, y ella es Rosario, mi hermana, que ejerce aquí de tesorera —cruzamos nuestras manos y proseguimos la conversación.

—Encantada y no hay porque disculparse señor.

—Llámemme Esteban por favor, señorita Sofía.

—De acuerdo.

—Como sabrá estamos buscando una asistente personal para nuestros clientes, que atienda sus necesidades satisfactoriamente durante su estancia en el club, tanto en nuestras instalaciones como fuera de ellas si es necesario.

—¿Qué tipo de atenciones satisfactorias, Señor? —pregunté sin pensar.

—No me malinterprete —a la vez esbozaba media sonrisa que daba a entender que sabía por dónde iba mi pregunta —El trabajo de asistente es muy difícil. La mayoría de los socios, sobre todo los de Madrid, vienen solo a disfrutar de las instalaciones y no requieren muchas atenciones, pero algunos de nuestros clientes más vip, son de fuera de la comunidad, incluso del país si son socios de la Red de clubs extranjeros. Suelen hospedarse aquí y no conocen mucho la ciudad, en ocasiones ni el idioma —puso un gesto despectivo, que me dio a entender que le desagradaba que no hablaran español —Están acostumbrados a que se lo organicen todo. Hay una asistencia de cámara, pero también reserva de restaurantes, acompañamiento a eventos, organización de agendas, itinerarios, compras, etcétera —miró a Rosario que asentía con la cabeza —Vamos todo lo que necesiten de una manera profesional claro está.

—Entendido —susurré mientras notaba como el rubor inundaba mis mejillas.

—¿Tiene hijos?, ¿marido? ¿Alguna responsabilidad familiar que le impida total dedicación a la tarea encomendada? Entienda, que mientras ejerza su labor deberá dormir en el club, en la zona habilitada para empleados. Lógicamente, tendrá sus descansos y vacaciones, donde podrá abandonar las instalaciones, si lo desea.

—No tengo ninguna responsabilidad familiar —a mi mente vino mi padre, ¿qué haría el sin mí?

—¿Qué le parece el puesto? —dijo Rosario, que hasta ese momento no había abierto la boca.

—Pues una gran oportunidad de realizarme profesionalmente, practicar idiomas, familiarizarme con el protocolo y conocer gente realmente interesante, señora. —cada vez estaba más cómoda con la situación. Me hicieron algunas preguntas más sobre mis títulos de idiomas y cursos de administración, pero realmente lo que les interesaba era ver si era capaz de desenvolverme en aquel ambiente, mi forma de expresarme, mi saber estar.

Una vez terminadas las preguntas, me comentaron que en unos días se pondrían en contacto conmigo para comunicarme su decisión y me dijeron el sueldo a percibir. Casi me caigo de la silla, ¡era el triple de lo que ganaba en Mar de Salsa!, y con la posibilidad de ganar incentivos, a medida que fidelizara clientes. Es decir, más socios que me requirieran a mí como su asistente personal fija en sus estancias. Además, se solía gozar de generosas propinas.

Nos despedimos con otro apretón de manos y me fui.

Al salir a la calle, encendí el móvil y vi tres llamadas perdidas. Una de Maribi y dos de un número desconocido, muy largo.

Empecé por Maribí, la conversación fue rápida, se interesó por la entrevista, le conté algunos detalles y nos despedimos. Ahora por la segunda llamada.

—Hospital 12 de octubre ¿dígame? Contestó una voz fría y distante.

—Tengo una llamada perdida de ese número —dije poniéndome un poco nerviosa.

—¿Nombre por favor?

—Sofía Fernández.

—Espere un momento —se hizo un largo silencio y me pusieron el hilo musical. Sonaba la novena sinfonía de Beethoven. Al cabo de unos segundos la misma voz volvió a comunicarse —sí, Sofía, mire, tenemos un hombre en el hospital. En su móvil aparecía usted como Aa, persona para avisar en caso de emergencia. Necesitamos que venga urgentemente.

—¡Taxi!!, fue lo último que dije antes de colgar.

Hace unos meses había cogido su móvil, había puesto en el apartado de seguridad de la configuración, en información del propietario, “Aa (avisar a) Sofía Fernández” y mi número de teléfono. Desde ese momento sabía que, aunque el terminal estuviera bloqueado, saldría el mensaje rotulado en la pantalla, así en caso de que policía, bomberos o sanitarios necesitaran localizarme, podrían hacerlo con facilidad. Conociendo la situación de mi padre, creía que podría ser útil y me quedaba más tranquila.

Mi corazón estaba en un puño cuando salí del taxi. Intentaba tranquilizarme, pensando que sería una borrachera más. Me hablarían de su hígado y quizás del susto, esta vez, dejaría el alcohol.

Corrí hasta la ventanilla de recepción de urgencias —Hola soy Sofía Fernández, me han llamado respecto a mi padre, Rodrigo Fernández —aclaré.

—Sí, señora. Ahora sale un médico a hablar con usted —La espera se hacía interminable. Cinco minutos más tarde, que a mí me parecieron eternos, salió un doctor por la puerta de boxes, todo vestido de verde. Miró a la mujer de recepción que me señaló con la cabeza.

—Buenas, señora. Siéntese un momento aquí conmigo —me señaló dos asientos de la sala de espera, un poco alejados del resto de personas que se encontraban allí.

—Dígame —estaba impaciente —¿le ha pasado algo a mi padre?

—Rodrigo Fernández, ha sufrido un paro cardíaco, y con su estado de salud general, nos ha sido imposible reanimarle. Siento comunicarle que ha fallecido.

Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos sin control. Le miré y limpiando mi cara con la manga de la camisa, solo pude decir —Ahora sí estoy sola en el mundo.

UN NUEVO CAMINO

Hace cinco días que enterré a mi padre, lo había hecho junto a mi madre, con un epitafio que decía: Aquí yacen Soledad y Rodrigo. Unidos por el amor y juntos para la eternidad.

Después de eso me metí en mi casa, en mi cama. No quería ver a nadie, solo quería que el mundo se detuviera para siempre.

Dormía y lloraba nada más.

Maribi había intentado sin éxito sacarme de la cama y hacerme comer algo. Yo solo quería morirme. Había llamado a Manu, para decirle que no podía volver a trabajar en una temporada. Lo entendió y me dijo que si deseaba volver en algún momento me recibiría con los brazos abiertos. «Chicas guapas como tú siempre hacen falta en Mar de salsa». Supongo que era su forma de animarme.

«¿Qué haré ahora con mi vida? ».

Tengo veinte años y ningún futuro. No tengo familia, no tengo estudios, no tengo nada. Si mi corazón dejara de latir en este momento, nadie me echaría de menos. Me ocurriría como esos ancianitos que encuentran momificados, por casualidad en sus casas, dos años después de morir. El destino se burla continuamente de mí, así que ese final encajaba perfectamente en mi fútil vida.

Mi teléfono empezó a sonar, sin ninguna melodía prefijada, por lo que no era ninguno de mis contactos. Deje que sonara hasta que terminó la llamada. A los pocos minutos, volvió a sonar. Miré la pantalla enfadada, era el mismo número, seguro que querían venderme algo. No quería hablar con nadie, lo agarré decidida a apagarlo, pero en el último instante descolgué.

—¿Diga?

—¿Señorita Fernández? —dijo una voz que me pareció conocida.

—Sí, soy yo, dígame —asentí sin mucho entusiasmo.

—Soy Rosario, el otro día vino a una entrevista al club ecuestre. ¿lo recuerda? —Todos mis sentidos despertaron de golpe.

—Sí, por supuesto —esta vez con la voz más animada.

—Bueno, pues hemos decidido darle una oportunidad. Si le parece bien, el lunes a las nueve comienza a trabajar con nosotros. Tráigase lo necesario para una primera estancia de tres semanas. Después, el primer permiso será de una semana —sin descanso añadió —Necesitaría que me mandara escaneado su DNI, tarjeta de la seguridad social y número de cuenta bancaria, por email para tramitar su alta.

—Inmediatamente se los mando —me facilitó el email y nos despedimos amablemente hasta el lunes.

«¿Qué día era hoy? » Había perdido toda noción del tiempo y el espacio. Lo que se me ocurrió fue llamar a Maribí.

Tras tres tonos, oí su maravillosa y alegre voz —¿Sofía eres tú?, no sabes lo que me alegra que me llames, me tenías preocupada —al decir esto, noté que le temblaba la voz. Era una amiga maravillosa.

—Hola Maribi, yo también me alegro de escucharte —noté que iba a decir algo, pero no la dejé, rápidamente seguí —necesito que me digas que día es hoy.

—Ay mujer, es jueves. Son las dos de la tarde... Realmente tenía de que preocuparme chiquilla —Su voz sonaba intranquila de verdad —¿ocurre algo?

—Me han llamado para trabajar en tu club. Empiezo el lunes, pero no sabía ni qué día era hoy

—Oí un grito de alegría y un suspiro de alivio.

—Tienes tiempo a recomponerte para el lunes e ir divina de la muerte. Ahora mismo te llevo unas albóndigas que acabo de cocinar para que empieces a nutrirte. Están de rechupete, ya verás.

—De acuerdo, pero dame media hora para que me duche y me adecente un poco ¿de acuerdo?
—no quería que me viera en aquel lamentable estado.

—Sin problema —pegó otro grito de alegría que casi me revienta el tímpano y colgó.

Los siguientes días los pasé nerviosa, limpiando la casa, haciendo alguna compra de ropa y preparando mi maleta. Estaba animada, me venía bien ese giro en mi vida, ese cambio de rumbo inesperado, el nuevo camino que se abría ante mí.

Lo más difícil fue cerrar mi casa. Ese lugar donde había pasado tan buenos momentos y atesoraba tantos recuerdos. No pude evitar que las lágrimas me brotaran al pasar por la habitación que un día fue la de mis padres.

Sin mirar atrás le di unas llaves a Maribi, que me acompañaba en ese momento tan complicado y le pedí que recogiera el correo de vez en cuando.

El lunes a las nueve, estaba en el club, con todas mis pertenencias metidas en dos maletas. El mismo recepcionista que me atendió el primer día, me condujo hacia la habitación que en las próximas semanas sería mi hogar.

Durante el trayecto, el chico se presentó como Iker. Era de procedencia vasca y llevaba dos años trabajando allí. Parecía muy amable, incluso me dio la sensación que en algún momento me hacía ojitos.

«Serán imaginaciones mías »».

Me centré en observar la decoración de las salas y pasillos que íbamos atravesando. A medida que nos aproximábamos a las zonas menos nobles del palacete, donde estaban las cocinas y vivía el personal, la decoración se volvía más austera. Ya no había pseudotizianos colgando de las paredes. Era funcional, bonito y limpio, pero sin ese lujo clásico, que abarrotaba las zonas principales.

—Esta es tu habitación —dijo Iker, mostrándome las llaves —En media hora te recibirá el señor director para darte las explicaciones pertinentes y asignarte tu primer socio. Se puntual —apostilló.

—Muchas gracias Iker. Así lo haré.

—Si necesitas algo aquí me tienes —me miró de arriba abajo y sin esperarlo me guiño un ojo.

Puse los ojos en blanco y cerré la puerta. La verdad que el traje entallado que había comprado en Zara me sentaba como un guante. Estaba delgada como nunca, y aquella ropa resaltaba mi figura sin llegar a ser provocativo. Me daba un aire ejecutivo interesante.

En la reunión con Esteban, que así quería que lo llamara, me explicó las normas. Hizo especial hincapié en que estaba totalmente prohibido confraternizar con los clientes o pedirles dinero. Si ellos querían dar propina, cosa que solían hacer, era su decisión, pero los empleados jamás la exigirían. Me dio algunos consejos para desarrollar mi trabajo y me habló de mi primera asistencia.

Hacia las cuatro de la tarde llegaría, el Señor Fernando de Villegas, un noble, Grande de España de una casa con abolengo. Había reservado dos noches y yo debería asistirlo en todo lo que necesitara durante esos días

Esperaba a recibirlo en la entrada del club. Mis manos sudaban.

Mientras aguardaba a tan importante personaje, intentaba imaginar cómo sería. Yo no conocía a ninguna persona de su condición social, salvo por ver en alguna revista, a miembros de la casa de Alba. Ese era todo mi contacto con la nobleza, y generalmente sólo los veía cuando iba a la peluquería, que era el momento de ojear esas revistas.

Me entró la risa al ver las idioteces que estaba pensando y vi un gran Mercedes negro, por la vereda que conducía a la entrada del club.

Recordé las instrucciones del director. «En cuanto el coche se detenga, te dispones rauda a abrir la puerta, saludas inclinando la cabeza y dices Señor, simplemente eso. Luego le ofreces tu mano para ayudarlo a salir».

Al acercarme al vehículo intentaba vislumbrar con era el Señor Fernando de Villegas, pero los cristales estaban totalmente tintados.

El coche se detuvo y sin perder un momento abrí la puerta. En el interior había un venerable hombre de unos ochenta años. Vestía con un traje de color camel y una camisa blanca. Su gesto era serio y su fisonomía delgada de rasgos angulosos. Su nariz prominente, no ayudaba para nada a suavizar su imagen. « ¡El hombre imponía! ».

Cómo me habían dicho, tras el saludo, le tendí mi mano para ayudarlo.

—Jovencita, mejor me coge el andador que está en el maletero, creo que necesito algo más que mi bastón y su delgado brazo ahora mismo —dijo alzando su mentón, sin ni siquiera mirarme.

—Sí, señor —dubitativa y algo abrumada por aquel personaje fui al maletero.

<<¡Dios, que dos días me esperaban con este cardo borriquero!>>.

Le situé el andador delante de la puerta y se puso de pie apoyándose en él con más ligereza de la que había imaginado inicialmente.

—Me llamo Sofia Fernández, y seré su asistente personal, durante su estancia en el club — expliqué intentando impostar mi voz para darle un aire más maduro y profesional.

El señor de Villegas, no me miró, ni dijo nada. Siguió caminando hacia la rampa que había a un lado de la escalinata. Creí que se me caía por aquella pindia pendiente. «Era lo que me faltaba para mi debut » Pero aquel hombre delgado y alto, con una silueta que se me imaginaba parecida a la que observó Cervantes al pensar en el Quijote, llegó hasta el final. Entonces, me miró fijamente, con cierta altivez y me espetó desde una posición más elevada que la mía, ya que yo le seguía por detrás en la rampa, para cogerlo si se trastabillaba —Señorita, acompáñeme a mi suite. Estoy cansado y quiero acostarme un rato —en cuanto llegamos a su alojamiento de lujo se volvió a dirigirse a mí —Despiérteme a las siete para asearme e ir a cenar —sin dejarme decir nada continuó —mañana a las seis y media quiero que me suban el desayuno y la prensa. Después me vendrán a buscar para ir a visitar unas fincas. No volveré hasta la noche —cerró la puerta de la habitación en mis narices y no hubo más contacto hasta las siete de la tarde que procedí a despertarlo.

Los dos días con el Señor de Villegas, pasaron lentos, pues no tenía mucho trabajo con él. Se levantó, desapareció en un todoterreno con otros dos señores y volvió para la cena. El último día le ayudé a preparar el equipaje y le acompañé al coche.

Se fue como había venido, sin mirarme si quiera.

Como todos los clientes fueran así, el trabajo no iba a matarme, pero sí la sensación de haberme convertido en un ser invisible.

Sonó mi teléfono, era el director. Ahora tenía su número fichado y ya le había adjudicado una melodía. La del pirata cojo, de Joaquín Sabina. Riéndome por mi indudable buen gusto al asignar canciones, descolgué y oí —Por favor, señorita Fernández, venga a mi despacho —y colgó.

«Donde había quedado aquello de vamos a tutearnos, al fin y al cabo, somos compañeros en el mismo barco », me había dicho el día que nos encontramos mientras esperaba la vuelta del señor Villegas de realizar sus gestiones fuera del club. Sólo delante de los clientes me llamará Señor Martínez y yo a usted Señorita Fernández.

«Oh dios, la he cagado» no pude evitar pensar mientras meneaba la cabeza a los lados. Seguro que el caballero de la triste figura, se había quejado de mí.

Trabajo que empezaba y acababa tras su visita.

Avancé por el vestíbulo, temerosa. En el camino, me crucé con Iker que me dedicó un guiño y noté que al pasar se giraba para mirarme el culo. Era mono, si seguía por allí, igual algún día le daría una oportunidad.

—Buenas tardes, Señor Martínez, dígame en que puedo ayudarle.

—Le he dicho mil veces que me tutee —«este tío esta de broma» —Siéntese Sofía, ¿Cómo le ha ido su primera experiencia como asistente?

—Bien señor, creo que bien —forcé la mejor de mis sonrisas.

—La verdad es que el Señor de Villegas, me ha hablado maravillas de usted. Me ha dicho que la quiere de asistente personal, siempre que se hospede en el club. Buen trabajo —sentí como mi mandíbula se desencajaba. « ¿en serio? » nunca lo hubiera imaginado —Tengo otro cliente para usted.

—Estupendo, usted dirá.

—Está a punto de visitarnos Su Alteza Real Abdel Arfan Ali Al Saud. Es un socio de un club inglés de nuestra red —continuó sin casi respirar. Se le veía nervioso —es un príncipe de los Emiratos Árabes, millonario, un gran jinete —apostilló como si una cosa y otra estuvieran relacionadas —Es alguien realmente importante. Cuando nos visita, se encarga de su asistencia Peter, anglosajón de nacimiento y gran aficionado a los concursos de salto, incluso participó en alguno de forma profesional. Desgraciadamente, Peter está en Londres de permiso por matrimonio —quería decir algo, pero no me dejaba intervenir —No contaba con su visita y tengo al resto de asesores veteranos angloparlantes ocupados. Sólo me queda usted. Deposito toda mi confianza y espero que no me defraude —noté como me fulminaba con la mirada. Sus pequeños y enjutos ojos me decían, «no la cague señorita».

Se me puso un nudo en el estómago y me costaba tragar saliva.

—No se preocupe, señor, no le defraudaré —al fin y al cabo, si había podido sobrevivir al hidalgo caballero, podría con un viejecito vestido con túnicas blancas, que seguro tampoco miraba a las mujeres.

—Su Alteza Real, llegará esta tarde a las cinco. Haga que le preparen la gran suite. Quiero cesta de frutas, dulces y champán, cortesía de la casa —como un autómatas programado continuó —solo estará esta noche, aunque la requerirá todo el día desde su llegada hasta su marcha. Es posible que venga acompañado, así que disponga la habitación para dos. ¿entendido?

—Muy bien, no se preocupe por nada. Yo me haré cargo. Muchas gracias Esteban.

—De nada Sofía. Buen Día. Me dedicó una media mueca a modo de sonrisa y se puso a teclear en su ordenador, como si yo me hubiera esfumado.

«Me retiraré a mis aposentos cual doncella educada ».

Tras cerrar la puerta de su despacho, no pude evitar una sonrisita pícaras.

«Me parto con estos estirados »».

Ordené en recepción, los detalles de la habitación para el nuevo cliente y me tumbé en la cama a leer un rato, no tenía nada que realizar hasta las cinco.

No sabía qué hacer. Divertida intentaba imaginarme como sería el nuevo carcamal. Entonces se fijó en mi mente una imagen clara, tenía unos setenta años, regordete, con barba recortada, como mi vecino Abdullah, el dueño de la carnicería Halaal que había en mi barrio. Su ropa sería impolutamente blanca de la cabeza a los pies. Sobre su pelo un tocado de esos árabes ¿Cómo se llamaba?, pregunté al señor google en mi móvil. Kufiyeh, también conocido como Ghutra o Semagh, decía la pantalla.

Seguí pensando en su alteza, seguramente será maleducado conmigo, dicen que esos hombres no se dignan a mirar a las mujeres. «Nos desprecian, nos consideran seres inferiores», decía siempre mi vecina Antonia cuando se cruzaba con algún musulmán. «Mira como llevan a las mujeres, con cuarenta grados y tapadas hasta los dientes».

Yo no sabía mucho de ellos. Abdullah siempre era amable conmigo, pero es cierto que su mujer y sus hijas, vestían con ropajes largos y un pañuelo en el pelo. En medio de mi disertación picaron a la puerta.

—Soy Maribí, abre —Allí estaba mi amiga, como una bocanada de aire fresco. Era realmente bonita, tenía una melena rojiza y ondulada, que sería la envidia de cualquier anuncio de champú. Su rostro era muy dulce y lo iluminaban dos preciosos ojos azules como el mar, herencia de su padre, un pelirrojo procedente de Islandia, a donde regresó cuando se fugó con su secretaria. Su cuerpo era muy proporcionado, aunque no era muy alta. Sino abriera la boca parecería una recién llegada del país vikingo —cuenta, cuenta ¿Qué tal tu súper primera asistencia? —dijo poniendo una voz de pija total.

—Pues mira los clientes de este club parecen conservados en naftalina —comenté tornando los ojos hacia arriba. Empecé a contarle mi experiencia con la nobleza española y que ahora tenía que lidiar con otro abuelete, más misógino si cabe.

—Qué suerte estás teniendo chica. De esta te echas noviete —comentó muerta de la risa guiñándome un ojo.

—Quita, quita, va de retro —durante un buen rato nos dedicamos a reír como tontas.

—Voy a buscar príncipes árabes en imágenes de Google —al instante Maribi giro la pantalla hacia mí —mira, como dices, un poco mayores, de barba y de blanco. Hay uno que sale muchas veces y en alguna foto aparece con nuestro Rey. Igual es ese. ¿Un tal Al Saud?

—Sí, creo que así se apellida. Pues será ese. Puff... —volvimos a reírnos.

El tiempo pasó volando. Fuimos a comer algo y Maribí regresó al salón donde ejercía como camarera. Yo di un paseo por los jardines traseros y visité una de las cuadras. A las cuatro, decidí ir a arreglarme para la llegada del nuevo cliente. Divertida por el estupendo momento con mi amiga, me animé a ponerme un vestido negro, algo más vaporoso que la ropa que me había puesto hasta ahora en el club. De escote en pico por delante y por detrás, se ajustaba hasta la cintura, marcándome un estupendo busto. La falda de vuelo con bastante peso, le proporcionaba un movimiento excepcional. Llevaba bolsos en costura, que la hacían muy cómoda.

Para rematar me puse unos zapatos rojos de tacón y un pañuelo del mismo color, anudado al cuello. La verdad es que el conjunto me quedaba estupendo y me daba un aire glamuroso, aunque supongo que mi cliente no se daría ni cuenta.

A las cinco menos diez estaba en la escalinata esperando a su Alteza Real. Hacía una tarde estupenda de primavera, una leve brisa muy agradable refrescaba el ambiente. De repente vislumbré un coche amarillo atravesando la verja de entrada a la finca. Según se acercaba comprobé atónita, que se trataba de un Lamborghini aventador. Sabía algo de coches porque era una de las pasiones de Toni.

Las tardes que nos quedábamos en casa de mis padres, las pasábamos viendo coches en internet o partidos del Real Madrid, su otra pasión.

El automóvil se aproximó con rapidez. Las puertas se levantaron y del deportivo salió un joven alto y atlético, con una camisa blanca, que resaltaba aún más su tez morena y marcaba sutilmente su musculatura. Completando su indumentaria portaba un pantalón Dockers azul marino y unas deportivas de piel oscura.

Mis manos empezaron a sudar.

«El viejecito que esperaba se había convertido en un pibonazo en un abrir y cerrar de ojos».

Estaba impresionada y mi corazón empezó a latir con fuerza.

Por el otro lado salió una mujer rubia, con un minivestido blanco apretado que no dejaba nada a la imaginación. Un escotazo mostraba gran parte de sus enormes pechos, que contradecían las leyes de la gravedad y unos zapatos de tacón rojos remataban el modelito. De lejos parecían unos manolos, de esos que había visto a las famosas en las revistas, cuando visitaba la peluquería. Sólo esos zapatos costaban más de lo que ganaría en una buena temporada.

Salí como pude de mi ensimismamiento, y atropelladamente me puse a bajar las escaleras. Tan atropelladamente que en el último escalón tropecé y caí de bruces delante de los pies del cliente.

—But well Duckling, Are you Okay? —“Pero bueno Patito, ¿está bien?” oí decir en inglés a una voz tremendamente varonil. Inmediatamente levanté la cabeza y ruborizada, le miré fijamente a los ojos. Vi cómo se turbaba contrariado —¿Le ocurre algo? —añadió muy serio. Afiné la voz para continuar la conversación, que transcurría en un perfecto inglés. Era el momento de desempolvar el idioma.

—No, disculpe... Es que hace tiempo otra persona me llamaba así —dije bajando la mirada y buscando por el suelo la poca dignidad que me quedaba.

—Que coincidencia ¿no le parece? —le miré y me dedicó la sonrisa más bonita y sensual que jamás he visto.

Me ayudó a levantarme agarrándome de un brazo con delicadeza —Lo mejor es que volvamos a empezar —dijo al soltarme —Buenos días me llamo Arfan —tendiéndome la mano —y esta es Cindy Stuart —remató, sin ni siquiera mirar a su acompañante que, desentendida de la conversación, había sacado un espejo y se estaba pintando los labios de un color que mi amiga describiría como rojo putón verbenero.

—Buenos días. Soy Sofía Fernández y seré su asistente personal durante su estancia aquí. Si lo desean, ordenaré que les recojan el equipaje y les acompañaré a su Suite.

—Esperaba a Peter, pero el cambio me parece perfecto, Sofía —me dedicó otra de sus sonrisas. « ¡Ay madre mía, como estaba el gentleman!! » —yo también le sonreí.

Por el pasillo que daba a la suite, iba delante para indicarles el camino y abrirles la puerta. Notaba sus intensos ojos verdes clavados en mí, observándome por detrás. Creo que me había hecho una radiografía en toda regla.

—En cuanto me cambie de ropa, quiero que me acompañe a hacer unas gestiones —empezó a

hablar de repente —Por su parte Cindy irá a la calle Serrano a hacer unas compras. Disponga que un coche venga a buscarla.

—Ay no cari, yo quiero un asistente que me acompañe y me sujete las bolsas —espetó con voz mimosa.

—Sofía, que el coche tenga asistente para Cindy —vi cómo se mordía el labio y movía la cabeza como hastiado. No pude evitar sonreír. Él me miró muy serio y sentí una corriente que me atravesaba la espalda —por favor cámbiese de ropa y ponga algo adecuado para visitar una ganadería. La veo en una hora en recepción —cerró la puerta.

Mandé preparar el coche con asistente de Cindy y me fui a cambiar. Me puse una camiseta blanca, unos vaqueros y unas zapatillas de deporte Nike, que me había comprado hacía poco.

No tenía ni idea de cuál es el atuendo adecuado para visitar una ganadería, pero eso tendría que servir. Me sujeté el pelo en una coleta y me dirigí a recepción.

En la sala ya me esperaba el caballero. Al verme me dedicó una mirada de arriba abajo. El vestía con una camiseta blanca, pantalones y botas de montar. Cuando llegué a su altura, y sin pensármelo dos veces le dije —¿Así estoy bien? —dando la vuelta sobre mí misma, de la forma más coqueta que supe e intentando no caerme.

—Desde luego que está muy bien —noté como mis mejillas se ruborizaban.

Nos dirigimos al [Lamborghini](#) y me cogió la mano para ayudarme a entrar. Mi corazón se puso a cien.

«Su alteza Real me ponía a cien».

Dentro del coche no pude evitar pensar que, si Toni me viera allí sentada, se le caería la cara de envidia —¿todo Bien? —me preguntó, al verme pensativa.

—Sí, montar en un coche así, es como un sueño.

—Pues espero poder hacerla seguir soñando —arrancó el coche con un gran estruendo.

—No me pellizques —soltó mi boca sin que yo se lo pidiera y encima en inglés. Deseaba que no lo hubiera oído con el ruido del motor, pero vi dibujarse en su cara una mueca picarona que indicaba que, indudablemente, había escuchado mi inapropiada súplica.

Su alteza Real se concentró en la carretera. Yo le observaba de reojo. Sin lugar a dudas era un bombón, de complexión atlética, increíblemente proporcionado y rasgos angulosos que le conferían una belleza escultórica casi perfecta, que remataba con su hermosa tez morena y unos enormes ojos verdes. Todo el conjunto le hacía tremendamente apetecible, «Pero Sofía ¿Qué estás haciendo? » Me dijo mi conciencia. «Ese hombre no está al alcance de una veinteañera de Lavapiés». Cerré los ojos para pensar en otra cosa, pero solo pude concentrarme en el olor del exquisito perfume que llevaba.

En la emisora de radio que tenía prefijada, estaba sonando un nuevo hit que no conocía y que apenas se oía con el relinchar del motor. Tras finalizar la balada, pude entender que anunciaban una canción de Alex Hubago, y mi cuerpo reaccionó. No pude evitarlo.

—Esta canción me encanta ¿Le importa que suba el volumen?

—Claro, si me explicas de que habla, no entiendo nada.

—Primero escúchela y después se lo cuento —esperé a que terminara la canción deleitándome con aquella preciosa melodía y aquellas voces tan acompasadas.

Miré al príncipe, y me pareció que estaba tenso. Las mandíbulas se le hinchaban y deshinchaban un poco. Aunque no entendía la letra era capaz de captar la esencia.

—Se titula Sin miedo a nada. Habla de una pareja, se aman y quieren abrazarse, sentirse, sin importar lo que piensen los demás. Luchar contra viento y marea por su amor, para estar juntos,

olvidando el sufrimiento que pueda ocasionarles, pues lo importante es demostrarse su pasión — en ese momento detuvo el coche apartándose hacia el arcén. Hice una pausa para mirarle, estaba ensimismado observándome —¿ocurre algo? —No sabía muy bien que hacer o decir. Sólo se me ocurrió esa pregunta para parecer tranquila. Un vano intento para quitarle importancia a lo que estaba ocurriendo, pero era consciente que estaba siendo traviesa. Creo que estaba poniendo nervioso al jeque. Mi estado no era muy diferente, parecía una quinceañera intentando conquistar a un chico. Dedicarle una canción, imitar la voz. ¡Por dios!, solo me faltaba aletear las pestañas. Y como si mi subconsciente me estuviera gastando una broma, allí estaba yo, mirando al morenazo y aleteando las pestañas.

—¿Sabe montar a caballo? —me preguntó rompiendo la magia que flotaba en la atmosfera y volviendo a arrancar el vehículo con aquel ruido atronador que producía.

—Un poco, Alteza Real, de pequeña mis padres me pagaron unas clases de equitación, pero no he vuelto a montar.

—Pues hoy vas a recibir una personalizada —hizo una pausa —por favor llámame Arfan.

No dije nada, no podía. Ese hombre, me volvía loca.

Mi cuerpo rebotaba tensión sexual. Me sentía como un volcán contenido a punto de estallar de tanta resistencia a no verter toda la energía que acumulaba.

Es una sensación extraña y desde luego nueva para mí.

Si me hubieran pedido apostar la cabeza porque un total desconocido provocara esas sensaciones en mi organismo, sin lugar a dudas la hubiera perdido.

Tras media hora de viaje, llegamos a unos bonitos establos. Nunca en mi vida, había estado en esa zona de Madrid.

Arfan se fue a hablar con unos señores que le esperaban y luego se detuvieron a admirar unos caballos. Yo le observaba junto al coche desde la distancia, quería buscarle algún defecto a aquel morenazo, pero no encontraba ninguno. Veía como de vez en cuando, me lanzaba miradas, mientras seguía la conversación de los anfitriones. Me puse a tararear la canción que escuchamos algo aburrida de la espera. Al cabo de un cuarto de hora, se acercó a mí.

—Es la hora de tu clase particular. Nos están preparando los caballos —me estaba poniendo nerviosa por momentos.

Los señores con los que antes hablaba su Alteza Real, se acercaron con dos corceles negros imponentes. No entendía de caballos, pero por su estampa tenían pinta de ser carísimos.

—Monta —me dijo señalándome una de las cabalgaduras.

—Vamos a ver, mis clases eran en un poni. Yo no sé subir a este enorme animal y como ya ha comprobado soy un poco patosa —oí cómo se echaba a reír, mirándome incrédulo.

—No te preocupes yo te ayudaré, ¿podrás poner el pie en el estribo? —señaló mientras se acercaba peligrosamente a mí.

«Como se siga acercando le doy un beso de tornillo».

—Creo que sí —sin terminar la frase noté como me agarraba de la cintura.

—Venga patito que tú puedes —de un impulso me subió al caballo —Pon el otro pie en el estribo —me acercó un casco —Toma no quiero que te abras la cabeza en nuestra primera cita.

—¿Cita? —susurré, sin darme cuenta que lo decía en alto.

—Tranquila, es una forma de hablar —me guiñó el ojo y me mordí el labio. Noté como sus ojos se posaban en mi boca, mientras la suya se abría levemente y respiraba hondo.

Era una situación algo embarazosa, pero estaba encantada de tener una cita con Arfan, su Alteza Real.

Nunca jamás, con ningún chico había tenido esa primera impresión tan fuerte, tan rápida, tan excitante. Había tensión sexual, eso era indudable.

Fuimos caminando al paso por los prados que rodeaban los establos.

Él me iba contando que había venido en busca de un semental del que tenía referencias. Que participaba en concursos de salto y que se estaba haciendo con una cuadra que ya era la envidia de mucha gente. Me daba detalles, pero yo no estaba muy cómoda subida en aquel enorme jamelgo y no me podía concentrar del todo en la conversación. Cuando llegamos a una zona boscosa, paró y se bajó del caballo.

—Vamos a dar la vuelta a pie —se aproximó y me tendió los brazos para ayudarme a bajar. En un momento dado quedé suspendida sobre él, cuerpo con cuerpo.

—No me pellizques por favor —¿realmente dije eso otra vez en alto? Menos mal que esta vez lo verbalicé en español, aunque como con la canción, creo que captó la esencia de la frase. Me miró a los ojos y no dijo nada, pero tampoco me soltó. Fueron unos instantes y me pareció una eternidad.

Con los pies en el suelo e intentando recomponerme de lo que acababa de suceder, empezamos a caminar. El llevaba los dos caballos sujetos por las riendas.

—Cuéntame algo de ti Sofía. ¿puedo tutearte?

—Sí, claro. Haber por donde empiezo...Soy de Madrid. Tengo 20 años. Soy una frustrada estudiante de Bellas artes. Mi madre murió, mi padre murió. Así que ya no me queda nadie y hace sólo unos días que trabajo en el Club. Fin de la historia —« ¿pero por qué le había dado tantos detalles? »».

—¿Tienes novio?.

«Vaya el chico no se anda por las ramas »».

—No —contesté sucintamente, mientras veía como llegábamos a las cuadras y ese momento prodigioso iba a terminar.

Dejamos los caballos, se despidió de los propietarios y nos fuimos al coche.

—Te invito a cenar, pasemos por el club a cambiarnos.

—¿En serio?

—Si claro, en algún momento tendremos que alimentarnos —se mordió el labio.

—¿Y la señorita Cindy Stuart?

—Hoy le solté una buena cantidad de dinero y después de las compras, donde se gastará una fortuna, irá a cenar por el centro.

No quería analizar aquellas palabras, aunque no me gustaba el tono que utilizaba para hablar de su novia, quitar de la ecuación a esa tal Cindy me parecía fantástico.

El camino de vuelta lo hicimos en silencio y me pareció más largo que el de la ida.

—Te veo en una hora en recepción —indicó mientras se giraba para dirigirse a su Suite. Le agarré del brazo e hice que se detuviera y se diera la vuelta —¿Qué pasó Sofía? —tenía cara de no entender que estaba ocurriendo en ese momento y porque le agarraba del brazo, como si acabara de cometer una osadía imperdonable, al arriesgarme a tocar a su Alteza Real sin su permiso.

—¿Qué me pongo?, ¿Dónde va a ser la cena? Es que no estoy acostumbrada a cenar con Príncipes —soltó una carcajada.

—¿Qué prefieres, ¿Langosta o hamburguesa?

—En nuestra primera cita me sentiría más cómoda con una hamburguesa. La langosta podemos dejarla para la segunda —reí divertida y le guiñé el ojo.

—Pues ponte algo parecido a lo que llevas, pero que no huela a caballo —sentenció mirándome de arriba abajo.

Cuando llegué a mi habitación, me metí rápidamente en la ducha. Mi cuerpo temblaba cada vez que cerraba los ojos y su imagen venía a mi mente. Notaba como mis labios vaginales vibraban y sentía una ligera punzadita que subía interiormente desde mis labios hasta el ombligo con cada vibración.

Deseaba a ese príncipe que acababa de conocer, como a nadie en toda mi vida.

«¿Pero estas loca o qué? Ese macho no está a tu alcance » verbalicé mientras abría el armario para buscar que ponerme. Me estoy tomando demasiadas confianzas y sin duda, este coqueteo no me va a llevar a nada bueno, me costará el puesto.

Esta vez elegí un mono rojo de pantalón corto y unas sandalias de cuña de esparto en el mismo color. Me alisé el pelo, me puse un poco de máscara de pestañas y unas gotas del perfume de mi madre. Al mirar el frasco negro, pensé que en cuanto se acabara no tendría dinero para comprarme otro.

Cerré la puerta y bajé al vestíbulo.

Fuimos a un Burguer king y pedimos unos menús. La cena fue realmente agradable, nos reímos muchísimo. Me contó un montón de anécdotas de su mejor amigo, Robert, un pelirrojo escocés, con un sentido del humor incombustible. Yo le hablé de Maribi y de mis cuadros favoritos del Prado y El Reina Sofía. Creo que pongo mucha pasión cuando hablo de arte, porque me miraba ensimismado. Arfan no conocía ninguno, así que le prometí llevarle algún día.

Cuando terminamos de cenar, propuso ir a una terraza muy acogedora que había cerca de la hamburguesería. Acepté con la condición de que me dejara pagar la consumición.

—No puedo permitir que pagues tú —se mostró tajante —en mi cultura eso es un desprecio intolerable.

—Yo no quiero ser una mantenida —lancé sin pensar, recordando el comentario sobre Cindy.

Su cara desprendía desconcierto. Era inmensamente rico y una asistente quería invitarle, pero asintió con la cabeza y no dijo nada, creo que comprendió el motivo de mi petición

La terraza era verdaderamente privada y acogedora. Él se pidió un té y yo un mojito.

—Puedes pedir algo más caro que un té, aunque pague yo —indiqué divertida.

—Yo no bebo alcohol, soy musulmán. El té me parece apropiado en cualquier momento.

—Mi padre murió alcoholizado —expliqué sin más —Él era quien me llamaba patito.

—Lo siento —se acercó a mí rozándome la mano.

Seguimos hablando hasta terminar las consumiciones. Tocamos todos los temas. Sus estudios, sus concursos de salto, Robert, Maribí, su vida en Londres, el hidalgo caballero que le precedió...una larga conversación llena de aprobaciones, risas y fugaces miradas, directas al corazón, que me hacían estremecer.

Lo tenía tan cerca, olía tan bien y me miraba tan intensamente, que en un momento dado acerqué mis labios a los suyos. Él apartó su cara y se levantó.

—Es hora de volver.

En el camino de regreso al club, ninguno dijo nada.

A la mañana siguiente se había ido.

«¡Que tonta soy!, Niñata ridícula».

Después de la marcha de Arfan, había sido asistente de un diplomático ruso, un político francés, un ganadero de Texas y un empresario chino.

El señor Dimitri Sokolov, embajador ruso, me había hecho proposiciones de lo más indecentes, pero me sorprendí de lo bien que supe manejar la situación y zafarme de sus manazas. La experiencia en Mar de Salsa parece que por fin servía de algo. Me había convertido en una experta en lidiar con moscones.

Entre un cliente y otro, solía tener un día libre en el que me aburría como una ostra, metida en el club, sin nada que hacer. Generalmente me encerraba en la habitación a leer.

No había cambiado mis gustos de lectura. Aunque había ojeado alguna novela de misterios y asesinatos, solía volver, sin remedio, a la novela romántica. Pero algo había cambiado, ahora sentía que entendía mejor a los personajes, cuando hablaban sobre sus sentimientos hacia el otro y de esa arrebatadora pasión que vivían. Hoy mi tiempo estaba destinado a un clásico, Cumbres borrascosas. La única novela de Emily Brontë, y que escribió bajo el seudónimo Ellis Bell, supongo que para sortear las dificultades que tenían las mujeres, en esa época, para dedicarse a la literatura, o para poder expresar sus pensamientos más profundos, sin ser juzgadas, cómo se juzgaría a una mujer, incluso hoy en día, cuando habla de sexo y deseo.

Tumbada en la cama en camiseta y bragas, sin ninguna intención de vestirme en toda la tarde, me sumergí en esta historia, llena de odios, desavenencias, avaricia, pero también amor inconmensurable. A familias enfrentadas, al poder del dinero y de la posición social... Intentaba olvidar a Arfan, pero mi vello se erizaba recordándolo, a cada frase del libro, en la que aparecía Heathcliff. Me lo imaginaba con la cara de su Alteza Real. Nunca un hombre me había impactado así.

<<¡Qué pena que no estuviera a mi alcance! >>.

Solo esperaba poder volver a sentir esa sensación tan arrebatadora por otra persona, alguna vez y que, en este caso, estuviera a tiro.

<<¡Ahora entendía a mis padres! >>.

Que dos personas pudieran estar juntas, para disfrutar cada día del amor correspondido que se procesaban, sin impedimentos, debía ser maravilloso.

Golpearon en la puerta, mire el reloj sorprendida pues no esperaba a nadie, eran las cinco de la tarde, seguro era Maribi, quien sino.

Me levanté a abrir tal cual estaba, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Por fin un terrícola —dije imitando la voz de un robot. Levanté la vista y me quedé espantada. Intenté bajar la camiseta para que me tapara lo más posible. No era mi amiga sino Iker quien estaba detrás de la puerta, que ahora mismo me miraba de arriba abajo desternillándose de risa.

—Hola Sofia. He terminado el turno en recepción y me preguntaba si te apetecería dar una vuelta conmigo.

—Sabes que no puedo salir de las instalaciones del club y... —no me dejó terminar.

—No saldremos. Te enseñaré un sitio que no conoces —me parecía imposible que hubiera un solo rincón desconocido allí adentro. Lo había recorrido todo de cabo a rabo.

—Está bien. Espera un momento que me ponga algo —Hice un gesto mirándome, haciendo notar que estaba incomoda con la situación. La intriga me podía y con tal de salir de aquel encierro, todo me parecía buena idea. Me puse unos vaqueros y una camiseta limpia, me hice una

coleta y lista.

Salimos por la parte trasera del palacete, por la zona deportiva. Tras pasar por las pistas de pádel y tenis, llegamos a un pequeño bosquecillo de chopos. La parcela era verdaderamente grande y era cierto que nunca había pasado por allí. Nos encontramos una valla metálica y una puerta con candado. Me quedé parada mirando a Iker.

—No te preocupes, este es el límite que han marcado de acceso a clientes, pero la propiedad sigue.

—¿Dónde vamos? —pregunté curiosa.

—Al sitio más auténtico de este complejo. Ya lo verás. —Seguimos por el bosque y accedimos a un riachuelo que sólo se podía atravesar por un puente de madera. Era encantador, casi mágico. La frondosidad se fue abriendo poco a poco, hasta llegar a un prado donde se asentaba una casona solariega, más humilde arquitectónicamente que el palacete, pero con mucho encanto. Tenía una entrada independiente desde la carretera, un camino que venía por la izquierda, atravesando un tramo del bosque, pues este rodeaba toda la propiedad y solo en torno a la casa había césped.

—Una hectárea más de bosque por el contorno, hasta los límites que incluye también la zona del riachuelo limítrofe al club. Es la estancia de caza y antigua casa de los guardeses de la finca. La han restaurado, pero aún no han decidido que uso darle —dijo viendo mi cara de sorpresa — Ven pasa. Tengo las llaves —Una vez dentro, tras dejar un enorme zaguán, había una estancia más grande. Estaba maravillada entre lo rústico y lo imponente del sitio. Se veía totalmente vacía, salvo una gran chimenea de piedra, una cesta de picnic por la que asomaba una botella de vino y una manta extendida en el suelo.

—Señorita, la invito a merendar —me guiñó un ojo mientras se sentaba sobre la manta, tendiéndome una mano para ayudarme a acompañarle. Apenas me había sentado, se abalanzó sobre mí —llevo muchos días esperando este momento —me dio un beso en la boca.

—Iker espera. —le dije apartándole como pude y en el forcejeo su entrepierna rozó mi brazo. Estaba dura.

<<Por dios, que asco>>.

—Venga nena, no te resistas, sé que lo deseas tanto como yo. No dejas de insinuarte delante de mí —se mordió el labio mirándome intensamente. No sabía si me hacía gracia o me cabreaba. Creo que todo al mismo tiempo.

—¡Perdona! —le dije intentando modular mi voz para que pareciera calmada —te estás equivocando. No te voy a negar que estás muy bien, pero no siento nada por ti. —antes quizás podría haber tenido algo con Iker, ahora no. No me sentía nada atraída por él. Se acabaron las experiencias vacías.

—Entiendo, eres una de esas —me espetó separándose de mí aún más y poniendo una cara de asco que no podía disimular.

—¿una de cuáles? —supuse que ahora me llamaría estrecha, o yo que se suerte de improperios.

—Una boyera. Siempre estás sola o acompañada de la camarera esa, como se llama...Maribi. No has salido con nadie del club. Pensé que era porque te gustaba yo, pero ahora entiendo que es que no te gustan los hombres —no pude evitar reírme.

—Estás equivocado, las mujeres no me gustan y en cuanto a los hombres, simplemente no encuentro el adecuado.

—Estás loquísima chica. Tú te lo pierdes —señaló para su bragueta, donde se podía observar

claramente, el bulto en el pantalón. Volví a sentir verdadera repulsión —cuando quieras sexo del bueno avísame. —se levantó y me dejó sola en aquella casa vacía.

—¡Serás capullo! —grité, resonando mi voz en las paredes desnudas.

No sé qué me pasa. Estoy tonta, hechizada por un hombre imposible, solo puedo pensar en él.

Lo mejor, es que me recomponga e intente que Iker me de otra oportunidad. El vello se me erizó de pura aversión al imaginarme si quiera besando a aquel idiota.

<<Bueno, ya lo pensaré>>.

No todo había sido negativo. El paseo había merecido la pena, la casa era increíble. Me relajé, respirando hondo y recorrí cada estancia, admirando su tamaño y su altura de techos. Luego subí las imponentes escaleras de piedra para visitar las habitaciones del primer piso. Me quedé maravillada con los grandes ventanales que dejaban entrar la luz a borbotones. Desde todas, se podía admirar el espectacular bosque que rodeaba la casa.

<<Increíble>>

EN LAS NUBES

En el Avión de vuelta a Londres, no conseguía sacar aquella chica española de la cabeza, ni su canción.

Sólo habíamos pasado una tarde juntos, pero había sido el día más divertido con una mujer, sin sexo.

Al principio, me pareció divertido coquetear con ella, parecía predispuesta y el rubor que se dibujaba en sus mejillas a cada insinuación mía, me daba alas. Pero según iba transcurriendo el tiempo, lo que empezó como una mera provocación acabó siendo puro deseo.

No podía parar de recordar aquel momento en que la tuve tan cerca y nuestros labios casi se rozaron. Por supuesto que la hubiera besado, la hubiera desnudado allí mismo y le habría hecho el amor, pero la razón había podido sobre los sentimientos.

Esa delicada muchacha me gustaba mucho. Su bonita cara, sus increíbles ojos negros, su cuerpo menudito pero con curvas, su ingenio, su cultura, sus largas piernas... El conjunto era único. Rebosaba fragilidad, inocencia y candidez.

Absolutamente todo se me antojaba apetecible y exquisito en su persona.

Junto a ella me nacía una emoción nueva, de amparo. Deseaba abrazarla y protegerla del mundo, pero desgraciadamente, del primero del que debía salvaguardarla era de mí mismo.

Puedo poseer a casi cualquier mujer que me proponga y de echo lo hago. Mi presencia y mi fortuna me lo permiten. Me rodeo de mujeres exuberantes, que en muchos casos están más interesadas en mi inagotable chequera que en mi persona.

Mi última adquisición era Cindy. Una niña pija y sin complejos, operada hasta perder su identidad, una caricatura de la que un día debió ser. La conocí en el distrito de St James's Park, cuando me dirigía a uno de los clubs de caballeros que frecuento.

Hace algo poco menos de un mes, un amigo me la presentó y desde entonces pasó a ser mi acompañante habitual. Me gustaba pasearla como un trofeo delante del resto de hombres que babeaban a su paso. Tan voluptuosa, tan exagerada, representaba el sueño erótico de muchos, pero no el mío.

No sé por qué salía con ese tipo de mujeres que en realidad no me gustaban.

Mi padre me había llamado muchas veces la atención por mis compañías femeninas, poco discretas. Debíamos mantener una imagen de sobriedad por respeto a nuestros súbditos. Ese tipo de mujeres eran una aberración para el pueblo musulmán, mostrando más que guardando. Pero para mí eran un mero pasatiempo. Podía y hacía.

En el fondo era una manera de poseer sin ser poseído. Sabía que el día que me enamorara no podría ser estricto y frío con ella, y me rompería el corazón.

Era más fácil con esas mujeres, cuando me cansaba, las apartaba de mi vida sin pudor, sin compromiso.

La mujer que escogiera como primera esposa, debía ser mía, sólo mía, y no podría soportar que adornara los sueños obscenos de ningún otro hombre. Así me habían educado.

Sofía, era distinta. En un primer vistazo cualquiera podría decir que no era mi tipo, que no encajaba en los cánones de belleza que conectaban con mis gustos y que equivocados estarían,

pues era exactamente la mujer que me podría hacer perder los sentidos, lo que me volvía totalmente vulnerable.

Una joven elegante, natural, delicada y tan bella por dentro como por fuera, una hermosura serena, sincera, sin dobleces, ni dobles fondos. Una chica a la que conquistar y querer hacer feliz sobre todas las cosas, una joven de la que me importaba su opinión, sus sentimientos y lo que pensara de mí. Exactamente la antítesis a mi actual acompañante.

<<Mi polla se pone dura>>.

Puse la americana encima de mi entrepierna. Si seguía evocando aquellos labios y su apetecible cuerpo, tendría que ir al baño del avión a desahogarme. No recuerdo cuando mi cuerpo había reaccionado así, tan solo con un pensamiento. Desde luego con mi actual acompañante, no.

Creo que ha llegado el momento de comprarle un regalo de despedida a Cindy. Su sola presencia me irritaba. No la quería cerca. No la quería en mi cama. Definitivamente no la quería en mi vida.

No era la primera vez, me encaprichaba de ellas como un juguete nuevo y cuando me cansaba de sus encantos, les compraba una gran joya en agradecimiento por los servicios prestados y las apartaba de mi lado.

Sin pensarlo dos veces descolgué mi teléfono y llamé a mi asistente personal en Londres.

—Hola Walter, estamos llegando. Necesito que compres una bonita joya en Tiffanys para Cindy. Escribe una nota de despedida y la ayudas a abandonar la casa. Te veo en el aeropuerto. Esta noche dormiré en Milestone Hotel, mientras vacías mi hogar. Haz la reserva. No tengo ganas de numeritos innecesarios.

—De acuerdo señor, lo veo en Heathrow —Walter estaba más que acostumbrado a estas situaciones. Miré a un lado para ver si Cindy me había oído. Estaba al fondo de la clase Bussines, totalmente enfrascada en una conversación con una señora. Sus temas eran escasos, así que o hablaba de ropa, del último cotilleo sobre la Familia Real británica o de cirugía estética.

En el aeropuerto estaba mi fiel Walter, que cogió a Cindy, sus cinco maletas y la acompañó al coche. Ni se dio cuenta que yo no los seguía. Pedí un taxi y me perdí por las calles de Londres. En el hotel, me puse un sweter, un pantalón negro y salí a encontrarme con Robert, al que había telefonado después de colgar con Walter. Necesitaba hablar con mi amigo.

Robert Mcdougall, descendiente de nobles y heredero de una gran fortuna, era el escocés más cachondo que había encontrado en mi vida, pero sobre todo un gran amigo y una gran persona. Tan grande por fuera como por dentro.

Nos habíamos conocido cursando Finanzas en la prestigiosa Universidad London School of Economics. Compartíamos estudios y pasión por los caballos.

En sus establos de las tierras altas escocesas, el highlander Robert tenía algunos de los mejores ejemplares del Reino Unido.

Éramos muy distintos, pero congeniamos rápidamente y en los años de universidad nos volvimos inseparables. Incluso en los descansos estivales yo pasaba grandes periodos en su casa y él me visitaba en Riyadh.

Tras finalizar la carrera no perdimos el contacto y buscábamos un hueco, siempre que podíamos, para charlar.

Era mucho más romántico que yo. Esperaba encontrar la mujer de su vida, formar una familia y vivir felices para siempre en Escocia.

Sólo salía con chicas que le gustaran profundamente, con las que entablaba, relaciones formales, pero no había tenido suerte en esto del amor hasta el momento y todas le habían salido

rana.

Una le había puesto los cuernos con un ejecutivo de la City, otra se aburría con él y quería emociones más fuertes y la última me tiraba los tejos mientras salían juntos. Eran tan evidentes sus insinuaciones, que él se cansó y la mandó a paseo. Creo que básicamente esas habían sido las mujeres de su vida.

Demasiado pocas desde mi punto de vista.

Hoy necesitaba, sin duda, su compañía y su manera de pensar tan alejada de la mía. Nuestra ascendencia no podía ser más distinta y por ende nuestra educación. Ambos éramos esclavos de nuestras tradiciones y nuestras responsabilidades, pero el peso que llevábamos en las espaldas, era más grande en mi caso.

Siempre le decía que él era como Bruce Lee, que todo fluya como el agua y yo como el padrino, lo que sea por la familia. Esto siempre nos proporcionaba un momento de sinceras carcajadas, aunque sabía lo importante que era para él la familia también. Su clan como solía llamarlos.

—Que pasa maharajá —me grito desde el fondo del pub, al verme llegar —¿te tomas una pinta? —añadió.

—Robert, sabes que no bebo alcohol, mejor una Coca-Cola —sugerí mirando a la camarera que nos observaba.

—¿Dónde has estado esta vez? —preguntó mientras nos servían las bebidas.

—He ido a ver un semental a España, a Madrid. Algo rápido —expliqué mientras hacía un gesto con la mano imitando el descenso de un avión.

—Adquiriendo nuevas piezas para tu cuadra a mis espaldas. Tendré que incorporar algún nuevo caballo a la mía, no voy a acabar adelantándome.

—Eso sería imposible. Me llevas siglos de ventaja.

—¿Y fuiste sólo, Don Juan? —continuó divertido.

—He ido con Cindy, pero hoy mismo le he dado boleto ¡No la aguanto más! —exclamé sacudiendo la cabeza.

—Mira príncipe, yo me lo haría mirar. Cada vez te duran menos —hizo una pausa para beber un trago y prosiguió —Cindy estaba de miedo y no era de las más tontas con las que has salido.

—Igual he encontrado algo en España aparte de un buen semental —al ver la cara de asombro de mi amigo me detuve. Temía enormemente la mofa que iba a sufrir. Tomé aire —es que me ha ocurrido algo en este viaje.

—Un momento ¿esa cara?, ¿ese brillo en los ojos? —me escrutó detenidamente y continuó —o tienes fiebre o una fierecilla española te ha robado el corazón.

—En concreto un pato —dije asintiendo con la cabeza.

Robert quedó ojiplático. Miró mi bebida para asegurarse que no tomaba alcohol y apostilló —Abdel Arfan Ali El Saud —le encantaba decir mi nombre completo, que tanto trabajo le había costado aprender —¿De qué demonios estás hablando!.

Le expliqué cómo había conocido a Sofia, lo breve de nuestro encuentro, lo cómodo que me sentía a su lado, la sensación que tenía al estar con ella, cómo olía, que no me la podía quitar de la cabeza y que estuve a punto de besarla, pero había podido resistirme. Era tal el deseo que sentía que hubiese querido besar cada milímetro de su piel. También le conté que la despedida no había sido amigable.

—La cagué. Creo que piensa que he estado jugando con ella. Pero mejor así.

—¡Hombre normal! Un príncipe se presenta en tu vida, te seduce y cuando te tiene a los pies

de los caballos, te hace una cobra en toda regla. ¿Cómo te sentirías tú? —sentenció, instigándome con la cabeza a que contestara.

—No creo que yo me sintiera seducido por un príncipe, la verdad —puse voz burlona, pero me corté porque noté en su cara cierto reproche al no tomarme en serio sus argumentaciones.

—Eres incorregible —me golpeó la espalda con su mano haciéndome tambalear un poco —pero mira, es la primera vez que te veo así. Parece que el devora mujeres ha encontrado, por fin, alguien que le ha derretido el corazón.

—Robert, una cosa es divertirme con esas mujeres por las que no siento nada y otra muy distinto empezar algo que me guste realmente, algo formal, que no sé gestionar y no sé cómo va a terminar —noté como mi gesto se endurecía al pronunciar esas palabras.

—¿Y qué hay de malo? Tienes veintisiete años. Eres joven, resultón, inteligente e inmensamente rico. Las mujeres hacen cola a tu puerta ¿por qué no puedes tener derecho a disfrutar de una relación pasional, por una vez? —pegó otro trago a la pinta.

—Enamorarme de una mujer occidental, es complicado. Pertenece a mundos distintos. Yo no puedo vivir en las nubes como tú, tengo que pensar en mis responsabilidades y en mis tradiciones —expliqué mirando a mi amigo con desesperación.

—¿Enamorarte?, ¿de verdad ha salido de la boca del Príncipe Arfan esa palabra?, no doy crédito. Yo pensaba que solo te ponía cachondo. Esa mujer tiene que ser realmente especial para que consiga que aparezca esa posibilidad en tu mente —El pub se estaba llenado de gente. Echaban un partido de Rugby en la tele, Inglaterra —Escocia, de máxima expectación y cada vez era más difícil seguir una conversación entre tanta algarabía —Mira Arfan, yo sé lo que es ser un soltero de oro —casi me estaba gritando al oído para asegurarse que lo entendía —y que todo lo que te rodea ya no te llene. También sé que son las tradiciones, en Escocia tenemos algunas, créeme. Pero si consiguiera a alguien que despertara mi corazón, te aseguro que no habría nada en este mundo, que me detuviera para estar con ella —hizo una pausa, para apurar su pinta y pensar que más podría decirme para convencerme —hay que vivir el presente, quien sabe que nos depara el futuro. Además, creo que te estás precipitando, apenas la conoces y es posible que le des una oportunidad y al final la relación no vaya más allá. Tal vez descubras que no es amor sino un capricho pasajero lo que sientes. Ahora también te digo, si no le das siquiera la oportunidad, sino fluye, no lo sabrás y es posible que te atormente lo que pudo haber sido y no fue, porque ni lo intentaste —apoyó su mano en mi hombro —relájate chico. Disfruta de la vida y no te comas tanto el coco.

—Tienes razón Bruce Lee, como siempre.

—Oye y si tan maravillosa es y no sigues adelante, siempre puedes presentármela. Necesito llenar mi castillo de pelirrojos —le pegué un puñetazo amistoso en el brazo y nos echamos a reír.

—Es espectacular, tendrías que haberla visto. Es muy bonita y muy culta, pero lo que más me cautivó fue su frágil transparencia, su inocencia, no sé cómo explicártelo. Es una sensación extraña, como si pudiera ver a través de sus ojos y su preciosa sonrisa, y solo viera cosas buenas. Bondad, dulzura, armonía, todo acompañado de una gran sensualidad y un halo de vulnerabilidad y tristeza, que me derretieron.

—Arfan, por el amor de dios, si un ser así existe, no le dejes escapar —se acercó a mi oído —si has visto todo eso en una sola tarde, no sé qué haces aquí. Coge el primer vuelo que salga a Madrid y vete a conquistarla —me pegó un manotazo —Estás tonto o que —asentí con la cabeza y pegué un trago a la Coca-Cola.

—Y tú que ¿Cómo van tus conquistas? —no solo íbamos a hablar de mí, ahora le tocaba el

turno a mi amigo.

—En zona muerta, sigo sin encontrar nada que merezca la pena y paso de meterme en una relación, sino es con alguien que me guste de verdad.

—¿No te estarás volviendo muy exigente?, mira que como te descuides te vuelves un viejo solterón y cascarrabias. Debes darte alguna alegría —le puse la mano en el hombro compadeciéndole, como había hecho él instantes antes.

—Que va, si lo que busco en teoría es sencillo —me miró a los ojos —solo pido naturalidad, una chica sencilla, que disfrute de lo que la vida le da y que quiera formar una familia. No creo que sea mucho pedir, pero solo encuentro a niñas pijas, caprichosas y pagadas de sí mismas.

—Te entiendo perfectamente, al conocer a Sofía, vi la diferencia con las mujeres que nos rodean, tan arrogantes, vanidosas y endiosadas. Sabes, ella tiene muchas más cualidades. Las supera en belleza y elegancia natural, en cultura, en nativa sensualidad y, sin embargo, parece no saberlo. Desprende humildad por todos sus poros.

—¡Arfan!, como no cojas tu ese maldito vuelo, lo voy a reservar yo —me guiño el ojo —dame la dirección —nos echamos a reír y le prometí pensármelo.

Habían pasado casi tres semanas desde mi viaje a Madrid. Cindy ya no estaba en mi vida. Esperaba que con el tiempo me olvidara de Sofia y todo volviera a la normalidad, pero no fue así. Me pasaba el día dándole vueltas a la conversación con Robert y recordando su olor. A menudo cerraba los ojos y podía rememorar su aroma.

<<Tengo que enterarme cual era ese perfume>>.

Esos pensamientos me producían una erección inmediata. Su sola evocación me ponía, así que no puedo imaginar si la tuviera delante, si la pudiera tocar.

<<¡Qué narices! >> —noté que la gente del café donde estaba desayunando, me miraba.

Saqué mi iPhone y marqué. Tras dos tonos descolgaba —Walter disponlo todo, mañana quiero partir a Madrid. Reserve en el Club ecuestre y deje claro que quiero a Sofia, Sofia Fernández de asistente personal. Estancia indeterminada. Alquila un todoterreno en el aeropuerto —sentí que Walter se ponía a teclear —Mándame el embarque y toda la información al móvil.

Ya estaba hecho. Había tomado la decisión de conquistar a aquella muchacha que apenas conocía, pero en la que no podía dejar de pensar. Ni yo mismo me reconocía.

<<pero si estoy hasta nervioso>>.

Qué clase de maleficio había conjurado sobre mí. Me tiene embrujado, no hay otra explicación. Tengo que conseguir seducirla, es lo que deseo. No puedo dejar de pensar en conquistar esa boca, en poseerla.

<<No se me puede resistir, tiene que ser mía>>.

Supongo que no será difícil. Todas las mujeres habían sucumbido siempre que me lo había propuesto ¿Por qué esta chica iba a ser diferente? No tengo motivo para esta intranquilidad, si en un solo día ya había intentado besarme, tenía que ser pan comido.

Sin embargo, no puedo apartar la desazón, por algún motivo ella era distinta, me hacía sentir distinto.

¿Y si después de tres semanas ya está con otro? —ese pensamiento me perturbaba.

<<Tiene que ser mía >>.

¿Pero y si me rechaza? Al fin y al cabo, solo habíamos pasado una tarde juntos y tras mi desplante, es posible hasta que se haya olvidado de mí.

Es tan hermosa, que seguro tiene una fila de hombres dispuestos a hacerla olvidarse de mí. Sí, seguro que a estas alturas soy una simple anécdota.

El gran Arfan, conocido por sus conquistas y su frío corazón, estaba siendo vencido por una joven asistente. Una mujer, que había conseguido despertar en mí, lo que ninguna otra.

<<Tiene que ser mía >>.

Un joven me esperaba cuando llegué al aeropuerto de Barajas, portaba un cartel con mi nombre. Me acerqué.

—Alteza Real Al Saud, como había dispuesto tiene un coche en el parking —blandió las llaves y añadió —es un Dodge Nitro rojo en el aparcamiento 11B.

—Perfecto. Recoja mis maletas y acompáñeme —el chico cargó mi equipaje y me dio las llaves. Tras recibir una generosa propina, se marchó. «Walter era realmente bueno en su trabajo».

Monté en el coche y suspiré para acallar la tensión que sentía, como si sobre mi pecho llevara atada una losa que me dificultaba la respiración «Sofía allá voy».

A la llegada al Club, me quedé sorprendido al ver que en las escalinatas no estaba Sofía. Era Peter quien me esperaba.

—Buenos días Sir —dijo cuando llegué a su altura.

—Buenos días Peter —visiblemente contrariado le miré y continué —disculpa si te incomodo, pero yo había pedido como asistente a Sofía.

—Lo sé señor, pero Sofía llevaba tres semanas seguidas trabajando, le tocaba una de permiso. En dirección han pensado que yo podría sustituirla, ya que he sido asistente suyo otras veces.

—Bien —no podía soportar pensar en que había hecho Sofía con esos otros hombres que había atendido durante estas semanas ¿Les habría roto el corazón como a mí, tropezándose de forma patosa?, ¿Les habría traducido una canción? Puse un gesto de decepción y proseguí —sube mis maletas a la suite, iré a asearme, pero ahora voy a hablar con el director del establecimiento. La cara de Peter era un poema, pero eso no me importaba de momento.

Me dirigí al despacho del director y al verme entrar, se puso de pie, se le notaba incómodo — Señor, ¿ocurre algo?

—Para usted Alteza Real —estaba furioso. Intenté calmarme y proseguí —Vengo a pedirle un favor.

—Siéntese, siéntese Alteza Real, por favor —señaló unas sillas y ambos nos sentamos —Lo que desee, señor, lo que desee —aquel hombrecillo resultaba patético, con tal de agradarme sería capaz de lamerme los zapatos.

—Necesito la dirección de Sofía Fernández —dije sin rodeos a aquel bufón. No me gustaba ese hombre. Sus dadas verbales continuas, me resultaban falsas. Era un hombrecito pequeño y enjuto, en el que claramente no se podía confiar. El complejo de inferioridad que mostraba, era una pose y en cualquier momento podía salir su verdadero yo, que seguro mostraba con sus empleados. En más de una ocasión había visto la altivez con la que los trataba.

—Pero Alteza Real, no podemos facilitar información personal de los empleados —tenía cara de cordero a punto de ser degollado.

—En este caso, seguro que conseguiré la manera de saltarse las normas —saqué la billetera y vi cómo le brillaban sus pequeños ojos de avaricia.

Cuando me proporcionó la información fui a la suite y me duché. Una vez en el coche, llamé a Walter —Por favor, anula la reserva en el Club ecuestre. Tengo nuevos planes. Que recojan mis maletas. Reserva hotel. Seguridad la de siempre para sitios públicos restringidos.

EL ATERRIZAJE.

Después del incidente con Iker, me había centrado en mi trabajo y afortunadamente, no había descansado mucho. Me habían asignado dos clientes más. Me concentré en atenderlos y desocupar mi mente de pensamientos desagradables, aunque siempre llegaba la noche, donde sola en mi habitación, no podía evitar darles vueltas a las cosas, ni tan siquiera mi táctica de pensar en situaciones agradables daba los frutos esperados, así que, irremediablemente, me veía abocada a reflexionar sobre mis circunstancias y mis mal encaminados pasos con los hombres.

Al joven vasco lo veía poco, de vez en cuando nos cruzábamos por el pasillo y agachaba la cabeza.

Maribí me contó que había entrado una nueva camarera a trabajar en su turno y que nuestro recepcionista se había volcado en atenciones hacia ella.

Había encontrado una nueva presa en la que centrarse, con lo que esperaba, que nuestro ligero incidente hubiera quedado olvidado.

Por fin había llegado mi semana libre, así que hasta la vuelta no tenía que preocuparme de ese desagradable detalle. Pretendía estar mucho tiempo por allí, porque aquel trabajo me agradaba, así que en cuanto me incorporara de nuevo, debía arreglar la situación.

No me gusta estar a mal con los compañeros. Si en este tiempo él había conseguido otra conquista sería más fácil que se relajara conmigo y pudiéramos ser buenos colegas.

El trabajo me había ayudado a desconectar totalmente de la vida que había dejado atrás, pero al quedarme de permiso y volver al piso donde pasé mi infancia, los recuerdos volvieron.

Habían ocurrido demasiados acontecimientos seguidos para digerirlos.

Mi vida había dado inesperadamente un giro tras otro y no era capaz de discernir en qué punto estaba, si las riendas las llevaba yo o seguía a merced de las mareas.

Es difícil de saber hasta qué punto los hilos que manejan tu devenir son fruto de tus decisiones o el resultado de circunstancias que van acaeciendo, independientemente de tus actos.

Por otra parte, si tus decisiones influyen, en qué medida estas son conscientes y fruto de una reflexión y no más bien soluciones rápidas, instintivas, a las situaciones a que te enfrentas.

Como saber medir, valorar previamente, adelantarse a las consecuencias de decisiones tomadas. La rapidez de maniobra no te deja calcular los resultados, las posibles derivaciones y sobre todo las secuelas que van a quedar.

Las posibilidades de que yo pudiera estar preparada para conocer a un príncipe eran infinitesimales. La coincidencia que él viajara a España, en la misma porción de tiempo que yo empezaba a trabajar en el club era mínima y que en ese mismo periodo su asistente habitual Peter, hubiera viajado a Londres para casarse era a todas luces, una inusual casualidad.,.

Lo normal, es que no hubiera conocido a Arfan, que, aunque él hubiera viajado a Madrid, nuestras vidas jamás se hubieran cruzado. Hubiera ido al club, le habría atendido Peter y en un solo día se hubiera marchado con Cindy, sin dejar ningún tipo de huella en mí, porque no había ninguna posibilidad de que hubiéramos coincidido.

Sin embargo, el destino es caprichoso y todo lo que no debía ser, fue.

En un abrir y cerrar de ojos, había conocido a aquel hombre, sin esperarlo, lo que me llevó a

tomar una serie concatenada de decisiones a todas luces erróneas, fruto de la impulsividad, llevada por las sensaciones.

No utilicé la cabeza, no reflexioné sobre lo que hubiera sido más oportuno, no actué de la forma más correcta, dada mi posición. Ahora, con la distancia que da el tiempo, me ruborizaba solo al pensar lo incauta que había sido.

Me había jugado mi puesto como asistente, mi futuro, por un caballero al que no le importaba nada.

Ese día fui su entretenimiento, una margarita más, entre un millón que pueblan los campos en primavera. La cortas, la hueles y la tiras, sin remordimiento, porque es algo insignificante y común. No posee nada distintivo, no es una bella y fragante rosa, ni una exótica orquídea, es una simple y abundante margarita.

Sin embargo, esta humilde flor, se quedó absolutamente obnubilada al conocer a aquel narciso. No es habitual ver uno así en los campos, han nacido para adornar cuidados jardines de selectas casas y engalanar estancias. Han nacido para ser admirados y agasajados.

Me estaba bien merecido, aquello me había puesto en mi lugar. Yo, que me creía más lista que nadie, que cuestionaba la relación subordinada de Maribí con su novio, el sometimiento a sus deseos sin ponerse en valor, a la mínima, había caído aún más bajo.

Me había dejado cautivar por un encantador de serpientes, deslumbrada por su brillo, me entregué, para ser pisoteada y ninguneada. Con todo eso, aun así, seguía perdidamente obsesionada y fascinada por aquel hombre.

Sabía que nunca más lo volvería a ver, lo que me fastidiaba y me tranquilizaba, al mismo tiempo.

Por una parte, me hubiera gustado conocerlo más, sentirlo más y por otra, la más racional, me alegraba que hubiera salido de mi vida a tiempo y para siempre, antes de caer más bajo, antes de cometer una locura.

Intentando paliar la desazón que me provocaba la soledad, la nostalgia y la frustración, me había apuntado a un gimnasio, asignatura pendiente toda mi vida. En cinco ocasiones anteriores había hecho el propósito de hacer deporte, así que me acercaba a algún centro y pagaba la matrícula, aunque al final nunca iba. En esta ocasión tuve la suerte, de que me hicieron una cuota por una semana. Les expliqué que mi estancia era puntual, de algunos días al mes y lo entendieron. Me vino muy bien, no solo para ponerme en forma sino para ocupar el tiempo en algo más que flagelarme mentalmente.

Las mañanas de los tres días que llevaba de permiso, me las había pasado enteras haciendo actividades. Me daba igual aeróbic, Gap, Pilates, zumba o pesas. Lo que estuviera programado para ese día, me venía bien.

Por la tarde leía o veía películas, esta vez, con sensatez, apartaba cualquier cosa que rezumara amor. Sólo acción, misterio y comedia española.

Me parecía más a una vieja solterona que a una chica de veinte años.

Mañanas de gimnasio y tardes de televisión, era toda mi actividad, donde la vida social había desaparecido.

Mis contactos diarios se limitaban a la monitora que diera ese día la clase y a la dependienta del supermercado.

Eran las doce y la clase de Pilates había terminado, me despedí con un sucinto hasta mañana, del grupo con el que había compartido la sesión. Como un autómata recogí mis cosas y me dirigí a los vestuarios para volver a casa.

Salí del gimnasio y volví dando un paseo, sólo había cuatro manzanas de distancia. Al llegar a la altura de la carnicería Halaal vi un imponente todoterreno rojo aparcado delante de mi casa. No pegaba nada con el resto de coches. Desentonaba en el barrio.

«¿Quién habría dejado semejante cochazo allí? ».

Al pasar al lado, no pude evitar detenerme a mirarlo como casi todas las personas que transitaban por la calle. Enseguida me corregí a mí misma por cotilla y reanudé el paso hacia mi casa intentando mostrar indiferencia.

El portal era muy oscuro, pero distinguí una silueta sentada en las escaleras antes de encender la luz. Pegué un salto del susto, porque me recordó a mi padre cuando se quedaba dormido hasta que yo lo levantaba y le ayudaba a llegar a casa.

—Buenos días, patito. Pensé que ya no iba a encontrarte —la voz de Arfan era tranquila, susurrante.

—¿Pero qué diablos haces aquí? —ahora ya me explico de quién era ese todoterreno rojo que despierta tanta expectación.

—He venido a buscarte para invitarte a la langosta que tenemos pendiente,.

—Pero vamos a ver, ¿exactamente de qué vas?, no soy una cualquiera que coges y tiras cuando te aburres —me tenía desconcertada. Lo que había pasado en nuestra despedida me había molestado mucho. Se había matado en atenciones hasta que había caído rendida a sus pies para luego despreciarme.

—Entiendo que estés enfadada, pero me gustaría que me dejes resarcirte —su voz tornaba ahora suplicante —He venido desde Londres solo para estar contigo.

—¿desde Londres?, ¿y cómo sabes dónde vivo?, ¿y dónde has dejado a tu Barbie rubia? —encadené todas esas preguntas casi sin respirar.

—Vine desde Londres porque no podía dejar de pensar en ti y necesitaba verte. La dirección la conseguí en el club. Con dinero se compran muchas cosas —hizo una pausa —La Barbie rubia, supongo que será Cindy —dibujó una sonrisa —Ya no está conmigo, la deje el mismo día que regresé a casa ¿alguna pregunta más señorita? —mientras decía esto se iba aproximando a mí hasta que se colocó tan cerca que entre nuestros cuerpos apenas había espacio.

—Acepto comer contigo, pero me toca invitarte a mí —dudé un instante —claro que a langosta no, eso tendrá que ser en otra ocasión. Dame un minuto para cambiarme —di un paso atrás para separarme de él y eché a correr escaleras arriba, sin dejarle responder. Ese hombre tenía un efecto en mí exagerado, me ponía nerviosísima y no sabía reaccionar. Daba igual todo lo que había reflexionado estos días atrás, sobre controlar mis reacciones, porque con solo su presencia desbarataba cualquier pensamiento objetivo.

Bajé las escaleras, temerosa y me lo encontré pensativo, con la mirada perdida. Al sentirme, giró su cara para mirarme y me pareció ver una expresión de alivio, como si hubiera encontrado un objeto perdido

—¿He tardado mucho? —comenté intentando encontrar una explicación a su gesto.

—No, más bien todo lo contrario. En general, las mujeres tardáis una eternidad en arreglaros y tú apenas diez minutos y aun así el resultado es maravilloso —Me miró de arriba abajo mordiéndose el labio levemente.

Su respuesta me enfureció por dos razones. Una porque no había conseguido saber el motivo de su expresión y otra porque hablaba de las mujeres, en un gran y genérico plural, lo que me daba a entender que la lista de conquistas a las que había esperado mientras se arreglaban había sido grande.

—¿Las mujeres?, ¿Qué es que las conoces a todas? —no pude resistir contestarle con ironía porque no quería que notara mi creciente mal humor.

—No —dijo secamente clavándome la mirada, pero esa respuesta no era suficiente, necesitaba más.

—A todas no, pero a muchas, si ¿verdad? —al instante me había arrepentido de continuar enfadada. Al fin y al cabo, había hecho un viaje solo para estar conmigo.

—Está claro que no las suficientes porque nunca había encontrado ninguna que se enfadara por alabar su rapidez y su belleza —me sonrió y decidí que era bastante por el momento así que yo también le sonreí.

—Venga vamos. A la vuelta de la esquina hay un japonés de chuparse los dedos.

Una vez en el local, me avergoncé, pues indudablemente no estaba a la altura de un príncipe. Se me antojó similar a llevar a un pingüino al desierto.

Arfan estaba fuera de lugar en aquel sitio. Sin embargo, el no parecía incómodo, quizás por no hacerme sentir mal.

Cuando trajeron la carta, pedimos una bandeja de sushi variado, fideos soba y ternera de Kobe.

—Esta realmente delicioso Sofía —volvió a dedicarme una de esas sonrisas cautivadoras que hacían que todo mi cuerpo temblara.

—Bueno para mí sí, pero seguro que estás acostumbrado a sitios mucho más glamurosos, de esos con muchas estrellas Michelin —baje la cabeza un poco abochornada por hacerle partícipe de mi humilde vida. Se dio cuenta enseguida de mi incomodidad.

—El glamour no lo es todo, te aseguro que prefiero una patata cocida en buena compañía que todo un banquete con unos tediosos comensales —estiró la mano sobre la mesa hasta posarla sobre la mía. Por instinto la retiré. En su gesto, vi que mi reacción le pilló por sorpresa y volvió a deslizar su mano a la posición inicial. Tenía verdadero pavor a repetir la escena de la última vez que nos vimos, dejarme llevar y recibir otra bofetada de realidad. Esta vez me mantendría fuerte, aunque me iba costar un esfuerzo enorme.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar por Madrid? —necesitaba cambiar de tema y este me pareció de lo más inofensivo.

—Pues eso depende de ti. Estoy aquí para acabar lo que dejé a medias la última vez que nos vimos —volvió a mirarme tan intensamente que se me cayeron los palillos de las manos mientras intentaba acercar un trozo de sushi a la boca —Arfan no pudo evitar sonreír socarronamente.

—Muy gracioso ¿no? Supongo que es divertido jugar con la chica pobre. Venir aquí a pasar un buen rato a costa de ella. ¿te aburrías con las niñas pijas? —mierda que incontinencia verbal tengo.

—Perdona Sofía, no intentaba molestarte, yo... —se puso muy serio y bajó la mirada.

—Es fácil impresionar a una estúpida como yo ¿verdad? Eso es lo que piensas. La deslumbro con mi insultante riqueza, le hago alguna carantoña y me vuelvo a mi lujosa vida con otra muesca en el revolver ¿es eso? —le miré fijamente, azoté la servilleta y me levanté —No te preocupes hoy invito yo —él se quedó mirándome atónito sin decir nada. Fui a la barra, pagué la minuta y salí a la calle, dejándolo aún sentado, siguiéndome con la mirada.

Cuando iba a dar la vuelta a la esquina me agarró por detrás —espera Sofía, no puedes irte así —me giré y le vi desconcertado, hasta parecía triste —déjame explicarme por favor —asentí con la cabeza, pero sin mudar mi semblante serio —soy rico, ese es un hecho que tú conoces desde el mismo instante que me viste por primera vez ¿cierto? —volví asentir —estoy acostumbrado a que todo el mundo me adule, a tener asistentes personales. La gente me hace reverencias y desde luego nadie me deja plantado como acabas de hacer tú —cogió un mechón de mi pelo que había decidido pasearse por mi cara y me lo colocó detrás de la oreja. En ese instante sentí como mis piernas se doblaban del puro temblor que les entró —te aseguro que no he cogido un avión para reírme de ti y poner otra muesca en mi revolver.

—¿Y porque lo has hecho?, ¿Por qué has venido? —estaba a punto de saltar sobre él y besarle. Era increíble como hacía desaparecer todas mis defensas. Mis muros eran sólidos, llevaba una vida entera construyéndolos, pero Arfan los hacía volar por los aires como si de una construcción de naipes se tratara, con tan solo una caricia.

—Realmente no lo sé, nunca había hecho algo así. Me tienes totalmente descolocado —se quedó pensativo un momento —porque no me gustó como nos despedimos y por qué... ¿teníamos pendiente un beso y una langosta? Y no me gusta dejar nada pendiente —me pidió compasión con la mirada y no podía hacer otra cosa que concedérsela. Todas mis tropas bajaron las armas que hasta ese momento tenían apuntándole directamente a la yugular y sin pensármelo dos veces, me acerqué para darle un beso. Él cerró los ojos para recibirlo, cuando vio que mi cara se acercaba a la suya, pero al notar el contacto de mis labios en su mejilla, los abrió súbitamente.

—Aquí tienes tu beso. Mañana a las dos te espero para dar buena cuenta a esa langosta —no pude quedarme más, no podría resistirlo, así que me di media vuelta y salí pitando hacia mi casa, dejándolo plantado en medio de la calle, sin saber muy bien cómo reaccionar.

De vuelta en casa, no podía dejar de repensar una y otra vez, cada momento vivido, cada gesto, cada palabra, intentando buscar una explicación a lo ocurrido. Mi piel se ponía de gallina solo con recordar su cara, su sonrisa, sus ojos, su tacto. De vez en cuando se me escapaba una sonrisa pícaro recordando su asombro por mis reacciones.

No había sido un sueño, Arfan había venido a verme y al día siguiente iba a comer otra vez con él.

«No la cagues Sofía. Se fuerte » me repetía una y otra vez.

Decidí poner la tele, pero no conseguía centrarme en lo que decían, ensimismada en detalles sobre la velada. Cogí un libro, pero su presencia recurrente en mis pensamientos, hacía que tuviera que leer una y otra vez el mismo párrafo. Abandoné toda idea de distracción.

«Está claro que en mi cabeza hoy solo cabe Arfan».

Sonó el timbre de la puerta. Corrí por el pasillo a abrir y me encontré a un mensajero con un enorme ramo de rosas rojas. Tras deshacerme de él con una propina y volver a quedarme a solas, saqué la tarjeta que había entre las flores y no pude dejar de soltar una carcajada al leer la dedicatoria

Tu petulante y asquerosamente rico admirador te desea buenas noches.

Estoy deseando volver a verte.

Un beso (en la mejilla por supuesto).

Un desesperado Arfan

«Eres incorregible Alteza Real »

Me fui a la cama con una tonta sonrisa de oreja a oreja.

ALGO PARECIDO AL PARAISO

El restaurante estaba en la calle Ferraz. Nos asignaron una mesa en un rincón muy íntimo, al lado de un gran ventanal. Yo sentía que mi indumentaria no estaba a la altura del sitio, pero no tenía nada mejor en el armario. Me había puesto un vestido vaquero de escote en barco y unas botas tejanas.

Arfan pidió dos langostas, una botella de agua Tasmanian Rain y una copa de vino blanco Pinot Noir para mí. Eché un vistazo rápido a la carta y los precios eran mareantes.

—Tengo que confesarte algo —comenté, mientras nos servían el plato, con una actitud seductora, impostando la voz.

—Tú dirás patito —dijo con aire despreocupado mientras cogía unas tenazas de la mesa.

—Es mi primera vez, y no me llames patito —puso cara de asombro y soltó las tenazas para prestarme más atención. Yo me reí —Quiero decir, que es la primera vez que como langosta y no sé cómo afrontar esta situación sin hacer el ridículo.

—Yo te enseñaré —en su cara se dibujó una mueca lasciva, mientras se mordía el labio inferior —encantado de ser tu maestro en todas las primeras veces que vengan a partir de ahora —inclinó la cabeza a modo de reverencia y luego me miro tan fija y profundamente que me ruboricé un poco.

Acercó su silla a la mía, me indicó que cogiera las tenazas y luego rodeo mi mano con la suya mientras con la otra sujetaba la langosta para abrirle las pinzas. A continuación, con un cubierto especial, semejante a un tenedor de dos púas, pero delgado y largo, empezó a extraer la carne.

Le observaba, estaba tan concentrado en la tarea, tan cerca de mí, tan sexy.

<<¡Qué momento! >>.

—Sofía, quiero volver a pedirte disculpas por cómo me marché la otra vez —hizo una pausa y me miró fijamente —me vi sobrepasado, no me esperaba aquello y aunque al principio, te confieso que estaba jugando, con el transcurso de la velada me sentí muy atraído por ti y —dejo la frase sin terminar, agacho la cabeza, como si no pudiera aguantar la mirada —...necesito que me perdones y empecemos de cero.

—La langosta estaba exquisita —comenté como si no hubiera escuchado nada de lo que había dicho. No sabía que responderle. Como podía estar segura de que era sincero, de que no era una artimaña para desarmarme de nuevo, para que bajara la guardia —Te invito a un café, pero en algún sitio más asequible a mi bolsillo —me observó turbado, como intentando dilucidar qué significaba aquella indiferencia.

—Vamos a tener que negociar eso de que siempre intentes invitarme a algo. No lo voy a consentir más, y además preferiría tomarlo en el hotel, sino te importa —miró hacia la calle a través de los ventanales como buscando algo.

—¿No me estarás haciendo proposiciones deshonestas? —me retiré un mechón de pelo de la cara de la forma más sensual que pude. No supe evitarlo, quería que se sintiera atraído por mí.

—Si tú me dejas te las haré Sofía —su voz sonó tremendamente provocadora y todo mi cuerpo vibró —en verdad, prefiero ir al hotel porque los miembros de la familia real saudí tenemos que ser discretos en nuestras apariciones públicas. Mucha gente quiere saber de nosotros, hablar en

los medios de nuestra vida, dañar nuestra imagen y también hay gente que quiere hacernos daño físico. No debería estar sin escolta en el centro de Madrid. Si nos ven juntos tú también tendrás que empezar a llevarla.

—¿Yo?

—Bienvenida a la vida de un príncipe saudí.

Subimos a su habitación en el Westing Palace Hotel, en la Plaza de las Cortes. A la puerta había un hombre de seguridad. Le saludamos y entramos.

El dormitorio era lujoso y tenía unas vistas increíbles, pero no me pareció especialmente grande. Esperaba una gran suite, con salón y sala de reuniones, que denotara una gran ostentación, pero solo estaba la habitación y el baño.

Cerré la puerta y me quedé apoyada en ella. No sabía qué hacer, ni dónde meterme. Arfan se acercó a mí.

—¿Quieres que pida café o pasamos directamente a las proposiciones deshonestas? —acercó su boca a la mía, lo tenía tan cerca que las piernas me flaqueaban.

<<¡Dios mío, estaba loca por aquel hombre!>>.

Le besé y él me correspondió. Su lengua jugaba con la mía dentro de mi boca y me gustaba. Mi vello corporal se había erizado y notaba un hormigueo extraño que me atravesaba todo el cuerpo de abajo a arriba. Era una sensación nueva. Debían ser las mariposas que la gente decía que sentías cuando te enamorabas.

Cerré los ojos y se apretó contra mí. Su dura erección provocó una leve fricción que me estremeció y no pude evitar lanzar un tímido gemido.

Al contrario de lo que siempre había sentido cuando notaba el miembro viril erecto, esta vez me gustó, me estimuló aún más. Me hizo sentir correspondida, no solo era yo la que reaccionaba a la excitación del momento.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Emití un pequeño jadeo para liberarlo.

En ese momento, Arfan metió una mano debajo de mi falda y acarició el interior de mis muslos hasta llegar a mi pubis. Su otra mano se había colocado en mi trasero y me apretaba hacia él.

Separó su boca un instante. —¿Estás segura de esto? —yo asentí con la cabeza. Noté como mi cuerpo gritaba,.

<<no pares, por favor, no pares >>.

—Necesito oírtelo decir —me susurró al oído y me mordió el lóbulo de la oreja, haciendo que me volviera a estremecer, bajando una corriente directamente a mis pechos.

—Alteza Real, hazlo por favor, no aguanto más.

—Nena, voy a hacerte el amor. No deseo otra cosa —Volvió a besarme y con sus poderosos brazos en mi culo, me levantó. Pasé mis piernas alrededor de él y noté su pene rozando mi tanga.

Estaba muy excitada, deseaba que me poseyera.

Se desplazó conmigo en cuello y me posó sobre la cama. Me quitó el vestido vaquero delicadamente y sentí otro escalofrío. Se quedó observándome mientras se quitaba la camisa y se desabrochaba el pantalón.

Allí estaba yo, en ropa interior y botas camperas, enfrente del hombre más sexy que jamás había conocido.

Abrió un cajón de la mesita, sacó un preservativo y se lo puso. Se acercó lentamente sin perderme de vista, metió un dedo por debajo del tanga rozando mi clítoris y no pude sofocar un grito, que definitivamente liberaba todo aquel cúmulo de contracciones musculares involuntarias y los espasmos procedentes de mi clítoris, que parecía haberse agrandado de forma que en su roce con los labios generaba una especie de vibración incontrolable. Sentí como una humedad inusual inundaba mi vagina.

<<Le necesitaba dentro, me iba a desmayar>>.

Cerré los ojos, necesitaba que pusiera fin a aquella arrebatadora palpitación.

Aprecié como me arrancaba el tanga haciendo añicos una de las finas tiras laterales y entonces su duro miembro entró con una suave sacudida y volvió a salir.

Mi espalda se arqueó, instintivamente abrí aún más las piernas para facilitarle la penetración. Esta vez entró y salió de mí con fuerza, una y otra vez, rítmicamente hasta que me rendí totalmente al placer. Un orgasmo recorrió todo mi ser. Un goce absoluto y fulminante recorrió mi cuerpo, mientras él también llegaba al clímax y entonces, la calma, la felicidad y la relajación, ocuparon el sitio que había dejado la excitación, en una forma que jamás había concebido.

Arfan me miró, con cara de extenuación, para luego apoyar su cara en mis pechos.

—Esto tiene que ser un sueño —acerté a decir en cuanto me había recuperado un poco. Al oírme él se tumbó a un lado, mirándome sensualmente de la cabeza hacia abajo. Estaba totalmente desnuda y desarmada.

—Todavía no he terminado contigo. Esta tarde, voy a besar cada milímetro de tu piel

Repetimos tres veces explorando nuestros cuerpos con más tranquilidad que la primera vez. Estaba exhausta, pero muy feliz.

Acababa de descubrir que no era frígida, que mi cuerpo sabía responder a las caricias, que podía sentir placer y vaya si lo había sentido, no podría describir aquel cúmulo de sensaciones arrebatadoras.

Arfan había tocado las teclas adecuadas para que mi cuerpo vibrara en una sinfonía perfecta. Delirante, deliciosa, apasionada.

El varón que me había mostrado lo que significaba realmente el sexo, permanecía a mi lado tumbado en la cama, contemplándome.

Puede que hubiera tenido relaciones antes, con Toni, pero aquella era la primera vez que hacía el amor, que me había sentido plena, que había llegado al orgasmo.

<<Nunca había hecho el amor antes>>, ese pensamiento retumbaba en mi cabeza. Toni había eyaculado dentro de mí, pero no habíamos hecho el amor. Ahora sabía lo que me había estado perdiendo.

—¿Estás bien? —me interrogaba con la mirada al verme tan pensativa.

—Tengo hambre —miré el reloj, eran las nueve de la noche y habíamos gastado muchas energías. También era una forma de disimular y no tener que compartir aquellos íntimos pensamientos. No quería que supiera que era tan inexperta y que estaba a su merced.

—Voy a pedir que nos sirvan algo de cenar —sin preguntar que me apetecía, se levantó, ordenó por teléfono y a los veinte minutos picaban a la puerta con dos sándwiches vegetales y dos Coca-Colas. Me fastidiaba un poco que decidiera por mí sin consultarme. Lo había hecho también en el almuerzo.

Arfan recibió una llamada y se puso a hablar en árabe. Me hizo un gesto para que cenara, así que me incorporé. Estaba muy hambrienta. Mientras devoraba aquel sándwich que estaba de escándalo, le observaba pasear en calzoncillos, por delante del ventanal de la habitación, concentrado en la conversación.

No entendía nada de lo que decía, pero se le veía relajado.

Me detuve a contemplar su cuerpo. Era una belleza. Tenía todos los músculos bien definidos y una tez morena que me volvía loca. Al observarlo venían a mí las fases por las que había pasado una y otra vez, esa tarde. Deseo, excitación, orgasmo y satisfacción. Ahora podía reconocerlas y al mirarlo volvía a aparecer la primera de ellas, irremediablemente. El deseo.

Estuvo hablando un minuto más, mientras me mordía el labio intentando contener mi libido y

finalmente colgó.

—Disculpa, era mi madre. Ya sabes, cosas de madres. Quiere que vaya a visitarla porque considera que hace mucho que no me ve y eso que estuve el mes pasado en palacio —explicó mientras empezaba a comer el sándwich.

—Se me había olvidado que eras un príncipe real —comenté algo contrariada, pero sin que por ello desapareciera el estremecimiento que se estaba empezando a apoderar de mí, de nuevo.

—Soy el primogénito de la segunda esposa de mi padre. El décimo en la línea sucesoria. Tengo un total de quince hermanos, de las cuatro mujeres del rey. Además de treinta primos. Así que hay muchos príncipes, no es tan raro en mi pueblo —me quedé atónita con aquella declaración —Hoy he conseguido dejar de pensar en mi posición durante un instante, sentirme un hombre normal y corriente que come en un restaurante con su novia, sin importar nada —me acarició la cara —no te muerdas así el labio, no lo puedo resistir —me besó intensamente.

Ahora sí que no cabía en mí de asombro. ¿Ha dicho novia? De repente me sentí muy agobiada —Creo que es el momento de volver a mi casa Alteza Real —indiqué poniéndome de pie y haciendo una reverencia teatral.

—No vuelvas a irte, quédate conmigo esta noche, por favor —me agarró la mano acercándose a él y empezó a darme besos en el cuello, con mucha ternura. Me rendí, pasé del deseo a la excitación e hicimos el amor.

Me quedé dormida en sus brazos.

La luz que entraba por los ventanales me despertó. Miré a mí alrededor. Estaba en la habitación del Westing Palace.

Había una mesa de ruedas con un desayuno continental al lado de la cama. Arfan no estaba.

«¡Que estoy haciendo! Creo que esto va demasiado rápido».

Intentando despejarme, fui al baño y me metí en la ducha. Siempre me ayuda a relajarme y ver las cosas con más serenidad.

Oí la puerta cerrarse y apareció en el baño el príncipe de mis sueños. Se desnudó y se metió conmigo.

—Hola patito. ¿Me echabas de menos? —dijo mientras me abrazaba.

—Creí que habías sido un sueño —le besé con pasión, introduciendo bruscamente mi lengua en su boca. No se resistió. Me alzó a su cintura y me penetró sin ninguna delicadeza.

—Esta vez va a ser rápido, el deseo me está matando, nena —puso una cara de felino que me derritió totalmente y llegué al orgasmo. Él continuó con sus salvajes investidas hasta que soltó un gruñido y se dejó llevar.

—Es mi primera vez bajo el agua. —dije mirándolo con ternura y viendo su cara entre extenuada y descolocada.

—Supongo que alguna vez me tendrás que hablar de tus primeras veces sin mí —vi que se ponía serio.

—Es mejor que no. Hasta ayer por la tarde pensaba que el sexo era un aburrimiento. Eso te hace una idea de la calidad de mis amantes.

—¿Amantes? ¿Has tenido muchos?

El tono y la pregunta me enfadó un poco, así que me giré y salí de la ducha sin contestar, pero al entrar en la habitación y ver la cama llena de bolsas y cajas, me quedé paralizada.

—¿Qué es esto? —exclamé, al notar que Arfan me abrazaba por detrás.

—Ayer te rompí alguna prenda que llevabas y decidí reponerla —me giré colérica.

—Vamos a ver chato. ¿Tú qué te crees que soy yo? —dije en español, poniendo los brazos en jarra.

—No te entiendo —movió los hombros hacia arriba apoyando sus palabras —pero por tu cara y tu tono creo que vamos a discutir.

—Sí, vamos a discutir. Yo no quiero ser una de tus Barbies, que compras con joyas y caros vestidos ¿me entiendes?

—¿Y qué quieres ser? —la pregunta me sorprendió bastante y tuve que pensar un momento antes de responder.

—Sé lo que no quiero ser. No quiero ser una concubina de harén, a la que su señor gratifica con bonitos regalos cuando es satisfecho, Y cuando te aburras ¿Qué?, me tirarás como una colilla, con la conciencia tranquila porque has pagado sobradamente mis servicios —se sentó en la cama, cabizbajo, mientras acababa mi alegato.

—Mira Sofia, yo no sé quién quieres ser tú, pero yo sé quién soy, y eso no puedo cambiarlo. Si quieres estar a mi lado, vas a tener que aceptar algunas cosas que a lo mejor no te gustan —hizo una pausa —y, por cierto, yo no tengo un harén. No vivo probando una virgen cada noche.

—Vale Aladino, no tendrás un harén, pero puedes tener varias esposas ¿verdad?

—Verdad, pero ahora mismo la única mujer con la que quiero pasar la noche es contigo. No sé si serán mil y una, o no. Si la ropa que te he comprado te molesta, no tiene importancia, es sólo

ropa. La devolveré y no se hable más —le miré fijamente, tenía un gesto triste, parecía un niño pequeño reprendido.

—Quizás vamos demasiado rápido, no estoy acostumbrada a esto y que hables de relación, me descoloca, cuando apenas nos conocemos —le clavé la mirada —Soy pobre Arfan, no soy nadie y no sé qué pinto aquí —le acaricié la cara y sentí cierta compasión de él, estaba claro que tampoco estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria, a no ser quien manejara la situación —. ¿Te gustaría un pase de modelos? —quería quitar tensión al ambiente. Me estaba portando como una boba. Yo sabía cómo eran las cosas cuando me embarqué en esta aventura. Él no me había engañado, ni escondido quien era. Estaba tratando esto como si fuéramos pareja y sólo habíamos tenido un día de sexo.

—Me encantaría —me dedicó media sonrisa desconcertada.

Recogí las cosas de la cama y me fui al baño. Las bolsas eran todas de firmas ubicadas en la calle Serrano. Yo no conocía ninguna, la verdad nunca me ha interesado la moda. Empecé por la lencería. Los modelos eran tres piezas. Sujetador o corpiño, tanga y ligüero.

Escogí uno negro de encaje espectacular. Me quedaba como un guante. Puse unas medias sujetas al ligüero y un vestido dorado de tirantes realmente bonito. Abrí una caja de zapatos color crema con el nombre Manolo Blahnik, esa marca sí la conocía. Eran unas sandalias negras de tacón con una hebilla dorada en la parte delantera.

Me miré al espejo. Me quedaba todo como un guante.

«¡Pues sí que me había cogido bien las medidas! ».

Tomé aire y salí a la habitación. Arfan, ya vestido, seguía sentado en el borde de la cama, y se recostó algo hacia atrás apoyando los codos en la colcha al verme aparecer.

Me paseé por delante de él —¿Qué te parece? —le pregunté guiñándole el ojo.

—¿Llevas ligüero? —Levanté un poco la falda para enseñárselo y él me dio una suave palmada en el trasero.

—Vamos a bajar a dar un paseo o te desnudo ahora mismo —dijo mordiéndose el labio.

—¿Seguro que no quieres ver nada más?

—No, no podría resistirlo. Vámonos —me agarró la mano y abrió la puerta —Martín, avise a Mohamed, vamos a salir —dijo al hombre de seguridad que custodiaba la suite. Era el mismo de ayer.

Bajamos al vestíbulo. Había dos hombres trajeados, grandes como armarios cerca de la puerta de salida. Arfan se dirigió hacia ellos y se saludaron con un apretón de manos. Se colocaron detrás de nosotros y los cuatro salimos hacia la Plaza. No pregunté quién eran porque enseguida me di cuenta que era la escolta que había mencionado.

—Alteza Real, ¿Qué le trae a visitar España? —gritó una voz de mujer.

Miré hacia el lado de dónde provenía el sonido y vi a una chica, más o menos de mi edad, con un micrófono en la mano corriendo hacia nosotros, siguiéndola había otro joven con una gran cámara.

Los guardaespaldas se interpusieron, pero la chica no se amedrentó.

—¿Quién es la mujer que le acompaña?, Se les ha visto comiendo juntos ¿Es española? —hizo una pausa —¿Alteza Real es su última conquista?

Esa pregunta se me clavó como un dardo en el corazón. No me gustaba la idea de ser la última conquista del Play Boy Saudí.

—¿Te apetece ir a un museo? Te había dicho que te llevaría alguna vez —dije obviando aquella situación tan embarazosa.

—Me encantaría ir contigo.

—Por qué te gustaría empezar ¿Arte clásico o moderno?

—Para empezar, prefiero clásico.

—Pues El museo del Prado es el lugar correcto.

LA MONTAÑA RUSA

Llegó el viernes y apenas habíamos salido del hotel. Desayunábamos, comíamos y cenábamos en la habitación. Entre medias, hacíamos el amor en todos los lugares posibles, además de en la cama.

—Estoy un poco cansada de este encierro. Es viernes ¿por qué no salimos a bailar o algo? — dije poniendo morritos.

—Está bien prepárate. Llamaré a Walter para que nos encuentre una discoteca con reservado.

—¿Quién es Walter? —pensé en alto.

—Como tú, es mi asistente personal. Está en Londres. Es muy eficiente, no sé qué haría sin él.

—¿Y es tan guapo como yo? —pregunté divertida agitando las pestañas coqueta.

—Eso no, patito. —Se acercó y me dio un beso de tornillo que me dejó en el sitio y que inevitablemente hizo que me excitara de nuevo, pero esta vez, Arfan no continuó. Tras el beso, se separó y se dirigió al escritorio a buscar el teléfono.

Llevaré yo la iniciativa.

—Un momento Sir Arfan Al Saud —dije mientras me interponía entre él y el escritorio.

—Dígame, Señorita Sofía Fernández —me agarró de la cintura, intuyendo que tenía ganas de jugar.

—Antes de irnos, me gustaría comprobar una cosa —comencé a desabrocharle la camisa.

—Usted dirá —empecé a besarle el cuello y después el tórax.

—Quiero comprobar su capacidad de resistencia a las provocaciones —dije mientras introducía mi mano dentro de su pantalón, rozando ligeramente su pelo púbico.

—Tratándose de usted, ninguna, señorita —me alzó, colocándome sobre la cómoda y desgarrando con sus manos la camiseta que llevaba puesta, pasando a besar y masajear mis pechos, cuyos pezones se endurecieron inmediatamente. Liberó una mano para desabrocharse el pantalón —me vuelves loco Sofía. No tengo ningún autocontrol cuando me tocas.

—No quiero que te controles. Ámame —dije mientras soltaba un jadeo al notar su miembro entrar en mi húmeda vagina.

—Ahora ya podemos irnos —añadí cuando ambos habíamos quedado satisfechos.

Fui a prepararme mientras él hablaba por teléfono. Para la ocasión escogí un vestido negro entallado que llevaba una cremallera roja por detrás que atravesaba todo el vestido de arriba abajo y unos zapatos rojos. Me hice un moño alto, que me hacía más estilizada aún.

Como ya era costumbre, me puse delante de Arfan y di una vuelta sobre mí misma para conseguir su aprobación. El tacón de mi zapato, se enrolló en la alfombra y me trastabillé un poco, pero no llegue a caer —Él se rio.

—Te falta algo —sacó una caja del bolso interior de su chaqueta, la abrió y dentro había unos bonitos pendientes largos de oro blanco, rematados con un diamante en la punta.

—¡Dios mío Arfan, esto es demasiado!.

—Es una baratija y nada es demasiado para ti —al ver sus ojitos de cordero a punto de ir al matadero, acepté el regalo e inmediatamente me los puse.

—Antes de ir me gustaría pasar por casa a recoger una cosa.

—Si necesitas algo, puedo pedir que te lo compren, no es necesario ir hasta allí.

—Lo que voy a recoger no se vende en ningún sitio —me interrogó con la mirada, pero no preguntó más. Me agarró de la mano y abandonamos la habitación.

El coche era en realidad una limusina con chofer. Al entrar en mi estrecha calle, causó gran revuelo. No se veían cosas así por allí a menudo. Igual no había sido buena idea pasar por mi barrio con semejante automóvil. En realidad, yo sólo quería coger uno de mis lienzos y el CD de Alex Ubago. Me di toda la prisa que pude y cuando regresé al vehículo pedí que arrancara rápido y se lo posé en las manos, sin dejarlo reaccionar.

—Esto es para ti. Lo puedes comprar todo, pero esto es único y hecho por mí. Está pintado con mis manos, con pigmentos y arena, para darle diferentes texturas. Representa una marina. Líneas horizontales que dibujan la arena, la mar y el cielo. No lo puedes conseguir en ningún sitio. El CD es para que lo pongas mientras observas el cuadro y me recuerdas.

—Es precioso. Nunca me habían regalado nada igual —me dio un beso —Pero no quiero recordarte, quiero tenerte siempre a mi lado, bien cerquita.

—Arfan...yo...creo que todo va muy rápido...yo... —no me dejó continuar se fundió conmigo en un beso hasta que el coche se paró delante de una de las discotecas más famosas de Madrid.

Subimos al reservado, seguidos de nuestras dos sombras, que a estas alturas ya sabía que se llamaban Mohamed y Françoise.

Pidió que nos trajeran dos Coca-Colas a la mesa. Otra vez lo había vuelto a hacer. Pedir sin consultarme lo que yo quería.

—A lo mejor yo deseaba la botella de champagne más cara del local —espeté molesta. Me miró como no entendiendo nada y entonces, le sonó el móvil y descolgó. Poniendo la mano encima del iPhone para que no le oyeran, me explicó que era una llamada de negocios. —Voy afuera para oír mejor —Asentí con la cabeza y se marchó seguido por sus dos gigantes. Empecé a mirar a la pista aburrida y entonces vi a Toni dándolo todo al ritmo de krippy Kush de Farruko.

Amparada por la distancia y la oscuridad del reservado, le observé detenidamente y me di cuenta que no tenía nada especial, nada que le diferenciara del resto de almas que le rodeaban bailando al son de la música. Era alto y desgarbado, sus movimientos eran descompasados y poco gráciles. El conjunto no me resultaba nada atractivo y entendí que nunca había estado enamorada de él. Era un amigo al que le había dado el derecho a roce, por la inercia de la convivencia, pensando que el cariño que sentía por él, era suficiente para llenar mi vacío, sin darme cuenta que, a su lado, el pozo se hacía cada vez más grande, pues no me aportaba nada, sino que me hundía en un estado de desilusión constante, de tedio continuo, que intentaba normalizar pensando que las emociones fuertes estaban sobrevaloradas. Imbuidos por una rutina insustancial transitábamos por la vida, conformándonos con las migajas y sin ansiar nada más. Ahora me daba cuenta.

Los minutos pasaban y Arfan no acababa de volver, así que decidí bajar a saludarlo. Al fin y al cabo, había formado parte de mi existencia durante mucho tiempo.

Cuando llegué a su lado y me vio, soltó un silbido de admiración —Joder chica pareces una actriz en la alfombra roja —Me reí. Es cierto que con mi nueva ropa estaba cambiada, esas prendas eran demasiado caras para mí. Ese pensamiento me perturbó porque Arfan estaba cambiando mi forma de vestir, moldeándome como a una muñeca de barro.

De repente Toni me agarró por la cintura para acercarse a hablar y que le escuchara bien.

—Desde la otra vez que estuvimos juntos, te he echado de menos. He estado pensando y creo que deberíamos volver. Soy tu novio, no debí dejarte tan sola, Sé que me necesitas —No me dio tiempo a contestarle, vi a Arfan acercándose a nosotros con cara de muy pocos amigos. Se paró

delante, mirándome sin decir nada.

—Toni este es Arfan. No te molestes en hablar porque no entiende ni papa de español.

—Dile a tu amigo que te quite las manos de encima o le parto la cara. —gritó Arfan. Toni miraba para él y para mi atónito. No entendía lo que hablaba, porque nunca se le dieron bien los idiomas, pero sabía que algo raro estaba pasando.

—Agarré las manos de Toni y las solté de mi cintura —No estoy tan sola como piensas —Su Alteza Real me cogió del brazo y me sacó rápidamente de la pista.

—Ya hablaremos Toni —grité mirando hacia atrás un segundo, hasta que desapareció de mi vista entre la multitud. Sentía que no volvería a verlo. No solo iba a cambiar mi ropa, sino que también me iba a decir cómo y con quien me relacionaba.

Nos dirigimos al reservado y me soltó en una de las butacas, sentándome de golpe. Pegué un trago a la Coca-Cola, intentando mantener la serenidad.

—Tú eres mía. ¿Lo entiendes?, no quiero que ningún idiota te manosee.

—Es un viejo amigo, no pasa nada —prefería no contarle que era mi exnovio, el único hombre con el que había mantenido relaciones antes que él, ni tampoco lo que me estaba proponiendo cuando irrumpió en la pista —¿Ahora, que me vas a poner un burka? —le dije.

—Si por mi fuera lo haría. Quisiera ser el único que disfrutara de tu belleza, solo para mí. Me imagino a los hombres que miran a tu paso, salivando al observarte. Eso me pone enfermo —hizo una pausa— en mi cultura no empiezas a salir con una chica sin más, a ver qué pasa. Desde el principio adquieres un compromiso y quieres que esa relación llegue más allá. Respetamos mucho a las mujeres, y una joven con novio es intocable para otros hombres. Para evitar tentaciones, las mujeres se ocultan, y solo se muestran a sus amados. Es una forma de demostrarle su respeto —agachó la cabeza— no obstante, me he educado en este mundo y sé que las mujeres occidentales exigen libertad para vestiros y luciros como os venga en gana. Lo acato.

—Pero Arfan.

—Imagínate que es al revés, y me encuentras agarrando de la cintura a una mujer en la pista ¿Qué te hubiera parecido?

—Vale, está bien, te entiendo. Me hubiera puesto tremendamente celosa —asentí —pero debes confiar en mí. De eso se trata. Nosotras podemos vestir como nos dé la gana y somos libres para estar con quien queramos. Si elegimos estar con una persona, la relación debe basarse en la confianza entre iguales. Estoy contigo y solo contigo, porque quiero y cuando haya dejado de ser así, lo sabrás y tendrás que asumirlo —le agarré la mano —además, cuando te conocí estabas con Cindy, que no me parecía precisamente una chica recatada y te recuerdo, que coqueteaste conmigo, lo que me indica que no eras demasiado respetuoso, ni asumías ningún compromiso.

—Eso era distinto. Mi intención contigo es diferente, necesito que pienses que hemos comenzado una relación formal, pero no me tomas en serio, no me dices palabras de cariño ¿cómo puedo estar seguro de que eres mía de corazón? —me pareció que incluso se emocionaba.

—Vas muy rápido Arfan. Apenas nos conocemos y pertenecemos a dos mundos totalmente distintos en todos los sentidos. Social, económico, religioso... —paré un momento —Dame tiempo por favor, me gustas mucho.

—Está bien, acompáñame —se levantó, me agarró de la mano y se dirigió a la salida.

Cuando llegamos al coche, antes de entrar, acercó su boca a mi oído por detrás y me dijo —Te quiero. Me situó apretada entre el coche y su cuerpo —me vuelves loco —me susurró. Había conseguido excitarme, no podía evitarlo, su tacto, su voz sugerente, me desmontaban. Cuando creí que iba a realizar algún contacto más profundo, se separó, abrió la puerta del coche y esperó a que

entrara.

—Confía en mí —acerté a decirle mientras me sentaba. A veces creo que he sido absorbida por un ciclón y no puedo pensar con claridad.

—Vamos al hotel —le dijo al conductor. El hombre asintió con la cabeza y se puso en marcha.

—Apunta en la lista de pendientes, que me debes un baile. Hemos venido a una discoteca y solo has pisado la pista para sacarme de ella —no dijo nada, solo apretó las mandíbulas.

En silencio hicimos el resto del trayecto. No volvió a tocarme, ni se acercó. Parecía una especie de castigo y daba resultado. Estaba incomoda con su indiferencia. Ya no sabía lo que quería, me molestaba su posesiva influencia y me horrorizaba su repentina apatía

Mohamed y Françoise se quedaron en el vestíbulo y nosotros nos dirigimos al ascensor. Estábamos en el fondo esperando a que se cerraran las puertas cuando cuatro personas más se subieron. Una pareja mayor y otra más joven que se observaba con deseo.

—¿Por qué no me miras? —comenté haciéndome la distraída para disimular delante de los inesperados acompañantes. Arfan, acercó su boca a mi oído y me susurró —necesito más de ti. Necesito sentirte loca de amor —hizo una pausa —voy a respetarte, para que veas lo importante que eres para mí. Hasta que no me lo pidas no volveré a tocarte —le miré asustada, no esperaba aquel giro.

Nada más llegamos a la habitación, se metió en el baño y cerró la puerta, dándome a entender que no quería disfrutar de mi compañía. Sentía el agua de la ducha correr. Podía imaginármelo desnudo. Deseaba ir a abrazarle. Volver a sentirle, pero me contuve. Decidí desmaquillarme, soltarme el pelo y quitarme el vestido. Me quedé en ropa interior y tacones. Estaba segura que cuando saliera y me viera así, no podría resistirse.

Oí la puerta del baño, y me senté coqueta en la silla del escritorio, mirando una revista distraída. No se acercó, así que busqué su presencia por el rabillo del ojo y lo vi con una toalla atada a la cintura, mirando por el ventanal hacia la calle, de espaldas a mí.

—¿Quieres que me vaya? —le dije mientras me incorporaba.

—¿Te he dado esa impresión? —se giró para mirarme.

—Supongo, no sé —estaba muy incómoda.

—Te estoy dando libertad. No quiero presionarte más —se acercó a mí —eres tú quien debe decidir qué quiere —se puso muy cerca, pero sin tocarme —¿quieres irte?

—No —como una niña pequeña, las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos.

—¿Entonces qué quieres Sofía? —con su dedo intentó secarme las lágrimas que brotaban sin control.

—Quiero que me abrases, que me consules —intentaba controlar mi llanto, pero no era capaz, sollozaba como un bebé. Se acercó y me acarició el pelo, para después fundirnos en un tierno abrazo, hasta que mi desasosiego fue cediendo y me calmé —hazme tuya —le susurré.

—¿Seguro que es lo que quieres? —se separó ligeramente de mí para mirarme a los ojos.

—Sí —contesté ruborizada.

—¿Y por qué quieres tal cosa? —bajé la cabeza, pero no conteste. Me agarró la barbilla y me alzó la cara para que le mirara —Es una pregunta sencilla, ¿Por qué quieres tener sexo conmigo?

—No lo sé —dudé un momento —me gusta que lo hagas —dije por fin, zafándome de su mano y agarrándome a su cintura.

—¿Por qué? —me soltó las manos y se volvió a separar de mí.

—Me estas poniendo nerviosa, ya no quiero contestar a más preguntas —el llanto volvió a mis ojos.

—Es necesario Sofía, necesito saber porque quieres estar conmigo —me volvió a agarrar la cara para que le mirara —te noto incómoda, salvo cuando hacemos el amor y quiero saber la verdad.

—¡No sé cuál es la verdad! —le grité. Me solté de él y me dejé caer sobre la silla, hundiendo mi cara entre mis manos, en un vano intento de detener el llanto. Él se quedó inmóvil sin decir nada. Cuando conseguí calmarme un poco, volví a mirarle —que quieres que te diga, soy una chica sin experiencia, solo he tenido un novio adolescente, que jamás me hizo sentir nada, pero tampoco padecer y de repente me encuentro contigo y todo se descontrola —el seguía impasible

—Las cosas son tan intensas que me superan. Eres más experimentado, más guapo, más sexi, más rico, más musulmán y más príncipe de lo que mi mente puede asumir y se revela, pero quiero estar contigo, me muero porque me toques y me hagas el amor. Vivamos el presente, por favor —me volví a levantar y ponerme a su altura, cara a cara —Tengo miedo.

—Apóyate contra el escritorio de espaldas a mí —Ordenó y obedecí sin resistirme. Empezó a hacer círculos alrededor de mi ano con un dedo. Me alteré un poco, nunca me habían poseído analmente, y me daba la impresión de que era lo que iba a hacer y que me iba a doler. Me agarró con una mano de la cintura y me penetró por la vagina. Mi cuerpo se arqueó hacia arriba, mientras la yema de su dedo presionaba mi ano. Según me iba humedeciendo y dilatando por el placer, notaba como la yema de su dedo entraba un poco más adentro. Mi cuerpo temblaba. Era lujuria pura. Finalmente, no pude aguantar más las embestidas y me dejé llevar por el placer. Quitó su mano de mi ano y me agarró con las dos por la cintura, dando una última sacudida que le llevó a la eyaculación. —Te quiero y te daré lo que me pidas. No soporto verte sufrir. No debes tener miedo, jamás te haría daño —me susurró al oído.

Que podía decir. ¿Esto era amor? No lo sé. Él me forzaba para que le dijera que le quería, pero no estaba segura. Me derretía en sus brazos, me moría porque me tocara. Su voz solamente, me provocaba y despertaba instintos desconocidos en mí, ¿pero era amor? Me resistía. No podía decírselo, porque en el fondo de mi corazón albergaba dudas. Era un hombre complicado, duro en algunos momentos. Sin embargo, yo veía su ternura, podía ver su corazón. Quería complacerme, colmarme, hacerme sentir importante.

No le había mentado, tenía miedo. No de un daño físico, porque jamás he conocido a una persona tan delicada en el contacto. Era más bien, miedo a quien era. No quiero dejarme llevar por la excitación sexual. Arfan representaba muchas cosas que no me gustaban de un hombre, que no quería para mí. No se encontrar las palabras que lo definen.

<<Posesión>>.

Esa es la palabra y no estaba preparada.

Conocía el ligero hilo que separa el amor, de la dependencia. De adolescente había sido voluntaria en un centro de Cruz Roja de mujeres maltratadas. Había oído miles de historias distintas, pero los ingredientes eran siempre los mismos. En mi informe, había recogido los resultados de mi observación y había hecho una lista para la psicóloga del centro, que alabó mi trabajo y me aseguró que conociendo la pauta jamás sería una víctima.

Había detectado cuatro fases que se repetían indudablemente en todas las historias que había escuchado. Siempre estaban las cuatro y siempre en el mismo orden.

La primera fase, la conquista.

Todas, creo que, sin excepción, anhelamos ser amadas.

Sentimos la necesidad de importarle a alguien por encima de todas las cosas.

<<Muy típico de las mujeres>>.

<<Malditas historias románticas>>.

De repente y sin previo aviso, un hombre aparece en tu vida y te colma de atenciones.

Te hace sentir que eres el centro de su universo.

La persona más importante para él.

Te necesita y te sientes complacida.

Nunca nadie te ha tratado así.

Nunca te has sentido tan importante para nadie, tan princesa.

Lo idolatras, es perfecto. Sabe exactamente como tratarte, parece que han nacido para estar

juntos.

Nadie te entiende como él.

<<¡Es amor!>>.

No hay nada más bonitos que sentir mariposas en el estómago, al lado del hombre que te hace sonreír. Que te hace feliz.

Está hecho. Has sucumbido sin resistencia. Estás perdida en las siguientes fases, pero aún no lo sabes.

La segunda fase, aislamiento.

Poco a poco, te va separando de tu entorno.

Necesita plena dedicación. Los amigos, los conocidos, incluso la familia, sobran.

Él te necesita, te reclama y estás dispuesta a renunciar a todo por amor. Al fin y al cabo, nada es tan importante como esta relación.

No puede haber nada que te distraiga, debes dedicarte en cuerpo y alma al hombre de tu vida, que solo vive para ti.

El aislamiento social se hace patente. Sólo le tienes a él.

Empieza a mostrar atisbos de su carácter, su capacidad para manipular y el uso constante del chantaje emocional para conseguir lo que quiere. Pero en ese momento todavía no quieres verlo. Estás muy enamorada.

La tercera fase, anulación.

A estas alturas es tanta la dependencia que tienes, que él lo decide todo. Dónde vas a ir, que te vas a poner, cuando debes hablar o como debes mirar.

Aquí empieza a mostrar una cara menos amable y empieza a aparecer su disgusto, cuando te saltas las normas.

¿Por qué hay normas?, Soy adulta, podría hacer lo que quisiera, decidir por mí misma, pero no es así. Debo hacer las cosas como él quiere. No hay problema, quiero hacerle feliz.

Es mi misión en la vida. Así que haré la posible por complacerle en todo. Aunque nadie es perfecto, y en alguna ocasión no esté a la altura de lo que él espera.

No quiero cabrearlo, la próxima vez tendrá más cuidado. Te repites a ti misma una y otra vez, pero ya no soy feliz. Lo sé, pero a estas alturas, estás anulada. Dependo totalmente de sus deseos y pienso, que él también lo ha dejado todo por mí. Tampoco se relaciona con casi nadie y su desdicha es porque se ha volcado en mí.

<<Él me necesita>>.

Debo estar a la altura, debo hacer lo que haga falta. Aguantar. Callar.

Cuarta fase, sometimiento.

Si se ha llegado a esta fase, la cosa está muy mal.

Él nunca tiene bastante. Parece que cada vez le complazco menos y lo que al principio eran tibios enfados, ahora se han vuelto agresivas broncas.

No estoy a la altura, no consigo, por mucho que me esfuerce, complacerle.

Estoy engordando, estoy fea o demasiado guapa para la ocasión, cocino mal, no sonrío lo suficiente, o sonrío demasiado, provocando a otros hombres.

<<Celos>>.

<<Malditos celos>>.

<<Celos de todo y de todos>>.

Cualquier nimiedad es motivo de enojo.

Está claro que no me esfuerzo tanto en la relación como con él, suele recordarme.

Es cierto, ya no me esfuerzo tanto. Ya no le amo igual. Le tengo miedo en ocasiones.

Y aquí, cuando ya no soy más que una sombra, del hombre con el que comparto mi vida, llega el maltrato físico, porque el otro, el psicológico, ya empezó en la primera fase.

<<¿Esto es amor?>>.

Si lo es, yo no quiero esa clase de amor.

Quizás la pregunta que debería plantearme es ¿qué quiero?

Hace pocos días me preguntó Arfan, ¿Qué quieres ser?

Y no supe que contestarle, solo pude decirle lo que no quería ser. No quería ser una mantenida, una concubina.

Pero, ¿Qué quiero?

No quiero grandes cosas, aspiro a una vida tranquila. Tener un trabajo en el que me sienta satisfecha. Sentirme realizada. También quiero ser amada, por supuesto.

Pero un amor tranquilo, compartido. De igual a igual.

Todo sería más sencillo, si me hubiera enamorado de un chico como yo. Sin tanto drama alrededor. Un joven de barrio, con el que la vida fuera normal.

Un hombre, sencillo, tranquilo, con el que compartir mis sueños, mis alegrías y mis penas. Una relación fácil, cercana.

No es mucho pedir. Sin embargo, me había enamorado de lo contrario. Un hombre con unos orígenes totalmente distintos a los míos, que todo lo transformaba en una tragedia griega. Que no podía disfrutar sin más, de una relación sana, sino que siempre le daba una vuelta más a la historia, hasta retorcerla y causar dolor. Causarme dolor.

Lo quiere todo y lo quiere ya. Y yo aún, no estoy preparada para eso. Quizás nunca lo esté. Me supera, me desborda.

No, no le diré <<Te quiero>>, porque entonces caeré rendida a sus pies y tendrá vía libre para saltar de fase en fase, sin obstáculos.

Pero le amo y le deseo. Es tan tremendamente seductor. Me estremezco solo de pensarlo.

<<Nadie se enamora de un sapo>>.

Atiende Sofia. Las señales están claras. Estás en la fase de la conquista. Claro que es perfecto. Así te atrapará. Sucumbirás a sus encantos y te anulará. No puedes consentirlo. Lucha.

A la mañana siguiente, me despertó la canción Amiga mía de Alejandro Sanz.

—Hola Maribí —contesté medio dormida.

—Chica que callado te lo tenías.

—¿El qué? —pregunté intrigada.

—En un programa de estos del corazón —di un salto en la cama —por lo visto un riquísimo príncipe árabe está en Madrid, y se está dejando ver con una chica española. Enseñaron unas imágenes saliendo de un hotel y unas fotos en un restaurante. Y para mi sorpresa ¿a que no sabes quién era la chica que le acompaña?

—Yo —exclamé sin poder decir nada más.

—¡Exactamente! Y resulta que tu mejor amiga se acaba de enterar por la tele —el mundo se me había caído encima. España entera se acababa de enterar de mi relación con Arfan —¿y cómo es él?, ¿Cómo es estar con un príncipe viejo? —dijo irónicamente.

—Es confuso. Es galante, es una máquina del sexo, pero a veces chocamos porque es un poco posesivo conmigo —hice una pausa —Ahora no puedo hablar de esto. Estoy con él en el hotel, pero en cuanto pueda te llamo y tomamos algo.

—Es una promesa. Te veo el lunes en el curro —hizo una pausa —ahh por cierto el príncipe está de muerte. Ciao bambina.

«Dios mío, esto no me lo esperaba ». Volvió a sonar mi móvil. Esta vez era La del pirata cojo, de Joaquín Sabina.

—Buenos días Esteban.

—Llámemme Señor Martínez « este hombre no se aclara, ¡sino me callaba con que le tuteara! » —Mire voy a ir al grano. Este club se enorgullece de su discreción y no nos gusta que los empleados confraternicen con los clientes, pero mucho menos que salgan en los medios. Así que lamentándolo mucho, tengo que decirle que no ha pasado el periodo de prueba y no contamos con sus servicios para el lunes. ¿le ha quedado claro?

—Muy claro Señor Martínez. —contesté un poco aturdida.

—Pues buenos días —colgó.

Arfan salía del baño y al ver mi cara cambio el gesto.

—¿Quién te llamaba? —preguntó intrigado.

Le conté el contenido de mis dos conversaciones y se quedó pensativo.

—Sabes nena —dijo tras valorar un poco lo que iba a decir —Aprovechando que estoy en España hoy tengo una comida de trabajo con los empresarios que quieren venderme el semental ¿te acuerdas? —asentí con la cabeza —pues había pensado que no vinieras para no aburrirte, pero he cambiado de idea. Es en el Club Equestre. Apostilló.

—No me parece prudente, la verdad.

—Es de lo más prudente, diría que necesario. Lo único decirte que hoy te pongas lo que yo te diga, sin negativas. Quiero disfrutar de ti delante de todos —me dio un beso en la frente —hoy quiero que babeen sin poder tocarte, especialmente ese viejo carcamal adulator que te ha despedido —dijo con voz misteriosa —y quiero que me presentes a Maribi.

—Un día de estos —no añadí nada más.

Arfan se marchó a hacer unas compras, dijo que tardaría como máximo una hora y yo me quede pensativa. Estaba muy preocupada por la tensión a la que me iba a someter. No sé por qué se había empeñado en exponerme a aquel mal trago. Además, tengo la sensación de que el Señor

Martínez babeará más con Su Alteza Real que conmigo, me parece que tiene preferencia por el otro género y más si son insultantemente ricos.

Decidí liberar mi mente y encendí la tele. Lo primero que vi fue una foto nuestra en el restaurante de Ferraz, sacada en el momento que Arfan, se había acercado a mí y me agarraba las manos para enseñarme a partir la langosta.

Unos señores, que no conocía, estaban opinando. Decían que Arfan tenía una vida oscura fuera de la apariencia que quería dar la casa del rey. Comentaban que en Londres organizaba orgías, andaba con cientos de mujeres, se drogaba y se emborrachaba, mientras a sus súbditos se les castigaba por esas conductas. De mí, indicaban que era un entretenimiento pasajero en su estancia en España. Un capricho. Una sumisa más de la larga lista del príncipe.

Apagué aquel odioso artilugio. Arfan no era así, o eso creía. Pero lo que escuché hizo meya << ¿me estaría convirtiendo en su sumisa? >>.

Cuando Arfan entró. Me encontró llorando a moco tendido.

—¿Qué te pasa patito? —preguntó tirando todas las bolsas y acercándose a mí para abrazarme —¿es por el despido?, ¿es eso? Me interrogó nervioso.

—No, no, es por eso —negué mientras me secaba las lágrimas —Es que no quiero ser tu sumisa. Has volado por los aires toda mi vida.

—¿Cómo? —dijo abriendo los ojos como platos —¿de dónde has sacado eso?

Le conté lo que había escuchado en la tele y él me abrazó tiernamente.

—Son unos gilipollas. No les hagas caso. Ni bebo, ni me drogo, ni tú eres mi sumisa —le miré pensando que no negaba ni las orgías, ni la corte de mujeres que me precedían —Venga vístete y vamos a divertirnos.

Me dirigí al baño con las bolsas. Me había comprado un bonito vestido largo de color marfil, con un escote trasero que llegaba hasta donde la espalda cambia de nombre. Unos zapatos con un tacón de vértigo y unos pendientes largos de oro. Me lo puse todo. Me hice un moño y me miré en el espejo. Estaba impresionante. Para no gustarle exhibirme ni que los hombres me miraran, había escogido un modelito de lo más sugerente. Entonces pensé lo poco que se parecía esa mujer del espejo a la chica de hacía un mes.

<<Pero aún no me parezco a una Barbie rubia>> eso me consoló.

No me apetecía volver al club y ver al señor Martínez, no sé porque acepto todo lo que me pide Arfan. Me tiene comiendo de su mano como un perrito asustado. Me dio un escalofrío.

Salí y como ya era costumbre, giré sobre mí misma delante suyo para que me viera en trescientos sesenta grados. Con aquellos tacones me tropecé un poco y caí sobre él.

—Estás preciosa, patito, pero te falta algo —sacó de una caja unas bolitas unidas por un cordón. —¿sabes lo que son?

—Sí, aquí lo llamamos bolas chinas.

—¿Las has usado alguna vez? —su gesto parecía contrariado por si no eran una novedad.

—Nooo...de verdad, mi vida sexual antes de conocerte era parecida a la de una monja de clausura. Las he visto en películas y algún libro erótico —pero esas las veo más pequeñas de lo que imaginaba —me eché a reír y él se rió conmigo.

—Esta es la vida real, ni una película, ni un libro y me excita que sea otra primera vez —me dio un beso rápido —Son pequeñas porque no estás aún preparada para algo mayor. Quiero darte placer, pero no hacerte daño —se levantó y me besó tiernamente —. Agáchate y sujétate al escritorio que te las coloco —vi como sacaba un bote de lubricante y se lo untaba por las manos.

Noté como masajeara mi clítoris y luego mi ano hasta que empecé a excitarme, poco a poco

introdujo levemente su dedo. La sensación era turbadora. Con cada movimiento que hacía, sentía como una descarga me subía hasta la garganta, no podría decir si era una sensación agradable, simplemente era desconcertante. Al poco sacó el dedo, noté el lubricante, y la sensación de las bolas en mi vagina. No me hacían daño, pero era extraño, y además la perturbación en mi ano, me tenía descuadrada. Jamás hubiera pensado conocer todas estas sensaciones. Era ignorante en estos temas, y mi pareja. ¿He dicho pareja? Bueno, lo que sea Arfan, me hacía sentir soez, vulgar, a veces, cuando de sexo se trataba. Me comportaba de una manera que jamás hubiera imaginado. Loca por una... ¡Dios mío! Iba a decir polla. ¿En qué me estaba convirtiendo? Solo pensaba en una cosa y a estas alturas no hace falta que diga cual.

Una vez en el coche cada vez que los amortiguadores botaban por el efecto de un bache, soltaba un gritito y me arqueaba por la investida. Veía como Arfan conducía con una mueca de diversión en la cara.

—Háblame de tus padres —le dije para intentar olvidar los estremecimientos que tenía.

—Mi padre. Salam Al Saud, es rey de un rico país. Eso es complicado. No te voy a negar que hay muchas intrigas palaciegas y muchas cosas que le tienen tremendamente ocupado. Él siempre es muy comprensivo conmigo cuando nos vemos, pero es con menos frecuencia de lo que quisiera. Mi madre, que se llama Maryam, es la verdadera responsable de mi educación. Soy su primogénito, único hijo varón y siempre me ha prestado mucha atención. Sueña con que suba en la lista de sucesión y porque no, que algún día me convierta en rey. Cosas de madres —se quedó pensativo y se rio —La quiero mucho, ¿sabes? Intento no hacerle daño y estar pendiente de ella lo más posible. Creo que está muy sola —hizo una pausa —Estoy seguro que os caeríais muy bien. Ambas sois elegantes y muy cultas —me ruboricé al oír esa comparación.

—Algún día nos conoceremos —contesté.

Al acercarnos al club, me acordé de la casa de los guardeses. —Este club esconde un secreto maravilloso —le comenté sin darme cuenta.

—¿Cuál?

—Una vez un compañero me enseñó la casa de los guardeses, un gran casoplón rodeado de una hectárea de bosque que está al final de la parcela, por detrás. Es maravillosa y totalmente al amparo de miradas curiosas, gracias a su protección arbórea natural.

—¿Y quién era ese compañero? —estaba otra vez celoso.

—No empieces Arfan. No es nadie. No es importante. No sé porque te he contado lo de la casa.

—Perdóname —no dije nada.

Llegamos al club y al salir del vehículo solté otro gritito poniendo los ojos en blanco.

—Aguanta cariño. Todavía nos queda diversión —apretó su dedo corazón en mi trasero, en la zona perianal, que me suministró tal descarga en el cuerpo que me hizo arquearme y soltar un fuerte gemido. Vi cómo se reía.

Me senté en la silla del comedor, no sabía cómo frenar aquellos espasmos. Intentaba no moverme. Arfan me miraba divertido sin decir nada. Mi piel estaba de gallina y yo, a punto de gritar que me liberara, pero no lo hice.

Vi a Maribí al fondo del salón en la barra de cocteles, pero no tenía fuerzas para levantarme, así que como pude alcé el brazo a modo de saludo, ella movió la cabeza devolviéndome la cortesía. De reojo nos observaba, sin acercarse.

Me levanté cuando llegaron el resto de comensales y al sentarme tuve que soltar otro gemido, y sujetarme con las manos a la silla para apoyarme despacio. Mi piel se volvió a erizar. Arfan me

apretó la mano —Aguanta patito —me dijo y siguió su conversación.

Apareció el Señor Martínez, saludando a las personalidades de las mesas y al dirigirse a la nuestra, vi su gesto tirante. Me moví y sentí otra sacudida, que hizo que me arqueara y echara mi cabeza ligeramente para atrás. Mientras tragaba, ahogando un gemido. Ya no escuchaba nada de la conversación entre Arfan y los dueños del semental y mucho menos podía probar bocado.

—Señor Martínez, que bueno verle —dijo mi príncipe muy serio —el otro día me comentó que me serviría en lo que necesitase y justo necesito su ayuda. Mi novia está algo indispuesta, tiene una jaqueca terrible y necesito que me preste su despacho para que se relaje un rato, será solo un momento, mientras le hace efecto la pastilla que ha tomado. No hay que decir que seré generoso con el club —« ¡pero dios mío este hombre estaba loco! »».

—Por supuesto lo que necesite —hizo un ademán de reverencia.

—Discúlpenme señores. Vuelvo en seguida —me agarró del brazo y al levantarme sentí otra sacudida que casi hace que me vuelva a sentar —Vamos preciosa.

Me dirigió al despacho con rapidez, cerrando la puerta con llave tras entrar. Hizo que me curvara hacia delante apoyando las manos en la mesa. De frente, mirándome estaban aquellos señores de los cuadros, subidos a sus caballos. Sin esperarlo, me dio un suave azote en el culo que me hizo soltar otro gemido que se debió oír desde el comedor.

—¿Estás preparada? —solo pude asentir con la cabeza —Vamos a follar al señor Martínez. Su mesa va a perder la virginidad —quise reírme, pero las sacudidas de mi cuerpo ya no me lo permitían, temblaba como una hoja —Ahora me toca a mí. No aguanto más —dijo mientras me sacaba aquel artefacto maléfico. La sensación fue abrumadora, noté toda la rugosidad de las bolas al desplazarse. Una corriente de placer recorrió todo mi cuerpo. Metió su dedo en mi vagina. Creo que estaba tan mojada y dilatada que casi no lo sentía y entonces me penetró con ese mismo dedo por el ano. Un aluvión de sensaciones me desbordó, dolor y placer al mismo tiempo. Cuando sentía la humedad del orgasmo, introdujo su pene en mi vagina, ya no podía sentir más placer, ni temblar más y finalmente se corrió dentro de mí.

—Cuando te acuerdes del señor Martínez y de su despacho te va a entrar una risa floja. Ese cretino se arrepentirá de haberte hecho llorar —resoplé —tomate tu tiempo, yo voy a volver al comedor —Miró un papel que había entrado por el fax y se fue. Me vestí, me arreglé el pelo y salí para unirme a la mesa —Bueno, parece que mi novia ya se encuentra mejor —le dijo al resto de comensales —Observé como Arfan no dejaba de seguir con la mirada al Señor Martínez, que pululaba de mesa en mesa saludando a los clientes y haciendo genuflexiones.

No paraba de pensar en el momento vivido en el despacho. Arfan, me superaba en todos los sentidos. Había sido lujuria pura y me sentía absolutamente abochornada. Avergonzada.

<<¿En qué me estoy convirtiendo?>>.

A veces, pienso que ya no me conozco. Soy capaz de pasar por una pila de rescoldos incandescentes si el me lo pidiera. Debo de ser más fuerte, pero es que cuando está cerca y sé que va a tocarme, no puedo resistirme, es una atracción fatal. Me olvido de todo cuanto me rodea y solo lo veo a él, mientras mi cuerpo grita << poséeme, por favor, poséeme>>.

Señor Martínez, venga por favor —gritó Arfan, cuando íbamos a salir del salón hacia nuestros coches. Esperó a que estuviera cerca y le dijo —¿puedo llamarlo Esteban?

—Por supuesto señor —hizo otra reverencia mientras hablaba.

—Usted llámeme Alteza Real —la cara del señor Martínez era de total desconcierto —Bien Esteban, —prosiguió —esta mañana estuve hablando con el presidente y los accionistas del club. Les comenté la indecente cantidad de dinero que se embolsó por la información sobre la dirección

de mi novia. En una junta extraordinaria han decidido destituirle. Le ha llegado un fax donde se lo explican. Buenas tardes —se giró y abandonó la sala, ante la pálida cara del director, que no acertó a decir ni palabra, quedándose inmóvil como una estatua mientras nos íbamos.

«Que crueldad. Me dio pena de Esteban. Llegado el momento ¿se desharía de mi igual? ».

Una semana después de la comida en el club, seguíamos medio atrincherados en el hotel. Estaba empezando a sentirme ahogada entre aquellas cuatro paredes, pero se contrarrestaba con las atenciones de mi amante. Los dos solos, desnudos, abrazados, no había nada mejor en este mundo.

—¿Por qué has tratado tan mal al Señor Martínez? —dije de repente. Aquella escena seguía rondando en mi cabeza desde el día que ocurrió y no me había atrevido a sacarlo hasta aquel momento.

—No le he tratado mal —me miró extrañado —él te despidió y yo le despedí a él, así de simple.

—Ojo por ojo —susurré.

—Más o menos, no dejare que nadie te haga daño y le salga gratis —me acarició la cara.

—Pero le humillaste en público. Me resultó cruel —él se incorporó y me besó en la boca.

—Eres increíble Sofía, tu corazón es tan puro que no alberga maldad. Otra mujer guardaría rencor y hubiera disfrutado del momento y tú, sin embargo, has sufrido ¿verdad?

—Sí, he sufrido por él y me he asustado por lo que puedes llegar a ser capaz de hacer —me dedicó una tierna mirada y me abrazó.

—¡Eres un Ángel! Soy un hombre de negocios estoy acostumbrado a ser frío y dejar mis sentimientos aparte, pero en tu caso no te preocupes, jamás podría herirte conscientemente.

—Está bien —no tenía ganas de seguir con el tema.

—Háblame de tus padres —dijo de repente abrazándome. Pensé un momento que decirle, pero lo tenía claro, era fácil la respuesta.

—Mis padres, Soledad y Rodrigo, se amaban profundamente. Nunca he visto a dos personas que se quisieran tanto y se compenetraran también. Crecí en una casa llena de felicidad —hice una pausa para reprimir las lágrimas —Era su única hija, iba a empezar en la universidad y solo soñaban con jubilarse para viajar juntos por todo el mundo paseando su amor.

Mi madre trabajaba en una galería de arte, Maribi siempre dice que era la mujer más elegante y culta que había pasado por el barrio. Era muy bonita —cerré los ojos intentando recordar su rostro —Mi padre era ingeniero, aun viviendo en un barrio humilde, con sus sueldos, no nos faltaba el dinero. Un 30 de junio mientras yo esperaba a matricularme, un coche arrolló a mi madre cuando iba a trabajar. Murió —una lágrima resbaló por mi cara. Arfan me abrazó más fuerte —La vida de mi padre se terminó en ese instante. Se consumió por la pena. Empezó a beber sin control. El día que fui a hacer la entrevista para entrar a trabajar al Club, le dio un infarto y se murió también. Estoy segura que están en el cielo, juntos haciéndose el amor, pero me han dejado sola —puse una mueca melancólica y dejé de hablar.

—Lo siento —añadió Arfan sin saber que decir. Le miré, su cara desprendía ternura y su abrazo, protección.

—No te preocupes. No podría haber tenido unos padres mejores y ese recuerdo me acompañara siempre. La vida es así.

—¿Qué religión procesas? —me preguntó Arfan sin más. Lo miré intentando adivinar a que venía esa pregunta ahora, quise pensar que para cambiar de tema.

—Ninguna —contesté sin interés —mis padres me bautizaron. pero nunca fuimos practicantes.

—Eso facilita tremendamente las cosas.

—¿Facilita las cosas para qué? —no sabía a qué punto quería llegar.

—Para que puedas abrazar el islam —afirmó mirando al techo.

—Yo no voy abrazar nada y menos lo que no creo —dije molesta por la proposición.

—Eso es algo a lo que no te puedo obligar. Tiene que ser decisión tuya, pero me gustaría que te informaras un poco más antes de ser tan tajante.

—No me parece el momento de discutir esto. Ya hablaremos de ello, por favor —puse morritos para ablandarle un poco, pues su gesto se había tornado osco.

—Nunca quieres profundizar en nada. Ni siquiera en nuestra relación —hizo una pausa, tomó saliva y sin dejarme decir nada continuó —Nena, estoy locamente enamorado de ti. Necesito avanzar, pero tú te obstinas en que no sea así, cuanto tiempo vamos a estar dando vueltas sobre el mismo punto —hizo otra pausa —Tengo que ir a Londres a encargarme de mis negocios. Lo he estado aplazando, pero ha llegado el momento y quiero que vengas conmigo. Es hora de que tomes una decisión y apuestes por mí.

—Arfan nos hemos conocido hace dos días como quien dice. Estoy encantada de estar a tu lado, pero hay demasiadas barreras entre tú y yo para que esto se convierta en algo más, en tan poco tiempo. Dejar toda mi vida para seguirte, perder mi independencia, porque en Londres dependeré absolutamente de ti, me produce, como poco, dudas—le miré a los ojos.

—Las barreras las pones, tú, constantemente. Ya te he dicho que te quiero y no existe nada que nos impida estar juntos. ¡Dime una sola cosa! —grito enfurecido.

—Tú mismo lo has mencionado antes, tu religión, por ejemplo —empecé a incorporarme de la cama, estaba incomoda manteniendo aquella conversación tan cerca de él.

—La religión no es un obstáculo. El tener fe o no tenerla es algo personal. No existe nada que me impida casarme con quien yo quiera, sea musulmana o no —estaba realmente enfadado —No te negaré que me gustaría que quisieras convertirte o al menos pensarlo.

—¿Casarte?, ¿pero tú te has vuelto loco o qué? —comencé a vestirme con la ropa que traje el primer día que entré al Westing Hotel.

—Sí, estoy loco, loco por ti. Nunca en mi vida he deseado a nadie como te deseo. Mi amigo Robert, siempre me recuerda lo difícil que es encontrar el amor y que, si aparece lo agarres fuerte, porque puede que si no lo haces te arrepientas toda la vida. Estoy viendo que tú no sientes lo mismo —me miró fijamente a los ojos —o te vienes conmigo a Londres o esto se acabó.

—¡Yo no obedezco órdenes! De tanto querer agarrarme fuerte has acabado ahogándome — cogí mi bolso y me marché.

Arfan se había ido de mi vida de la misma forma que había entrado, de repente y sin previo aviso.

Llegué a mi casa, me tumbé en la cama y me puse a llorar. ¡Que había hecho!, había roto con el hombre de mi vida. Estaba profundamente enamorada de Arfan, pero también muy abrumada. Todo se precipitaba muy deprisa y me quedaba grande, absolutamente grande. Habíamos estado juntos algo más de dos semanas y ya me presentaba como su novia, me hablaba de amor, de boda y de convertirme al islam, sin darme tiempo a digerirlo. ¡Era un príncipe joder!, a ver quién podía con eso.

<<Nadie se enamora de un sapo>>.

Además, no podía olvidar que me escogía la ropa, estábamos todo el día solos en un hotel y para rematar, la escenita con Toni en la discoteca. Ahora quería llevarme a Londres, y aislarme definitivamente de todo lo que conozco. En fin, había culminado la fase uno, dos y tres de mi decálogo sobre el maltratador, en tiempo record.

Empezó a sonar el timbre de la puerta, mi corazón dio un vuelco, quizás Arfan había decidido reconsiderar su postura y darnos una oportunidad. Corrí a abrir secándome las lágrimas. No era Arfan.

—Hola Maribi que tal —dije intentando poner voz jovial.

—Mal, no sabía si te encontraría en casa, como ahora vives con su Alteza Real —se puso a llorar sin poder articular palabra.

—¿Pero qué te pasa? —no entendía porque estaba así. Era muy alegre y optimista. Nunca la había visto llorar.

—He roto con Pablo —dijo entre sollozos.

—¿Qué me estás diciendo? —puse cara de asombro, nada fingida, desde luego —¿Por qué?

—Pues resulta —se enjugó las lágrimas —que hoy, antes de ir a la facultad, me viene y me dice, que se está replanteando lo nuestro, que cada vez tenemos menos en común y bla bla bla.

—Que capullo —no se me ocurría nada más apropiado que decir. Le di un abrazo y posé mi cabeza en su hombro.

—Tirándole de la lengua me contó que lleva días saliendo con una compañera de clase y que le gusta mucho. De hecho, llegó a decir que era una chica con mucha clase y claro, yo no estaba a la altura, que no tenía ni estudios de bachiller y no le entendía como ella, con la que podía mantener conversaciones mucho más elevadas que conmigo —suspiró —pues chica, que le limpie y le cocine ella. Joder que mierda —parecía más calmada, había descargado lo que llevaba dentro.

—Pues mira, ya estamos las dos solteras y sin compromiso. Yo también he roto con Arfan.

—¿Cómo? ¿No era perfecto?

—Lo era, pero me sentía atrapada. —empecé a contarle lo que había ocurrido y cuanto más le contaba, más me arrepentía de haber roto con él así. Pensar que no iba a verlo más me desesperaba. Al fin y al cabo, Arfan, no había hecho nada malo, solo demostrarme una y otra vez lo importante que era para él y lo mucho que desea que comparta su vida.

—Lo siento chica, está claro que los hombres no nos merecen, habrá que ir buscando un convento.

—Eres genial Maribí, sólo junto a ti no hay pena que se resista —nos echamos a reír.

—Bueno, me voy a ir ¿nos vemos mañana para tomar un café?

—Por supuesto —la acompañé a la puerta y al abrir vi encima del felpudo un montón de bolsas. Eran todas las cosas que Arfan me había comprado y yo había abandonado en el hotel.

Tras la marcha de mi amiga, más tranquila, me puse a analizar los acontecimientos. Por fin

había encontrado un hombre que merecía la pena y me había entrado el pánico. Esa era la verdad, tenía miedo. Miedo a sentir lo que me provocaba, miedo a que me hiciera daño, miedo a abrirle mi corazón y entregarme completamente, sin cortapisas. Por el contrario, me había cerrado, no admitía su declaración de intenciones, sus continuas solicitudes de amor, su insistencia en compartir un futuro, juntos.

Porque eso era lo que él me pedía y yo no estaba dispuesta a concedérselo. Era comprensible, no estaba preparada. Hubiera sido más fácil si lo hubiera dejado estar, si me hubiera permitido disfrutar del momento, de estar juntos. Sin presiones, sin exigencias ni planes, pero él quería más, y me asusté.

Siempre me comparaba con las heroínas románticas, que luchaban contra viento y marea por su amor. Creía que llegado el momento yo actuaría igual y, sin embargo, me atrincheré en una zona segura y no hice más que preservarme de cualquier cambio y asegurar que nada alterara mi vida. No le dejé ningún resquicio, ninguna puerta por la que entrar, como si mi existencia fuera perfecta y él hubiera venido a perturbarla.

Y luego estaban las fases, pero realmente no estaba segura de que estuvieran allí. En muchas ocasiones le había mostrado mi negativa frontal a ser manipulada y él, había entendido mis requerimientos. No sin cierto rechazo, porque no estaba acostumbrado a ser interpelado o reprendido, pero había consentido. Había accedido a enfocarlo desde mi punto de vista.

Había sido rematadamente idiota, pero ya estaba hecho. No debía haberme presionado tanto, se lo había advertido y no me hizo caso. ¡Qué demonios!, la culpa era suya, pretendía que me rindiera a él sin obstáculos y aceptara todas sus exigencias sin condiciones.

<<Estoy hecha un lío>>.

No pensaba con lucidez, era buen amante, está claro, pero aparte de eso, no estoy segura de que lo que ofrecía fuera una maravilla. Quería que fuera una mantenida, a su servicio, dispuesta para su disfrute y deleite. Anulada completamente y aceptando su religión, sus normas, hasta decidiría que debía vestir, comer o beber, con quien podía verme y con quién no. A todas luces eso era inaceptable.

Estaba agotada, ahora volvería a mi vida y todo retornaría a la normalidad. Se había acabado la posibilidad de mejora, con el trabajo en el club ecuestre, así que regresaría a Mar de Salsa y todo seguiría donde lo había dejado antes de ser asistente, antes de conocer a Arfan.

Al día siguiente quedé con Maribi en un café de la plaza mayor. Estaba toda misteriosa cuando me llamó, ¿qué tramará?, pensé.

—Hola Guapa.

—Hola Diosa del deseo.

—¡Ya estamos!, si claro, menuda diosa estoy hecha.

—Bueno, de las dos ¿quién se ha ligado un príncipe?

—No me hables de él.

—Pues de eso te quería hablar, esta chica casi borderline tiene una idea —la miré con cara de pocos amigos —Dentro de dos semanas me dan vacaciones ¿por qué no nos vamos a Londres?

—Maribí, eres inteligente, graciosa y una gran persona, que ningún idiota te haga creer lo contrario, pero no creo que este sea uno de tus mejores planes.

—Claro que sí. Yo necesito salir de aquí para olvidar a Don calzonazos, ver mundo y tú tienes que encontrarte otra vez con Arfan. En cuanto te vea volverá a caer rendido a tus pies.

—Me parece buena idea hacer un viaje juntas —en el fondo sabía que, aunque fuéramos a Londres era imposible que lo encontráramos. Allí vivían casi nueve millones de personas. No sabía donde residía. Ni siquiera tenía su número de teléfono para llamarle. No se lo había pedido. Por otra parte, pasar unas vacaciones con mi amiga me parecía una fantástica idea. Además, tenía que demostrarle a Maribi que era una gran mujer que podía comerse el mundo, con estudios o sin ellos. Al fin y al cabo, yo tampoco los tenía. Las dos éramos dos simples camareras. Demostrarle a ella su valía, era demostrármela a mí misma.

—¡Genial! ¿te puedes encargar de los vuelos y el hotel? Algo barato ehh, que no tenemos un novio rico —echó una carcajada —bueno guapi, me voy a currar. Ya me cuentas cuando tengas las reservas.

Durante esas dos semanas, ocuparme de los preparativos me ayudó mucho a distraer la mente, aunque no podía evitar que Arfan volviera a mis pensamientos en forma de sensaciones. Recordaba nuestra forma de hacer el amor, como había disfrutado, como me había vuelta a sentir viva, nunca en mi vida me había sentido así y era muy probable que nunca volviera a suceder.

A nuestra llegada a Londres decidimos ir directas al Hotel para descansar un poco porque me había mareado en el vuelo y no me encontraba muy bien.

El hostel que había conseguido, a un precio que nos pudiéramos permitir, estaba en la zona de Paddington. Me pareció que era una buena situación para movernos por la ciudad y lo más digno que pude encontrar dados los carísimos costes de los hospedajes de la ciudad.

En cuanto posé la cabeza en la almohada me quedé totalmente dormida. No sé cuánto tiempo pasó, pero desperté por el sonido de mi móvil. No tenía canción asignada así que no era uno de mis contactos. Dudé en contestar porque me cobrarían rouning, y seguro que era una llamada comercial, pero no pude resistirme.

—Si, dígame —contesté en español.

—Hola Patito.

—¡Arfan! —exclamé entre encantada y sorprendida. En estas semanas no me lo había quitado de la cabeza. Me tocaba en soledad pensando en él y me maldecía por estar tan pillada de aquel príncipe. Un hombre que me anulaba, que me hacía bajar todas las barreras y las protecciones que tanto tiempo había tardado en construir.

—Me han dicho que estas en Londres y he tenido que llamarte.

—¿Cómo lo sabes? ¿cómo tienes mi número?

—El dinero compra muchas cosas, ya te lo he dicho.

—¡Me has estado espiondo! —me vino esa idea de repente a la cabeza.

—Dicho así suena fatal. Mandé que velaran por tu seguridad discretamente. Sin que tú te enteraras.

—¡Eres tremendo! —me incorporé para gritarle un poco más fuerte.

—Las cosas importantes me gusta tenerlas seguras y tú lo eres. No quiero que te pase nada —hizo una pausa —Quiero verte —susurró.

—Estoy de vacaciones con Maribi, aunque eso ya lo sabrás. La ha dejado su novio de toda la vida y no la quiero abandonar en este momento.

—Tengo ganas de conocer a tu amiga. En media hora pasará una limusina a recogeros. Anulad la reserva en ese cutre albergue. Os hospedaréis en mi casa —hubo un breve silencio —No es una orden, es mera cortesía con una amiga que visita mi ciudad.

—Está bien. Maribi estará encantada. Nos vemos —nunca encontraba la manera de decirle que no, me rendía a él sin resistencia. Estoy perdida, ¿hasta dónde soy capaz de llegar por él? Si me pedía ser su concubina seguro que aceptaría.

—Te quiero —quedó en silencio como esperando respuesta, pero le colgué sin decir nada más.

Me levanté corriendo y fui a vomitar al baño, mientras Maribi me miraba atónita desde la ducha. —Definitivamente me ha sentado fatal el vuelo —le dije.

Tras reponerme, le conté el contenido de la conversación con Arfan. Hicimos el equipaje, anulamos la reserva y nos subimos a la limusina tal como había dicho.

Cuando llegamos al destino me quedé sorprendida. Era una gran casa familiar georgiana. Las partes originales de la propiedad habían sido cuidadosamente renovadas manteniendo las cualidades iniciales. La casa tenía cuatro pisos y una imponente fachada.

Un señor de unos cincuenta años, con un porte distinguido nos abrió la puerta.

—Buenos días. Soy Walter, el asistente personal del Señor Arfan. Pasen —entorné los ojos.

Así que aquel era el famoso y eficiente Walter.

Entramos a un hall que conservaba el encanto original, pero con algunos nuevos elementos contemporáneos. Allí nos esperaba Arfan.

—Estas muy pálida ¿estás enferma? —observó.

—Necesito ir al baño urgentemente o vomitaré aquí mismo y te mancharé tu carísima alfombra —me venían arcadas a la boca y no podía decir más. Me indicó la puerta y salí corriendo.

Cuando abandoné el baño, Arfan y Maribi seguían en el mismo sitio donde les había dejado, mirándose sin hablar. Recordé que ella no habla nada de inglés y él no dice ni una palabra en español. Al sentirme se giraron a mirarme y él se acercó.

—¿Estás bien mi amor? —dijo mientras me acariciaba la mejilla. Aparté un mechón de pelo de mi cara.

—La verdad es que no. Me he mareado en el vuelo.

—Pediré que te acompañen a una habitación. Descansa. Por la noche he quedado a cenar con Robert, ya te he hablado de él. Quiero que os conozca.

—Está bien —no pude decir más. Volví corriendo al baño.

Por la tarde me encontraba mucho mejor. Me vestí y bajé a reunirme con mi anfitrión y mi amiga, que ya me estaban esperando. Vi de reojo en el salón, el lienzo que le había regalado, lo había enmarcado y colgado encima de la chimenea. Eso me hizo enormemente feliz.

Fuimos a un restaurante árabe muy selecto en la zona de Westminster. En la mesa nos esperaba un chico alto, de complexión musculosa, un pelirrojo muy bien parecido. Era Robert McDougall, el amigo de Arfan. Resultó que hablaba español, pues veraneaba de pequeño en la costa del sol con su familia y había hecho un Erasmus en Salamanca. Se enfrascó en una animada conversación con Maribi. Menos mal, porque con lo que a ella le gusta hablar, le estaba resultando imposible comunicarse en inglés.

No pude probar bocado. Arfan me miraba preocupado.

—No ha sido buena idea venir a cenar. Estas muy pálida —dijo escrutándome con la mirada.

—La verdad es que no me encuentro bien —suspiré.

—Disculpádmelos chicos, voy a llevar a Sofía a casa. No puedo verla sufrir así —comentó mirando a nuestros amigos y buscando su complicidad.

—Si a Maribi le parece bien, después de cenar la llevaré a conocer algo la ciudad —dijo Robert en inglés. Ella no entendió nada así que se lo repitió en español.

—Yo encantada —se puso a aletear las pestañas de forma coqueta. Todos nos reímos divertidos.

Nos despedimos y nos fuimos al coche.

—Si no te importa, me gustaría parar en una farmacia para que me den algo para el estómago.

—Estas demasiado enferma para deberse a un simple mareo, quizás es una intoxicación alimentaria —me miró con verdadera preocupación —si no cesa el malestar, tendrás que ir al médico —asentí con la cabeza —De momento, si quieres le pido a Walter que te compre la medicina y te la lleve a casa —dijo pulsando el manos libres del coche.

—No —le cogí la mano para que no marcara —prefiero ir yo misma —asintió con la cabeza y arrancó. Sabía que hay ciertas cosas por las que no paso aún y que me gusta hacer a mi manera. No le parece bien, también lo sé. Le gustaría hacer las cosas a su manera, pero mantenía un perfil bajo, de momento, para no entrar en una encarnizada guerra conmigo, que suponía demasiado coste, para una nimiedad como aquella. Cuando vimos una farmacia abierta se detuvo.

—Espérame en el coche. No tardaré —puso cara de no estar de acuerdo, pero no le di tiempo a replicar. En realidad, no quería sólo una medicina para parar las náuseas. Quería un test de embarazo y no necesitaba que él lo supiera.

Volví como si nada y arrancó hacia su casa. Tenía ganas de acostarme.

Me despertó la luz del sol. No sabía cuánto había dormido. Fui al baño. En la farmacia me dijeron que hiciera el test con la primera orina de la mañana. Era el momento.

Leí las instrucciones. Mojó el palito y esperé. « Madre mía, no podía creer que estuviera haciéndome un test de embarazo», Desgraciadamente tenía el palpito de que mi malestar no era por el avión, ni por nada que hubiera comido. Además, se me estaba retrasando la menstruación. Miré por el rabillo del ojo a aquella especie de lápiz que debía darme una información crucial. Finalmente me armé de valor y lo cogí. Creí que me desmayaba. ¡Era positivo!.

—Hola patito —oí en la habitación. Guardé rápidamente el test en un cajón y salí del baño — ¿cómo estás? Has dormido un montón, pero no quise despertarte.

—Me encuentro mejor —me precipité sobre él y le di un beso de tornillo.

—Vaya, vaya. Vas a tener que ponerte enferma más a menudo, me gusta cómo te sienta —se rio.

—Quiero pedirte disculpas de cómo me porte en Madrid. Estaba confundida. Me abrumas, con tu experiencia y con tu riqueza, con tanta prisa por todo y por tu excesivo control sobre mí —hice una pausa, él me miraba con tristeza y me ablandó el corazón una vez más. Me gustaría haberle dicho que me sentía como una infiltrada en un mundo que no me pertenecía, que me sentía pequeña, como la hija de un dios menor, pero no me atreví a tanto, por lo menos no ahora. No debía darle tantas pistas, antes de conocer su verdadera naturaleza —Quiero que sepas —hice una breve pausa para armarme de valor —que muero por ti —me mordí el labio. Me costaba mucho decirle aquello cara a cara, pero era irresistible. Cuando lo tenía cerca, no pensaba en otra cosa que besarle y en alguna otra cosa aún más perversa.

—Sino estuvieras enferma, te desnudaría ahora mismo y te comería a besos de arriba abajo —su cara se tornó pícaro —no sabes lo que lo echo de menos —suspiró y puso los ojos en blanco.

—¿No ha habido alguien estos días que te calentara la cama? ¿Una Barbie rubia, con mucho más pedigree del que yo tendré nunca y que esté acostumbrada a comer langosta y caviar ruso? —le mire intensamente, quería una respuesta sincera.

—¿Qué está celosa señorita? —se rio.

—No, es que...bueno sí, lo estoy —dudé un momento y proseguí —He decidido ser muy sincera contigo así que allá voy. —el me miraba sin decir nada —una de las cosas que me agobia es la de mujeres que tienes a tu alcance. ¿y si te cansas de mí?, yo soy poco glamurosa, una chica de barrio y tú estás acostumbrado a cosas diferentes. ¿Cuánto tardarías en encontrar una sustituta? o incluso te permitas tenerlas a la vez.

—Yo no sé si me cansaré de ti. No puedo contestar a eso, nadie puede, aunque en este momento dudo que eso pueda ocurrir. Lo único que sé, es que ahora mismo sólo quiero estar contigo. Las otras chicas, me dan igual. Ninguna mujer me provoca lo que siento por ti. No quiero hacer nada que te moleste, me rompe el corazón saber que alguna de mis acciones te puede hacer daño.

—Soy una tonta —sin decir más le empujé sobre la cama, me subí encima de él y empecé a desabrocharle la camisa. No hizo falta más, recogió el testigo y me hizo el amor con toda la pasión que alguien pueda desear.

Estábamos abrazados en la cama, el jugueteaba con mi pelo y yo le acariciaba el pecho, mientras observaba sus angulosos rasgos.

—¿Sabes que Maribi no vino a dormir a noche? Creo que Robert y ella han encajado a la

perfección.

—Me alegro, se merece algo de alegría después de aguantar al supercalzonazos.

—¿Supercalzonazos? —Preguntó él sorprendido.

—Es una larga historia. Solo espero que lo pase bien y que Robert no le rompa el corazón .

—Mi amigo es un caballero, le gusta hacer las cosas bien y creo que tu Maribi, le atrae mucho.

—Bravo por ella. Es una preciosidad por dentro y por fuera, ya lo verás cuando la conozcas más

—Como tú —le miré a los ojos, pose mi cabeza en su pecho y creo que me quedé dormida al instante. El embarazo, hace que sólo piense en eso.

EL DESIERTO

Habían pasado quince días desde mi llegada a Londres. A Maribi casi no la veía, porque estaba encantada con su highlander, como ella decía. Andaban todo el día juntos, de acá para allá.

Su periodo de vacaciones se agotaba y en dos días volvía a Madrid para incorporarse al trabajo. No querían perder el tiempo.

En cuanto a mí, había adquirido un medicamento para las náuseas del embarazo en la farmacia, que tomaba a escondidas para que Arfan no se enterara y físicamente me encontraba mucho mejor.

El mayor problema ahora, era el emocional, mi vida se había descontrolado definitivamente.

Tengo veinte años y estoy a punto de ser madre soltera. Ni en mis peores sueños, me hubiera imaginado este destino para mí. Me había convertido en todo aquello de lo que huía. Una chica sin estudios, sin trabajo, mantenida por un hombre y embarazada.

Por lo menos, nuestra relación iba muy bien. Él estaba contento de tenerme en Londres a su lado. Me complacía en todo, me pedía opinión sobre cualquier cosa, para demostrarme que no decidía por mí. No me había vuelto a comentar nada de religión, ni matrimonios. Creo que no quería que no me sintiera incómoda y me fuera.

En el fondo, sabía que era una pose cara a la galería. No quería enfadarme y hacía su papel, lo mejor que podía. Resignado, intentando convencerme con su actitud de que podíamos convivir, de que podríamos tener una vida juntos.

Pero ¿cuánto duraría aquella tregua fingida?

Él era como era. Tarde o temprano saldría su verdadera naturaleza. Su personalidad contenida intentaba salir, para decir << no, las cosas se hacen a mi manera >>, aunque su boca y sus gestos dijeran otra cosa. Lo veía en sus ojos. Ellos me mostraban, que allí a dentro estaba ese hombre posesivo y cabreado por no poder imponer su criterio.

No obstante, me resigné. Quería darle una oportunidad y me esforcé por intentar conocerle mejor.

Le observaba cuando hacía sus oraciones arrodillándose en el suelo, su forma de lavarse, cosas que eran desconocidas para mí. Necesitaba aprender todo eso y que significaba exactamente, porque debería enseñárselas a mi pequeño futuro musulmán. Iba preguntándole detalles a Arfan, poco a poco. Él se desvivía por explicarme. Muchas veces me sorprendía de la cantidad de cosas en común que tenía con la religión cristiana.

También le acompañaba a sus entrenamientos de salto. Había intentado que subiera a caballo, quería enseñarme, pero yo, consciente de mi estado le daba largas. No estaba segura de sí podía montar.

Arfan disfrutaba de su afición, se le veía feliz encima de su imponente yegua.

El fin de semana, le acompañé a un concurso. Por lo visto, era lo que llaman cinco estrellas, de carácter continental. Que según me había traducido a un idioma para los profanos, era como presentarse a un campeonato europeo. Sólo participaban jinetes de elite. Daba mucho prestigio ganar algo así.

No tengo que decir, que Arfan lleva la competitividad en las venas, pero aun cuando las pruebas no le estaban saliendo bien y en los dos primeros días no pudo quedar entre los cinco

primeros, que eran los que recibían el galardón, parecía no importarle. Se entregaba de lleno, se le veía disfrutar.

Comprendí que no concursaba para ganar, sino porque era lo que más le gustaba hacer en su vida. Claro está, que los genes son los genes, y no se rindió. Redobló sus esfuerzos y la dedicación a su caballo.

Era un placer ver aquel binomio que formaban Arfan y su yegua, Sherezade I. El ambiente del concurso era estupendo. Se veía que era gente con mucho dinero, pero muy sencillos de trato, todos estaban volcados con el mundillo de la hípica y solo hablaban de eso. Si presumían de algo era de su última adquisición equina. Se veía un ambiente sano, se felicitaban unos a otros por los recorridos, o se consolaban cuando tiraban un palo o había un rehúse. Siempre había un motivo técnico para quitarle hierro al incidente y animar al jinete.

El viento, el estado de la pista, la mala entrada que tenía el obstáculo, la posición de manos del caballo al entrar o salir, en fin, daban por supuesto la calidad de la monta.

Gracias a ellos y sus explicaciones poco a poco iba aprendiendo a entender más. Estuve muy a gusto durante todo el torneo, me adapté rápidamente. Arfan me miraba a veces desde la distancia, y sonreía feliz, estaba orgulloso de que yo hubiera encajado en el ambiente y poder compartir su entusiasmo. Por la noche, mientras repasábamos este u otro recorrido, hablábamos de algún caballo o de cómo sería la prueba del día siguiente, me decía «Tengo dos pasiones, mi patito y la hípica. Ambas encajan como anillo al dedo. No se puede ser más feliz».

Dicen que el que la sigue la consigue, y en la primera prueba del domingo consiguió un meritorio tercer puesto.

Estaba exultante de felicidad. Cuando se bajó de Sherezade, corrió a mi encuentro y me alzó por los aires dando vueltas, con una sonrisa de oreja a oreja. Por supuesto, me regaló la escarapela que le dieron.

Me mareé bastante con todos aquellos giros, pero pude controlar el malestar y reírme. Estaba emocionada de verle así. Parecía un niño cuando descubre los regalos debajo del árbol, el día de Reyes.

Aquel hombre, tan seguro de sí mismo, tan imponente, tan masculino, se había desdibujado para convertirse en un crío inocente, radiante y trasparente. Su mirada irradiaba candidez y despreocupación. Me sorprendió, verle así. Parecía otra persona. Había desaparecido la actitud dominante y de control dando paso a la desinhibición y la relajación.

<<Me gustaba ese Arfan>>.

Si, podía verlo y sentirlo. Por un instante había bajado las defensas y se había comportado con naturalidad.

La duda me invadía ¿sería ese el verdadero?, escondido detrás de un montón de corazas construidas artificialmente o era un espejismo, fruto de una enajenación transitoria.

Deseaba que la respuesta fuera que detrás de toda esa pose de hombre duro, todavía exista el ser sensible que acababa de observar, durante aquel breve momento.

Después de ese memorable instante, Arfan, regresó a las cuadras. Y yo, me dirigí al restaurante reservado para los jinetes y sus acompañantes. Tenía un hambre atroz. Sólo podía pensar en zamparme un plato de patatas fritas con ketchup. Si, lo sé. Nada saludable, pero el embarazo tenía esas cosas.

<<Lo acompañaré de un zumo natural>>.

Mientras tomaba este delicioso aperitivo, conocí a Sir Hamilton, un marchante de arte muy conocido en el Reino Unido. Su mujer también competía en el concurso, y como yo, mataba las

tediosas esperas, entre prueba y prueba como podía.

Los jinetes, estaban muy concentrados en sus monturas, en estudiar los obstáculos, casi una dedicación completa que no dejaba tiempo para lo demás. Congeniamos muy bien, pues compartíamos la afición por el arte. Enseguida se interesó por mi obra y me hizo prometerle que le mandaría una muestra a su galería de Londres para valorar hacer una exposición de mis pinturas. Me hizo mucha ilusión y guardé su tarjeta por si algún día me armaba de valor.

Decidí escribirle un WhatsApp a Arfan, para contárselo

Yo

*He conocido a Sir Hamilton
No te pongas celoso, solo
se ha interesado por mis cuadros
Me ha hecho mucha ilusión*

Al minuto de enviarlo sentí como entraba una contestación

Arfan

*Me alegro mucho.
Conozco a Sir Hamilton
y está felizmente casado.
Estoy celoso igualmente.
Te echo de menos.*

Me apetecía jugar para distraerme.

Yo

*Tienes motivos, me aburro y eso es peligroso.
Estoy pensando en buscar
a un mozo de cuadra
para que me entretenga.
¿Alguna sugerencia?*

Le di a enviar con una sonrisa en la cara, pero a la vez algo intranquila por cómo se lo tomaría.

Arfan

*¿Dónde estás?
No sé si estoy cachondo o enfadado*

Me sonrojé un poco.

Yo

*En la cafetería.
Escápate cinco minutos y miramos
como aliviar las dos cosas.
Se me ocurren varias posiciones ; —)*

Le di a enviar, sorprendida por mi descaro y vi como una mujer tremendamente atractiva, algo mayor, pero con un look imponente, se plantó delante mí. No la conocía del ambiente de los jinetes y sus familias. Estaba claro que era del otro mundo, quizás de los propietarios de las

ganaderías o simplemente de los apostantes..

—Hola chica —me dijo secamente.

—Buenas tardes Señora....

—Mcdowell, Marquesa Erin Mcdowell —dijo mientras su cabeza se levantaba altivamente, como si el solo hecho de pronunciar su nombre le confiriera el derecho a posicionarse por encima de los demás.

—¿Que desea Señora Mcdowell? —estaba cansada, muy embarazada y lo último que deseaba era una snob, poniéndome en mi sitio.

—Voy a ir al grano. Quiero que desaparezca, que se vuelva a Madrid —no se dignó a mirarme, me escupió sus improperios dirigiendo su vista por encima de mi hombro .

—¿Y por qué debería hacer yo tal cosa? —hice una pausa mirándola de arriba abajo —¿para complacerla?.

—Más bien para que no hagas más el ridículo —su mirada era desafiante ahora, sabedora de que me estaba metiendo un gol por toda la escuadra.

—¿El ridículo? ...no sé a qué se refiere —no me gustaba como estaban transcurriendo las cosas.

—Pues debes ser la única. Todo el mundo salvo tú, sabe que estás como un pez fuera del agua —hizo una pausa y clavó sus ojos en los míos como si fueran cuchillos —desentonas, a ver si lo entiendes. Está bien que Arfan pasee a su souvenir y otra muy distinta que tu creas que eres aceptada y una más aquí. ¡Eso no ocurrirá nunca! —levantó un poco la voz al decir la última frase. Tenía una voz chillona, bastante desagradable.

—A mí la gente me da igual, Arfan me quiere y desea que esté con él —una gran carcajada resonó con fuerza, parecía increíble que aquella señora pudiera emitir tal ruido

—Niña incauta. Yo creía que perseguías su fortuna, pero parece que es aún peor, te has creído sus mentiras —volvió a levantar la cabeza —voy a hacerte un favor y abrirte los ojos para que no hagas más el payaso. ¿Acaso crees que eres la única que calienta la cama del príncipe? —no respondí —No eres la primera, ha salido con muchas chicas de usar y tirar, pero yo le dejo divertirse un rato, es mi amante y así seguirá siéndolo, estés tú o cualquier otra y no querrás compararte a mí, eres una personilla insignificante y por lo que veo muy simple —fue tal el impacto de sus palabras que empecé a sentirme mareada y me desmayé.

Cuando abrí los ojos, comprobé que me habían tumbado sobre un sofá en la parte de atrás de los reservados. Arfan estaba arrodillado a mi lado cogiéndome la mano con cara de seria preocupación. Sonrió levemente al verme abrir los ojos.

—¿Estás bien? —me dijo mientras me daba un beso en la frente.

—El calor y esa mujer, han hecho que mi tensión se desmoronara, pero ya ha pasado —estaba muy triste y tenía que tomar una decisión dura al respecto de la conversación con aquella señora —Arfan —me incorporé un poco para colocar mis ojos al nivel de los suyos —creo que esto debe terminar. Ya hemos jugado bastante. Game over.

—Ni hablar, no sé lo que te ha dicho Erin, pero esto no se acaba, al contrario, solo acaba de empezar —hablaba calmado, seguro de sí mismo, como es él.

—Estoy cansada Arfan, esa señora que tan bien te conoce, solo me ha mostrado la realidad que yo me negaba a ver —comencé a incorporarme e instintivamente me toqué el vientre como para asegurarme que las cosas marchaban bien por ahí abajo.

—¿Y cuál es esa realidad?, yo solo veo una y es que yo te quiero y creo que tú a mí también. Dime si me equivoco —me reto con la mirada

—Ahora no tengo fuerzas para discutir. Envía a Walter a buscarme para llevarme a casa, por favor. Esperaré en la puerta del complejo —di media vuelta y me fui sin mirar atrás.

En menos de veinte minutos, el eficiente asistente estaba con su coche en la puerta. Salió raudo y me abrió la puerta trasera del coche. Tras cerrar, se incorporó al asiento del conductor y me miró por el retrovisor

—¿A casa señorita Sofia? —asentí y se puso en marcha.

<<A casa>>.

Mi casa estaba muy lejos de aquí. Vacía, olvidada. Ya no representaba un hogar para mí. Sólo atesoraba recuerdos y nostalgia, que no me apetecía recordar.

La casa de Arfan, tampoco representaba mi hogar. Era su casa, no la mía. Allí no había nada que me perteneciera.

Miré a Walter por el retrovisor. Estaba concentrado en la conducción, así que no advirtió que le estaba observando. Tenía el pelo cano, muy corto. Era delgado y el traje le sentaba muy bien. Se le veía bien parecido y elegante.

—Walter —llamé su atención.

—Dígame señorita —levantó la mirada para cruzarla conmigo por el retrovisor.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja para Arfan? —le dije bajando la mirada para no soportar aquel cruce tan directo.

—Alrededor de seis años —volvió a centrar la mirada en la carretera.

—Entonces le conoce bien.

—Se podría decir que sí —volvió a mirarme por el retrovisor intrigado.

—¿Y cómo es? —le pregunte directamente.

—Me atrevería a decir que es un buen jefe y un buen hombre, señora —eso no era lo que quería escuchar, pero supongo que la profesionalidad de Walter, le impedía llegar más allá. Jamás osaría ser indiscreto.

—¿Está usted casado? —cambié de tema, para salir de aquel embrollo.

—Viudo señorita —hizo una pausa y paró el coche —hemos llegado —se bajó y me abrió la puerta.

Al salir, inconscientemente le di un abrazo. Quedó parado en seco. No se lo esperaba, no estaba acostumbrado a las muestras de afecto, pero en aquel momento necesitaba ser reconfortada. Abrazar a alguien que no fuera Arfan. Sentía que el esforzado asistente, estaba tan solo como yo.

—Gracias —le dije al comprobar su cara de asombro. Entré en la casa, dejando detrás de mí al sorprendido Walter.

Decidí descansar un rato en mi cuarto. Alejarme del mundo que me rodeaba y justo en el momento que me iba a acostar, apareció Maribí.

—Hola guapí.

—Hola diosa del deseo ¿Qué gusto verte?, ya pensaba que había venido sola a Londres.

—Aigg Sofía es que mi Highlander me tiene loca.

—Parece que Robert y Arfan se parecen mucho en esto de volver locas a las españolas —hice una mueca lastimera con la boca.

—¿Sabes que se viene a pasar una temporada conmigo a Madrid? Estudió un tiempo en España, por eso habla también español y quiere volver a visitarlo. Claro está, conmigo.

—Me alegro mucho. Disfruta.

—Pues sí. Ya no me acuerdo nada del supercalzonazos. Me hizo un favor dejándome. Gracias a eso he conocido a este hombre tan alucinante.

—No te enamores mucho que luego te llevas un sofoco si las cosas no van bien.

—Tranquila. Voy a vivir a tope y aprovechar el momento. He perdido demasiado tiempo cuidando del universitario. De todas formas, es imposible no enamorarse de Robert. ¡Es un amoor! Cuando yo te decía que teníamos que encontrar hombres de verdad que nos hicieran felices, que estábamos rodeadas de niñatos, no me equivocada ¿verdad?

—Tengo algo que contarte Maribí —me puse muy seria y ella lo notó.

—Pues preparemos un café en la cocina y me cuentas.

—No, que pueden oírnos —Le pedí que se sentara y fui al baño. Salí con el test en la mano y se lo enseñé. Al instante se puso blanca.

—Madre del amor hermoso. ¡Estas embarazada! —me abrazó dando saltitos.

—Pssssss. No grites pueden oírnos.

—¿Pero es que no se lo has dicho a Arfan? —dijo sentándose otra vez.

—No. No sé cómo decírselo. Esto lo cambia todo y es duro, ahora no estamos en nuestro mejor momento —mientras hablaba guarde el test en un cajón. No quería que alguien entrara y lo viera.

—Vamos a ver chiquilla. Él estará encantado, seguro. No se lo puedes ocultar eternamente, es el padre y debe saberlo. Además, tarde o temprano se te notará. Por cierto ¿has ido al ginecólogo? Tienes que hacer un seguimiento a ver cómo van las cosas.

—Estoy pensando en abortar —puso la mayor cara de susto que vi en mi vida y se llevó las manos a la boca, ahogando un grito. Cuando iba a decir algo, vimos que se empezaba a abrir la puerta. Puse un dedo en la boca y cara suplicante para que no dijera nada.

—Hola guapísimas —a Maribí la saludó con la mano. Seguían sin hablar el mismo idioma. Se acercó a mí y me dio un beso en la frente —Vengo a hacerle una proposición a mi chica que espero acepte. Me puse colorada ¿qué me propondría ahora?

—Os dejo a solas tortolitos. Voy a buscar a mi highlander para preparar el viaje a Madrid —me miró seria —Sofía piensa bien lo que vas a hacer, no te precipites que la acabas cagando. Ya hablaremos —estaba claro que no quería estar allí en medio de aquella situación. Sin más cogió la puerta y se fue.

—¿de qué hablaba? —preguntó Arfan.

—Nada, cosas de Maribí. No tiene importancia —estaba nerviosa y mi voz temblaba. Me iba a descubrir —¿Qué me quieres proponer?

—Quiero que viajes a Riyadh para presentarte a mi madre. Si mi padre está disponible también te lo presentaré. Es importante para mí, eres importante para mí y quiero que todo el mundo lo sepa, sobre todo tú —se quedó mirándome, suplicando una respuesta. Durante un rato no dije nada.

—Arfan, no creo que sea lo apropiado ahora mismo. Quiero acabar con esta relación y tú me propones ir a conocer a tus padres. ¿no escuchas nada de lo que digo?

—Mejor me escuchabas tú y dejas de dar pábulo a lo que te diga una pija amargada que no acepta su derrota —me agarró la mano con inusitada suavidad antes de continuar —en cuanto volví a Londres, fui a verla para decirle que estaba enamorado y que no quería saber nada de ella, nunca más. Es una mujer casada, bastante mayor que yo. Empecé a frecuentarla cuando tenía dieciocho años y poco a poco me convertí en su amante fijo. Lo nuestro era una relación exclusivamente sexual, digamos que nos consolábamos mutuamente, pero ella veía a otros hombres y yo a otras mujeres —me miró a los ojos con pasión —Por primera vez soy fiel a alguien, una joven española que me ha robado el corazón.

—¿Estás seguro? —acerté a decir.

—Nunca estuve tan seguro de algo. en toda mi vida.

—Si es importante para ti lo haré —me quedé pensativa —¿serán duros conmigo?

—No se lo permitiré, pero creo que en cuanto te conozcan quedarán tan prendados de ti como yo —me miró a los ojos —sólo tengo que pedirte una cosa que igual te molesta. Durante nuestra estancia allí, deberás poner la [Hiyab](#)—vio mi cara de desconcierto, no sabía de qué hablaba —el pañuelo que cubre el cabello y también la ropa tradicional, ya sabes nada de ropa demasiado provocativa, caminar un paso por detrás de mí, esas cosas... ¿entiendes?.

—¿Sólo mientras estemos allí? o cuando volvamos querrás que siga.

—Solo allí. Es por respeto a ellos. No cuesta nada complacerlos.

—De acuerdo. Pídele a Walter que me compre los pañuelos y la ropa que consideres más oportuna —no tenía ganas de seguir luchando. Había decidido aflojar un poco la cuerda. Vi como descolgaba el teléfono con una sonrisa de oreja a oreja.

Sé que esto no va a funcionar y quizás cuando vea que sus padres no me aceptan, se dará cuenta y me dejará ir.

—El mes que viene dormirás en la tierra de mis antepasados —me dijo al colgar.

—Está bien —no mostré demasiada emoción.

—Sigo cachondo y cabreado, ¿Qué era lo que se te había ocurrido, antes de la desagradable intervención de Erin? —se acercó lentamente hacia mí y me hizo gracia su cara lujuriosa —no se ría señorita. No se prometen cosas si no se van a cumplir —le miré intensamente y puse mi mano sobre su miembro viril, que para mi sorpresa ya estaba erecto y apretado entre los pantalones. Me coloqué de rodillas delante de él y le desabroché el pantalón. Vi como su pene, tomaba el espacio que le faltaba en aquel encierro y de una manera totalmente espontánea, lo introduje en mi boca. Nunca había hecho tal cosa. Arfan soltó un gemido que me dio alas para mover mi boca, apretando con los labios, adentro y a afuera. Notaba como su respiración se aceleraba y como instintivamente empujaba, introduciendo su pene más adentro. Era tan grande, y lo empujaba con tanta fuerza, que a veces me daban arcadas de lo adentro que se introducía. Está claro que esto no se me da bien, pero estaba dispuesta a llegar al final. Someterlo con mi boca. No me paré a pensar porque lo hacía, pero creo que era una especie de venganza.

—¡Para Sofia, me voy a correr! —no me detuve. No quería obedecer. Quería hacerle sufrir, que perdiera el control. Y lo conseguí. Noté el líquido caliente rebosando en mi boca, a la vez que

emitía un gruñido—. ¡Sofía! —gritó entre jadeos.

Vestía una túnica blanca impoluta y ese tocado que ya no me acuerdo como se llama. Estaba guapísimo y aunque nunca lo hubiera imaginado, muy sexy. Yo llevaba un vestido largo color beige, con bordados en el mismo color en los laterales y un pañuelo azul cobalto. Era elegante.

Estaba un poco incómoda porque me parecía que mi barriga ya abultaba más de lo normal, pero nadie se había dado cuenta, ni siquiera Arfan cuando me veía desnuda.

Me habían dado otra túnica negra más fina, para que me pusiera encima de lo que llevaba, cuando estuviéramos en público.

<<No mostrar, para no provocar>>.

Esa era la consigna. No había nada más machista que culpabilizar a las mujeres de los comportamientos masculinos y yo ahora era parte de ese juego.

Mire el paisaje desde la limusina, para alejar mi tristeza.

—Es todo desierto —Arfan me agarró la mano.

—Somos el pueblo del desierto. Riyadh te va a encantar ya lo verás.

—Cuéntame algo de esta ciudad —asintió con la cabeza.

—Es la [capital](#) y la ciudad más grande de [Arabia Saudita](#), situada en la región del [Nejd](#).

Está en el centro de la [península arábiga](#), en una gran meseta, como ves está rodeada de desierto pero tenemos muchos acueductos que traen agua desde el golfo.

En el casco antiguo de la ciudad está el distrito del Rey y muchos otros pueblos históricos que se han convertido en parte de la ciudad. Tuvo muchos edificios tradicionales impresionantes, pero se está recuperando el terreno para el desarrollo más moderno, proyectos gigantescos. Rascacielos.

Sin embargo, apreciamos mucho nuestras tradiciones y alguno de los edificios más antiguos, están cuidadosamente conservados. Te encantará el mercado de Battah, ya verás.

—Estoy nerviosa —me sudaban las manos solo de pensar en el encuentro con su madre. Había aceptado este viaje confiando en que todo saldría mal y sería la oportunidad para separarnos definitivamente. Sin embargo, a la vez esa idea me aterrorizaba. Yo lo amaba, a pesar de todo. Mi mente y corazón no se ponían de acuerdo y la guerra interna me estaba devorando.

—Lo entiendo. Tranquila todo va ir bien.

Entramos en un palacio y accedimos a un patio. En medio había una fuente redonda y las paredes recubiertas de bonitos azulejos pintados a mano. Bordeando la estancia, unos soportales con capiteles ornamentados con motivos florales. Me recordaba a la Alhambra de Granada, que era lo único de influencia árabe que había visitado.

Vi a una mujer esperándonos. Era más joven de lo que pensaba y muy bella, guardaba gran parecido con su hijo. Abrazó a Arfan y luego me hizo un saludo con la cabeza. Me puse muy nerviosa, me mareaba y el patio empezó a dar vueltas, me tambaleé. Noté como Arfan me sujetaba por la cintura y todo desapareció de repente. Me había desmayado.

Cuando abrí los ojos, estaba acostada en una cama y él sentado a mi lado, mirándome. Cuando me vio despierta se acercó a mí —Hola patito ¿Qué tal estás?

—Bien. Vaya entrada triunfal que he hecho ¿verdad?

—Seguro que será por el calor y la doble túnica. No estás acostumbrada, pero es la segunda vez que te desmayas en muy poco tiempo, así que he pedido a mi madre que contactara con el médico. Llegará enseguida.

—No, por favor. No es necesario. Tengo que hablar contigo —ya no había escapatoria, el médico se daría cuenta, no sabría cómo engañar a un doctor y que encima hablaba árabe. No

quería que Arfan fuese informado por él, prefería decírselo yo —Mira Arfan, no sé cómo decirte esto —hice una pausa y le miré a los ojos como pidiendo compasión —estoy embarazada de casi tres meses. Vas a ser padre, si quieres —Lo solté sin más, para no alargar la agonía. Miré su cara y estaba desenchajada.

—¿Pero cómo es posible? —reaccionó por fin —Tomamos precauciones.

—¿Te acuerdas de la ducha en el Westing Hotel, de los encuentros antes y después de volver de la discoteca y del despacho del Señor Martínez? No es verdad que siempre tomáramos precauciones, creo que en alguna ocasión nos pudieron las prisas y yo no tomaba la píldora, porque no era necesario. No mantenía relaciones con nadie —Afirmó con la cabeza. Se acordaba.

—A que te refieres con ser padre si quiero.

—Antes de venir a Riyadh, fui al ginecólogo y me dijo que estaba de once semanas y que todavía estoy a tiempo de abortar, si no queremos al niño.

—Ni hablar —me abrazó con mucha fuerza y me besó. Luego puso el lateral de su cara sobre mi barriga, como queriendo escuchar —es mi hijo.

—Lo sé, pero no estaba planeado y... —no me dejó terminar.

—No me lo esperaba, pero está aquí. Es sangre de mi sangre. Soy el hombre más feliz del mundo porque voy a tener un hijo con la mujer que amo —me abrazó otra vez, pero con delicadeza como teniendo miedo de hacerme daño.

—También puede ser una niña —sonreí

—Pues será tan guapa e inteligente como su madre —nos fundimos en un largo beso.

Sentí unos golpecitos en la puerta y al instante entro Maryam con el médico.

—Ya no es necesario el doctor —dijo Arfan con voz cantarina —Sofia está en cinta —Su madre puso una cara de asombro indescriptible.

—Pero hijo....

—Sí. Vas a ser abuela —pensé que de un plumazo había borrado mi posibilidad de decisión. ¿yo no tenía nada que decir de aquello? Al fin al cabo, si yo decidía abortar y no ser madre, nadie podía impedírmelo.

—¿Pero no estáis casados! ¿quieres que sea ilegítimo? —Dijo algunas palabras más en árabe que yo no entendí, aunque su expresión seria y algo agitada me daba una idea que nada bueno decía.

—No será ilegítimo. Eso habrá que solucionarlo rápidamente ¿verdad Sofia? En la familia habrá un nuevo sucesor al trono, con pleno derecho —su cara irradiaba felicidad, pero sus palabras me angustiaron. En una sola frase había insinuado que nos íbamos a casar y que mi hijo se iba a convertir en un príncipe. Demasiado para digerirlo en aquel instante.

—Estoy cansada, ¿podemos hablar más tarde?

—Te dejo descansar, pero hablaremos irremediabilmente —salieron los tres de la habitación.

<<¿Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora? >>

Me había quedado dormida, el embarazo me agotaba. Al despertar tenía hambre, pero no quería salir por si me encontraba con Arfan. Sabía que tarde o temprano tendríamos que tener una conversación, pero todavía no me sentía preparada.

Mis tripas no dejaban de protestar así que decidí arriesgarme. Con sigilo, para que nadie me oyera, abandoné la habitación en busca de la cocina.

Aquel palacio era inmenso, bajé las escaleras, recorrí varios pasillos y al fin encontré lo que buscaba.

Era una estancia enorme. No tenía nada que envidiar a la cocina de cualquier gran restaurante de lujo. Abrí algunas alacenas buscando pan de sándwich, pero no lo encontré. Fui a la nevera, no había nada de embutido. Recordé que aquellas personas no comían cerdo. ¿Cómo se podía vivir sin jamón Serrano y sin chorizo! Busqué un vaso y me serví leche. En la isla central había un bizcocho muy apetecible, pero no me atreví a empezarlo, así que me conformé con la leche. Lavé el vaso y lo guardé para que no se notara que había estado allí. Decidí regresar a la habitación antes de ser descubierta. Iba por un gran pasillo, con alfombras persas en el suelo que parecían carísimas, y que amortiguaban mis pasos. Eso me tranquilizaba, me ayudaba a seguir de incógnito. Detrás de una de las grandes puertas de dos hojas del lado derecho, que estaba entreabierta, oí a dos personas hablando.

Reconocí las voces inmediatamente, eran Maryam y Arfan. No pude evitar acercar la oreja para escuchar de qué hablaban:

—Háblame en inglés, así practicarás y te será más difícil expresarte con tanta vehemencia — dijo Arfan enfadado.

—No seas necio, esto es una locura —Oí decir a Maryam y eso hizo que prestara aún más atención —Escucha el consejo de tu madre. Esa chica no es lo que necesitas, no es lo adecuado para ti —él no abría la boca —vamos a ver es el truco más viejo del mundo. Te hacen un hijo y ya te tienen atrapado a ti y a tu fortuna ¿no lo ves? —entre medias decía algunas cosas en árabe que yo no entendía, pero el contexto estaba claro.

—Estás equivocada no quiere mi fortuna, ni siquiera me quiere a mí. Se lo hubiera dado todo sin falta de quedarse embarazada, pero ella lo rechazó.

—Eso es una triquiñuela hijo. Los hombres sois muy tontos, os gusta lo difícil, lo que se os resiste. Así te engatusó para atraerte a la trampa. Lanzó sus redes y tú picaste. Tienes que aprender mucho de las armas de mujer. Y está claro que esta las tiene muy desarrolladas.

—No, Sofía no es así. No la conoces.

—Por favor —suplicó Maryam —déjame demostrártelo, antes de que le pidas la bendición del matrimonio a tu padre.

—¿Y cómo se supone que vas a conseguir eso?

—Hablaré con ella a solas. Le ofreceré una ingente cantidad de dinero. Tanto que tendrá para vivir ella y tres generaciones más. A cambio, claro está, de que salga de tu vida para siempre y nos ceda la custodia del bebe. Verás cómo acepta sin pensárselo mucho. Criaré al niño según los preceptos del Islam. Ella nunca educará al bebe adecuadamente. Le apartará de la fe, de nuestras tradiciones. ¡No lo puedes consentir! —Continuó, pero volvía a hablar en árabe y no la entendía. No era necesario, había oído suficiente y me empezaron a brotar las lágrimas sin control — hablaré con tu padre, te concertará una boda con una chica de buena familia de alguna de nuestras tribus y adoptaréis al niño. Si algún día llegas al trono, tendrás a la persona adecuada a tu lado. Todo irá bien —. Antes de que Arfan contestara, empujé la puerta, los dos se giraron y al ver que

era yo se quedaron pávidos.

—Arfan, Maryam —mirando a cada uno hice un gesto de saludo con la cabeza, mientras los nombraba.

—¿has oído...? —dijo él sin poder terminar.

—Sí, lo suficiente para hacerme una composición. Ahora quiero que me escuchéis vosotros a mí —les espeté —Yo no soy una aprovechada Maryam, en eso está equivocada. Estoy profundamente enamorada de su hijo y el quedarme embarazada fue un accidente, fruto de la pasión.

—Sofía yo... —intentó decir Arfan.

—Espera déjame terminar y luego ya hablarás —estaba lanzada y quería soltarlo todo — Jamás y digo jamás, aceptaría dinero por haber cometido el pecado de dejar que su hijo correspondiera a mi amor. Y mucho menos le pondría precio a la personita que llevo en mi vientre. Es cierto, que pensé en matarla yo misma, en abortar, pero fue precisamente, porque no quería ser un contratiempo para Arfan. En el fondo de mi corazón sabía que nunca aceptarían esta situación, que yo no encajaba en su vida y quería evitarle más sufrimiento. Ahora quiero a este mocoso que está dentro de mí, porque es el resultado del amor más fuerte que jamás he sentido y sentiré. Soy afortunada por haber tenido ese privilegio. Hay gente que muere sin amar y sin ser correspondido. Por eso este niño es motivo de alegría y vida.

—Sofía... Volvió a repetir él.

—Espera un poco más, ya estoy acabando —levanté una mano como para frenarle —Le doy la razón en que yo no soy musulmana y no podré educar al niño en su fe. Sé que eso es un problema. Hace mucho que sé que la diferencia de dinero y religión, sería un problema. Se lo intenté decir a Arfan muchas veces, pero no me quiso escuchar. Y yo estaba tan enamorada... No obstante, tendré a este niño y lo educaré. Y si lo hago sola haré todo lo posible para que le eduquen en la fe de su padre, porque quiero que se sienta orgulloso de él y lo comprenda. Existen colegios, imanes, mezquitas, incluso el carnicero de mi barrio, que podrán ayudarme a complementar aquello que no pueda enseñarle. Puedo dejar de comprar jamón incluso —hice una mueca irónica y clavé la mirada en Maryam de tal forma que parecía que me salían cuchillos de los ojos, luego me giré para mirar a Arfan, esta vez con ternura —eres lo mejor que me ha pasado, de verdad. Eres un caballero, además del mejor amante del mundo, —me ruboricé un poco al decir eso delante de su madre —pero lo nuestro es imposible. Una vez me dijiste que eras quien eras, y eso no podías cambiarlo —empezaron a brotar lágrimas de mis ojos sin control —No quiero que le pidas la bendición a nadie, porque no nos vamos a casar. Te mereces una preciosa mujer árabe que sea del agrado de tus padres y digna de un príncipe Saudí. Mi mayor angustia, y lo sabes, era verte con otra mujer, ahora te lo imploro. Renuncio a ti, rehaz tu vida como debe ser, como tus padres han planeado. Como se merece quien eres, un hombre del desierto ascendente al trono. Busca a una mujer obediente, que sepa adaptarse a tus necesidades, que sepa aceptar tu criterio sin replicar. Es lo que necesitas y lo que te mereces. Ahora crees que yo soy esa persona, pero no es cierto. Sabes que yo jamás me adaptaré. Soy una mujer adulta, occidental y con criterio propio. No soy lo que necesitas.

—Sofía déjame hablar —añadió Arfan.

—Sólo un momento y ya termino —Le miré intimidante —Soy una chica de barrio, este cuento se terminó. Quiero que me lleven a Madrid. No me sigas, no me espíes. Cuando nazca el bebé, haré que te avisen. Si quieres escoger su educación, ponerle un asesor, un asistente lo que sea, no te lo impediré. Podrás verlo siempre que quieras, pero preferiría que no llevara tus apellidos.

—¡Es mi hijo, no me puedes pedir eso! —gritó.

—No quiero que sea el hijo ilegítimo de un príncipe y la deshonra de tu familia, y si lo piensas seguro que tú tampoco. Es mejor que sea el hijo de una madre soltera que se desvivirá por él, aunque llegado el momento ya nos ocuparemos de eso —lo volví a mirar —Creo que no tengo nada más que decir —me dispuse a marcharme.

—Dame una oportunidad —imploró Arfan agarrándome del brazo.

—Lo hemos intentado varias veces y no funciona. No veo la solución.

—Déjala que se marche —dijo Maryam. Arfan agachó la cabeza y me soltó.

—Un placer conocerte Mayam —me fui llorando escaleras arriba.

LAS SOMBRAS

Estaba desolado con lo que acababa de ocurrir. Sentía que el corazón se me había roto en pedazos. Todos los temores de Sofía se habían cumplido, se los había oído decir a mi madre. La otra mujer que más amaba.

Maryam, me había arrancado de un plumazo toda posibilidad de ser feliz. Me había quitado a mi mujer y a mi hijo, con una frialdad que jamás imaginé.

Le había prometido a Sofía, que jamás dejaría que nadie le hiciera daño y contemplé impasible como, mi propia familia, sangre de mi sangre, le destrozaba el corazón.

Intenté hablar con ella, pero no me dejó.

La oía llorar en la habitación a través de la puerta.

Me rendí, no soportaba verla sufrir.

Hice lo que me pidió, ordené que la llevaran a Madrid y se fue sin despedirse.

Loco de ira busque a mi madre.

—Maryam, me has destrozado la vida —le dije cuando Sofía se había ido.

—No, te he salvado. Te recuperarás y en un mes será un bonito recuerdo. Respecto al niño, contrataré a los mejores abogados del mundo. En cuanto nazca estará en Riyadh con su familia.

—No quiero que hagas nada más. Si contratas, abogados o la molestas de alguna manera, te juro que no me volverás a ver en la vida —noté como mis ojos se inyectaban en sangre.

—Algún día me darás las gracias.

—Algún día pedirás perdón —salí corriendo.

Encolerizado, cogí un todoterreno y me fui al desierto para intentar soltar adrenalina y pensar. Iba sin control, tan rápido que el coche volaba al salir de las dunas.

<<Soy estúpido>>.

<<¿Cómo no pude verlo venir?>>.

No estaba preparado. Las cosas se habían desarrollado demasiado rápido. Nunca había pensado en tener una novia formal. Sabía que con el tiempo tendría que buscar esposa, pero aún era pronto. Imaginaba, que llegado el momento, cuando no aguantara más las presiones de la familia, buscaría una chica saudí, abnegada, fiel a las costumbres y virgen.

Jamás pensé en una chica occidental, moderna, liberal y desahogada.

A ellas las quería para otra cosa. El sexo me gustaba y podía practicarlo sin remordimientos con ese tipo de chicas. Nunca las tomaba en serio. No podían ofrecerme lo que mi mente ansiaba encontrar.

Soy un hombre frío y calculador. No me dejó llevar por las emociones. La capacidad de autocontrol que poseo me ha ayudado mucho y ha sido mi gran baza para triunfar en los negocios. Nadie me doblega, nadie consigue de mí algo que yo no haya previsto previamente.

<<Nada queda al azar y la improvisación>>.

Sin embargo, con Sofía era distinto. Desde que entró en mi vida todo se había descontrolado. Se había precipitado con ella por las escaleras aquel día que nos conocimos. Desde entonces no podía prever cual sería el siguiente movimiento. Mi vida se había vuelto imprevisible y más si ella no estaba a mi lado. La necesitaba como quien necesita respirar.

<<Nada era lo mismo sin ella>>.

Su presencia daba sentido a mi vida, porque por primera vez me sentía vivo de verdad. Ya no era un autómatas, podía divertirme de verdad, enfadarme de verdad, sufrir de verdad y anhelar de verdad, su próxima caricia, su próxima sonrisa, su próxima mirada, hasta su próxima regañina.

Sofía lo había desordenado todo. Había sembrado el caos, un caos sin el que ya no podía estar.

A ninguna otra le había consentido lo que a Sofía. La imposición de su personalidad, su resistencia a obedecer, su imposibilidad de acatar, sin pasarlo antes por su tamiz para saber si le satisfacía.

Esa obstinación por hacerse valer, me había cambiado. Había aprendido a valorarla aún más, a tener en cuenta cada una de sus necesidades, incluso por encima de las mías. No podía tratarla como a una mujer cualquiera. Era única.

Y el sexo. Jamás he gozado con una mujer como con ella. Tan tímida e inexperta en algunos momentos; tan lanzada y arrebatadora en otros. Simplemente era imposible aburrirse. Estaría dentro de ella todo el tiempo. Disfrutando de su humedad mágica a la mínima caricia, de sus gemidos incontrolados, de su rubor vergonzoso en las mejillas, de sus pezones ávidos de tacto y de sus orgasmos envolventes que me arrastraban al placer como una ola.

En esa anarquía, se había añadido un elemento más. Ahora iba a ser padre.

<<Voy a ser padre>>.

Mis ojos se llenaban de lágrimas. La rabia y la tristeza me dominaban a partes iguales. Sentía los sollozos de Sofía clavándoseme en el corazón y sus palabras, sus duras palabras, cargadas de desilusión y dignidad.

No estaba atento al desierto. Vi una piedra entre la arena, pero demasiado tarde para esquivarla. Hice un movimiento brusco con el volante que me hizo volcar. Sentí un fuerte dolor y todo se volvió negro.

Cuando abrí los ojos estaba en la cama de un hospital. Tenía un fuerte dolor de cabeza.

Miré alrededor y vi a Maryam, sentada enfrente. Se levantó rápidamente al verme despertar.

—Hola Arfan. ¡Vaya susto nos has dado! —Quise incorporarme, pero al intentarlo el dolor de cabeza se hizo muy intenso.

—Márchate, no quiero verte —dije con dureza, intentando controlar el dolor.

—Pero hijo, yo... —no la dejé terminar.

—¡Te he dicho que te marches! —cerré los ojos para no verla. Oí como se cerraba la puerta y luego se volvía a abrir. No quería tenerla cerca.

—No voy a hablar contigo Maryam. Déjame en paz.

—Arfam, soy yo, tu padre —Miré y allí estaba el rey.

—Buenas Alteza —intenté incorporarme.

—No te muevas, tienes una fuerte conmoción. De esta no te mueres, pero si lo sigues intentando así, lo conseguirás —hizo una pausa —Debes amarla mucho ¿no es cierto?

—La amo, más que a mi vida y la he perdido.

—Paciencia. Ha sufrido una decepción y está embarazada. Sus hormonas están muy alteradas. En un tiempo, conquístala otra vez. Yo aprobaré lo que hagas y desde luego te doy mi bendición para casarte. Yo he amado a cada una de mis mujeres y no siempre he tenido la aprobación de mi padre. Aunque no sea musulmana, lleva en su vientre a mi nieto y eso es suficiente para que esté junto a ti.

—Es tarde, ella no quiere estar a mi lado —lo pensé un momento —Es diferente. Es dura, es

exigente e inflexible y para mi sorpresa, es una de las cosas que más me gustan de ella. Tiene una personalidad arrebatadora y siento que cuando está a mi lado, no debo dar las cosas por supuestas. Me ha enseñado a ver el mundo de otra manera, padre —tragué saliva, mientras el Rey escuchaba atento —todo lo vivo de distinta manera a su lado y me sorprende al ver el mundo a través de sus ojos y por eso soy consciente, que ella no me necesita. No es ese tipo de mujeres. Se las apañará estupendamente sin depender de nadie —agaché la cabeza y respiré hondo.

—Si te ama, cambiará de opinión. Te voy a contar algo que tú no sabes —cogió una silla, la acercó a la cama y se sentó —Me enamoré profundamente de tu madre, sólo deseaba casarme con ella.

—Y así lo hiciste —era obvio.

—No de primeras. Mi padre no me dio la bendición, porque Maryam pertenecía a una familia con la que estaba enemistado y su familia tampoco estaba muy conforme, no solo por eso, sino porque no querían que fuera la segunda esposa, aunque fuera el futuro Rey y la dote les hiciera obscenamente ricos.

—¿Y qué hiciste? —pregunté intrigado. Ya sabía que finalmente se habían casado.

—Seguí insistiendo y mi padre dio el brazo a torcer cuando ella quedó embarazada de ti. La familia de Maryam, ante la deshonra que suponía que su hija tuviera un bebe sola, juró a mi padre lealtad, prometió que le apoyarían y le servirían de por vida si consentía el matrimonio. Los hijos siempre son una bendición. Y tú antes de nacer, conseguiste que pudiéramos estar juntos y que dos familias enfrentadas se juraran lealtad.

—Esto es distinto. Ella jamás dará el brazo a torcer. Es muy tozuda. Es española.

—La sangre española está mezclada con la nuestra desde hace siglos. Las mujeres de ambos pueblos, son como los caballos salvajes. Casi imposibles de doblegar, solo las manos más expertas saben domarlos. Aprende a tratarlos y te seguirán toda la vida.

—Gracias padre —estaba cansado, pero agradecía su apoyo.

—Ese niño será también un buen corcel. El amor profundo es la mejor mezcla para conseguir un buen semental. Haz lo que tengas que hacer para que lleve nuestros apellidos. Eres un digno hijo de tu padre Arfan —me besó en la frente —Que Ala te proteja —y se fue.

El médico me dio el alta hospitalaria por la conmoción a las setenta y dos horas. Decidí volver a Londres, allí me encontraría mejor. No me despedí de mi madre, no quería ni verla delante. Le había jurado obediencia y respeto, pero su comportamiento me había herido demasiado, aún no estaba preparado para perdonarla.

No entendía como mi madre, que tuvo que luchar por su amor, que se había visto sola y embarazada como Sofia, podía haber sido tan fría con ella.

Volví a mi casa, pero no conseguí la tranquilidad que esperaba, me sentía vacío. Todo me la recordaba. Mi habitación aún conservaba su perfume, en el armario había prendas suyas que me retrotraían a momentos inolvidables. No dejaba de mirar el cuadro que me regaló y que había dibujado con sus propias manos.

«Es precioso».

Estoy seguro que podría triunfar pintando.

Tampoco dejaba de escuchar el cd de aquel cantante español, que acariciaba los sentidos. En concreto la canción que me puso la primera vez en el coche. Había mandado que me la tradujeran literalmente al inglés, y no podía creer como encajaba la historia, parecía que hablaba de Sofía y de mí. Allí donde miraba había algo relacionado con nuestra vida juntos.

Llamé a Robert, necesitaba hablar con un amigo.

—Hola Príncipe —contestó.

—Estoy destrozado Robert —le conté lo del embarazo de Sofía. Él ya lo sabía, se lo había adelantado Maribi. Le conté todo lo que había ocurrido en Riyadh con mi madre y la conversación con mi padre. Me puse a llorar.

—Lo siento Arfan —dijo él —Eres mi mejor amigo y me gustaría verte feliz. Como lo estoy yo. Las españolas son increíbles.

—Lo son —suspiré —cuéntame que tal con Maribí. Qué sólo hablo de mí. Soy el amigo más tostón del mundo.

—Estoy enamorado. Es la mujer de mi vida. Podría decirte mil virtudes, pero resumiendo es bella, briosa, con carácter, divertida, ingeniosa, digna y un volcán en la cama, pero a la vez es toda bondad, abnegada y fiel. Sin lugar a dudas, una yegua pura sangre.

—Coincides con mi padre al definir a las españolas. Dijo que eran caballos salvajes —suspiré hondo —Me alegro por ti Robert. Por fin has encontrado la horma de tu zapato —la tristeza me embargó. Pensé que todos esos adjetivos también le encajaban a Sofía.

—Nunca en mi vida he sido tan feliz. Es más, siéntate —dijo entre carcajadas —Hoy le he pedido matrimonio y ha aceptado. ¡En unos meses nos casamos!.

—Es una gran noticia —dije sin mucho entusiasmo.

—A mi futura esposa y a mí, nos haría muy felices si aceptas ser el padrino de nuestro enlace.

—Será un honor amigo —sabía que Robert no tenía padre y sabía por Sofía, que Maribi no tenía contacto con el suyo. Se había fugado con la secretaria de su empresa, dejando a su madre y a ella en la más absoluta miseria. La madre de Maribi era una mujer coraje, que encadenaba trabajos de limpieza para sacar adelante a su niña. Entonces sentí un estremecimiento —¿Sofía irá a la boda?

—Aún no lo sabemos. Vamos a hablar con ella, pero en su estado y después de lo que ha pasado entre vosotros...veo pocas posibilidades.

—Le he destrozado la vida, por no escucharla a tiempo.

—Recomponte. Búscala y amala. No dejes pasar este tren amigo. Le diré a mi chica que la ablande un poco.

—No, ella siempre me echó en cara que la asfixiaba. Esta vez, será distinto —suspiré —Quise protegerla y, sin embargo, le he hecho mucho daño, no supe ver las cosas venir. Puro egoísmo, supongo. Respetaré su decisión, lo haré, aunque se me vaya la vida en el intento —noté como me corrían las lágrimas por la cara —Hasta pronto amigo —me despedí y colgué.

A partir de ahí, entre en una vorágine de decadencia. Salía todas las noches. Me tiraba a todo lo que veía, sin sentir el mínimo placer. Empecé a beber y hacía correr los gramos de cocaína sin control en las orgías que organizaba. Nunca encontraba el momento de volver a casa. Acababa despertando en cualquier tugurio o en la casa de cualquier fulana.

Me había convertido en una sombra, en aquello que había escuchado Sofia en la tele. Drogadicto, bebedor, y un adicto al sexo. Pero nada me llenaba. Cuanto más hacía esto, más vacío me sentía.

Vagaba por la vida como un perro abandonado. El único contacto que conservaba, era el de Robert. Me llamaba a menudo. Estaba preocupado por mí. No era para menos, yo ya no era Arfan, era un fantasma, una caricatura grotesca de lo que un día fui.

Por volver a estar con Sofia, dejaría que me encadenara y me tratara como un animal, que me azotara. Me convertiría en su esclavo. Lo que fuera por estar cerca de ella. Mi amor, tenía miedo de convertirse en mi sumisa y ahora, yo desearía serlo de ella. Me arrodillaría y le besaría los pies. Aceptaría cualquier cosa que ella me ordenara. Dejaría de respirar si me lo pedía. Sofia no sabía el gran poder que tenía sobre mí.

En muchas ocasiones, me daba la impresión que se sentía insegura a mi lado, le apabullaba mi dinero y mi posición. Si hubiera sido un hombre normal, ahora estaríamos juntos, pero yo no quise renunciar a nada, lo quería todo y me equivoqué.

Alguna vez mirándome al espejo, ojeroso y demacrado recordaba la descripción que mi patito hizo de su padre. Me estaba matando. Consumiéndome poco a poco de pena. Como él, había perdido el amor de mi vida, había perdido la razón para seguir viviendo y no la volvería a recuperar. No quería volver a reconquistarla, ni siquiera intentarlo. Era mejor para ella que me mantuviera lejos. Sólo le había proporcionado dolor y humillación. Nunca debería haber ido en su busca, tendría que haberla protegido de mí y de mi entorno, pero en aquel momento no pude evitarlo, el deseo de tenerla pudo más.

Ahora sería fuerte, la dejaría en paz, aunque en el intento perdiera el juicio.

LA REDENCIÓN

En Madrid estaba sola. Maribi había dejado el trabajo y se había instalado definitivamente en Londres con Robert. Se habían comprometido y se iban a casar en tres meses. Me alegré mucho por ella, pero la echaría de menos.

Al final, mi relación con Arfan iba a traer grandes cosas, una nueva vida y la boda de mi amiga querida.

Sonó Alejandro Sanz —tengo que cambiarle esta melodía porque ya pertenece al pasado, pensé.

—Hola Maribi.

—Hola princesa —dijo alegremente.

—¿Lo de princesa es de broma o quieres flagelarme? —comenté divertida.

—Jolín, perdona, no me di cuenta —solté una fuerte risotada.

—No me digas que en Londres has perdido el sentido del humor.

—Aquí he perdido todos los sentidos. No estoy en el séptimo sino en el octavo cielo.

—Me alegro mucho. Robert te hará muy feliz, estoy segura. Por fin has encontrado al hombre que te mereces.

—¿Has pensado ya en mi proposición? —apostilló cambiando de tema.

—Cuando te cases estaré de seis meses. ¿de verdad quieres una fea y barrigona embarazada en el altar?

—Tu nunca estarás fea ni, aunque te pongas una mesa camilla encima.

—Te echo de menos Maribi, estoy algo sola por aquí.

—Pues vente a Londres. La casa de Robert es muy grande y sus propiedades en Escocia más. Podrás escoger donde vivir. Nosotros cuidaremos de ti.

—¿Quieres que pase de ser mantenida por un príncipe árabe a serlo por un noble escocés? No es buena idea.

—Ya sabes que aquí tienes tu casa cuando la necesites —dijo con un tono triste, poco habitual en ella.

—¿Sabes algo de él? —Carraspeó y se quedó callada —¿me has oído?

—Robert está preocupado, no le vemos nada. Está llevando muy mala vida Sofia.

—Cuidad de él. Es un buen chico. Que lo nuestro no haya funcionado no quiere decir que no se merezca lo mejor.

—No me has contestado. ¿Vas a ser mi madrina? Me harás inmensamente feliz —dijo volviendo a cambiar de tema.

—¿No debería ser Rosario? —sabía que los padres de Robert habían muerto en un accidente de tráfico hacia unos años, pero ella aún tenía a su madre.

—Se lo he propuesto, no te voy a engañar. Ella dice que no se siente cómoda en ese ambiente, que no sabría cómo comportarse y que no sabe inglés. Prefiere estar en un segundo plano. Piensa que va a avergonzarme. Ya sabes cómo es, no he tenido manera de convencerla de lo orgullosa que estoy de ella y lo que le debo. —suspiró.

—Sabes que no quiero verlo, y él estará en la boda..

—No estés tan segura de que venga al enlace. Ahora anda en otros ambientes, no es el hombre que conociste.

—Está bien, me has convencido. No dejaré que mi mejor amiga esté sola en el altar, por ti haría cualquier cosa, te lo mereces —oí un grito emocionado —Acepto. Ya veré como lidio con la situación si le veo.

El tiempo estaba pasando lentamente. Había intentado conseguir un trabajo, pero en mi estado fue imposible. Vivía con un subsidio que me había concedido la comunidad de Madrid.

Conseguí armarme de valor y elegir una muestra de mis lienzos y enviársela a Sir Hamilton, aunque con pocas esperanzas de que eso llevara a alguna parte.

Para no pensar, me había apuntado a un curso a distancia de protocolo. Cuando tuviera a mi pequeño sería útil para retomar la búsqueda de empleo. Quería encontrar un trabajo mejor que el de camarera.

No supe mucho más de Arfan. En alguna revista que veía en la peluquería, le relacionaban con una chica u otra. Todas Barbies rubias. En alguna que otra foto salía la arpía de Erin, cerca de él. Seguro que no tardó mucho en volver a meterse en su cama, si es que realmente alguna vez había salido. Arfan era una belleza, pero no tenía buen aspecto en las imágenes se le veía apagado, muy ojeroso.

A veces me preguntaba qué hubiera pasado, si nuestra historia hubiera transcurrido como la de mis padres. Él había renunciado a todo por amor. Había abandonado su posición social y a su familia. A cambio fue enormemente feliz al lado de mi madre y permanecieron juntos para siempre, hasta que la muerte les separó. Nunca hubo resentimiento por lo perdido, ni reproches, siempre tuvieron claro que habían tomado la decisión correcta.

En nuestro caso era distinto, no hubiera permitido que Arfan renunciara a sus privilegios por mí, aunque tampoco me lo había propuesto. No todas las historias son iguales y la nuestra estaba avocada al fracaso desde el principio. Únicamente funcionaba entre las paredes de una habitación, cuando estábamos solos. Fuera de allí, todo se desmoronaba.

Como me había dicho Erin, yo no encajaba en la vida de Arfan, solo hacía el ridículo. Si le hubiera hecho caso, me hubiera ahorrado el mal trago de Riyadh.

Así estaban las cosas y era hora de pasar página y centrarme en lo verdaderamente importante. Esta vez no había sitio para la tristeza, debía estar bien para la llegada de mi hijo. Estaba decidida a ser una gran madre, tan luchadora como la de Maribi y tan estable como la mía. Dos mujeres bandera, muy distintas entre sí, pero inasequibles al desaliento. Nunca dejaron que los problemas las vencieran y yo haría lo mismo.

Para empezar, faltaba un mes para la boda del highlander y la de Lavapiés. Todavía no había comprado el vestido de madrina. Estaba segura que, con aquella figura en aumento, no iba a encontrar nada que me quedara bien, pero lo importante era estar presentable para acompañar a mi amiga.

Aprovechando que tengo que ir al centro, al ginecólogo, para la revisión de los cinco meses, miraré algún trapito. Algo barato porque con mi miseria de salario, estaba tiesa de dinero.

La consulta del ginecólogo era fría. Estaba tumbada, con una bata de papel azul, mientras el Doctor Vega, me hacía la ecografía. Me parecía que tardaba mucho y me ponía nerviosa, pensando que había algún problema. Al fin posó el aparato, desplazó su silla con ruedas hasta posicionarse en un lugar donde tuviera ángulo visual conmigo.

—El embarazo marcha perfectamente. El bebé crece muy bien, las medidas son correctas y tú no has engordado más que lo estipulado para este mes.

—Muchas gracias doctor. Es un alivio.

—Sofía, ¿quieres saber el sexo?

—¿Se puede? —me puse muy nerviosa.

—Hoy lo he visto claramente en la ecografía ¿quieres?

—Si —dije escuetamente.

—Es un varón —me lo soltó sin filtros, como quien dice algo sin importancia. Una sonrisa se dibujó en mi cara.

—Puedes vestirme. Nos vemos el mes que viene. Cuídate.

—Lo haré doctor.

Salí como flotando de la consulta. Me tocaba la barriga y sonreía —¡Eres un niño, eres mi niño! —le susurré— Tengo que buscarte un nombre, ¡ahora mismo!.

No sé cómo pude si quiera plantearme perderte. Ahora pienso en mi madre conmigo dentro, y lo que me quiso. Yo siento lo mismo, espero estar a la altura, darte la misma paz y cariño que ella me dio a mí.

Me senté en la terraza de un café, saque el móvil y aprovechando el Wifi gratis, teclee en google: Nombres árabes de niños. Salieron muchas entradas y me puse a buscar. Al cabo de una hora ya me había decidido. De repente alguien me agarró del hombro por detrás. Di un salto en la silla y me giré. ¡Era Pablo!.

—Hola Sofia. ¡Coño estás embarazada! —exclamó abriendo los ojos como platos al ver mi barriga —¿Es de Toni? —no pude evitar soltar una carcajada.

—Pues mira que estás tú desconectado. No tengo ni idea donde está Toni y este niño no es suyo, por supuesto.

—¿Puedo sentarme? Te invito a otro café.

—Claro pero descafeinado.

—De acuerdo —llamó al camarero y pidió lo que le había solicitado para mí y uno con leche para él.

—¿Cómo te va Pablo? —le dije por cortesía.

—Bien, estoy sacando buenas notas en la carrera, aunque me mato a estudiar. Sabes —hizo una pausa para asegurarse de que le prestaba atención —echo de menos a Maribi.

—Pero ella me había dicho que tenías otra novia —me sorprendió que se acordara de mi amiga después de como la había echado de su lado.

—Sí, pero no es lo mismo. No me cuida como Maribí. Sólo piensa en ella, en sus necesidades, y yo que... —en su cara se dibujaron mohines como si fuera un niño pequeño.

—Vamos que echas de menos a la chacha, después de haber saciado la libido —«serás capullo».

—Venga Sofia...no seas tan dura, no es así...me equivoqué...solo eso —me dedicó una sonrisa para congratularse conmigo.

—Pues las equivocaciones se pagan, te lo digo yo por experiencia —relajé mi tono, se me notaba mucho lo enojada que estaba —Tenía entendido, que Maribi no estaba a la altura de tu caché.

—Bueno un poco simple es, para que lo vamos a negar, pero la echo de menos —vació el azúcar en el café que nos acababan de servir y pegó un sorbo —Dime cómo puedo localizarla, porque en su casa no está.

—Mira —eché con muy mala leche el azúcar a mi descafeinado, desparramándose la mayoría por la mesa —el simple eres tú. A mi amiga no le cabe el corazón en el pecho. Te amó muchísimo y tú la ninguneaste —estaba a punto de saltar y aporrearle.

—Me perdonará. Siempre me lo consiente todo —su cara denotaba seguridad —Tú solo dime como encontrarla y déjame el resto a mí.

—Tú queridísima Maribi, está en Londres —pegué un sorbo al café, que me resultó terriblemente amargo.

—¿Y qué narices hace en Londres?, si ni siquiera sabe hablar inglés —torció levemente la boca y soltó un ruidito a modo de sorna.

—Subestimas demasiado a tu exnovia. No sabes lo que tenías entre manos —hice una pausa para darle más misterio y dramatismo a la cosa —tu poco valorada Maribí, está a punto de casarse con un joven y millonario escocés del que está enamoradísima y que la adora —pegué un golpecito en la mesa, que hizo que parte de mi café saltara de la taza sobre el platillo que tenía debajo —Así que chico, mala suerte y, busca otra tonta que te lama las heridas —«chúpate esa» Me levanté y me fui sin mirar atrás dejándolo con una cara de tonto que me arrancó una carcajada de bruja.

Acto seguido, busqué en contactos y llamé:

—Buenos días —oí contestar en inglés.

—Anda, mira mi chica de barrio como domina idiomas —solté una carcajada, me sentía especialmente feliz.

—¡Sofía! ¿Qué pasa? ¿ya has escogido modelito?, mándame foto por favor.

—Voy ahora a ello. Si compro algo, luego te mando un selfie —miré para atrás para asegurarme que ya no estaba en el campo de visión de Pablo —Te llamaba para contarte unas cosas importantes.

—Dime ¿me tengo que asustar?

—No, No —le conté la conversación con Pablo y podía notar a través del teléfono como disfrutaba.

—Gracias Sofía. Eres mi heroína. Me hubiera gustado estar presente para ver su cara.

—Ahh, se me olvidaba con la emoción. El sexo de mi bebe, ya lo sé, y también como voy a llamarlo —pegó un grito que casi me deja sorda —Robert ven, escucha esto. Neni te pongo en manos libres.

—Hola Robert. Soy Sofía. Vengo del ginecólogo voy a tener un niño varón. A partir de ahora voy a llamarlo Namir, que en árabe significa: Hombre de buen corazón, puro y querido. Entenderéis porqué ¿verdad?

—Si lo entendemos —comentó Maribi con un nudo en la garganta.

—Bueno os dejo que tengo un vestido de madrina que comprar.

—Ciao. Nos vemos pronto.

Fui directa al Corte Inglés. Rebusqué en saldos y encontré un vestido largo de crepé, con caída desde los tirantes que no marcaba la cintura. El fondo del vestido era ocre claro y por delante llevaba unas rayas intercaladas en forma diagonal verdes y marrones. Lo probé y me quedaba bastante bien dadas las circunstancias. Estaba rebajado al cincuenta por ciento, lo que lo dejaba a un precio asequible para mí. Compré también unas sandalias con tacón de salón que combinaban. A esto le añadiré los pendientes que me regaló Arfan —suspiré —un bolso y todo arreglado. Me dije a mi misma.

Por fin he terminado y puedo irme a casa. Tenía los pies hinchados y estaba cansada. Al entrar en el portal sonó en mi móvil la melodía Nothing's gonna change my love for you, interpretado por [George](#) Benson. ¡No podía ser! Ese era el tono que le había asignado a Arfan. A él, le encantó cuando se enteró de que le había escogido esa canción para su contacto. Encajaba como anillo al dedo...La melodía seguía sonando. << Que hago ¿contesto?>> Pensé un segundo.

—Hola Arfan. —sentí como se ponía a llorar.

—No me pellizques por favor —le oí decir entre sollozos.

—¿Estás borracho?

—Estoy algo más que eso. Me estoy consumiendo por la pena.

—Arfan... —no sabía que decir.

—Ayúdame —colgó.

Me puse a llorar. Acaricié mi barriga <<Era tu padre Namir. Creo que debemos hacer algo por él>> —Cogí de nuevo el teléfono y llame:

—Buenos días —Volví a oír en inglés.

—Hola Maribi. Tengo que pedirte un favor —estaba algo agitada y se me notaba en la voz.

—Lo que quieras —me contestó sorprendida.

—Debo resolver una cosa en Londres. Ya te contaré porqué, pero no tengo dinero para el billete ¿podrías ayudarme?

—Por supuesto, ahora mismo hablo con Robert.

—Ok.

Tras hablar varias veces con ellos para arreglar el pasaje, metí todas mis cosas en una maleta y me tumbé un rato << Hijo mañana partiremos a Londres a primera hora. >>

En el aeropuerto me esperaban mi amiga y su futuro marido.

Me dieron dos besos y Robert recogió mi maleta.

—¿Qué ha pasado Sofia? ¿Por qué esta urgencia? —me preguntó Maribi.

—Tengo que encontrar a Arfan —Los dos me miraron sorprendidos.

—Ayer me llamó. Está en un estado deplorable. Tengo que encontrarle. ¿me puedes ayudar en eso Robert?

—Sí, yo sé dónde está. Estoy muy preocupado —movió la cabeza a modo de negación en señal de desaprobación —. No sabía nada de él y ya no me cogía el teléfono. Así que hace una semana contraté un detective privado para que lo localizara.

—Pues llévame allí inmediatamente.

—Verás, lleva dos días en un tugurio no muy recomendable. No es un lugar adecuado para una mujer embarazada.

—Por favor, llévame allí ahora mismo —no dijo nada más. Montamos en el coche y arrancó.

Según avanzaba por las calles, vi como cambiaba la fisonomía de la ciudad. Las casas cada vez eran menos lujosas, las calles parecían más sucias. Cuando el coche se detuvo estábamos en un barrio, yo diría que marginal, que no conocía para nada.

—Es aquí —dijo Robert —¿puedo convencerte de que no entres?

—No —dije tajante.

—Pues te acompañare.

Ambos entramos en el local. Era oscuro, apestoso, no podía figurarme a Arfan en aquel lugar tan horrible. Si un día me pareció que desentonaba en el japonés de mi barrio, era imposible imaginárselo allí, ¿cómo habría acabado en un lugar así? Robert se adelantó a mí dirigiéndose a la barra, mientras yo esperaba en la puerta. Habló con el camarero y vi cómo le daba un billete. El hombre le señaló unas escaleras, mientras me miraba de arriba abajo deteniéndose en mi barriga. Robert me hizo una seña y subimos las escaleras. Llegamos a un pasillo más sucio aún que la zona de abajo. Estaba casi en penumbra. No me atrevía a acercarme a las paredes de la mugre que tenían. Recorrimos aquel apestoso pasaje hasta el fondo donde se divisaba una puerta. Robert sacó un pañuelo, lo puso alrededor del pomo y empujó con cuidado hasta abrirla.

Lo que vimos dentro era desolador.

En el suelo había un jergón roto, rodeado de botellas y restos de cosas, que no quise ni mirar. La peste era terrible. Allí tirado, boca arriba, estaba Arfan.

Tenía manchas de orín en su pantalón vaquero, desabrochado y toda la camiseta vomitada. Solté un ahogado grito al verle.

No sabía si estaba dormido, desmayado o muerto. Tenía tan mal aspecto que tranquilamente podría estar muerto.

Entré y me agaché a su lado apartando como pude la basura. Me daba igual. Tenía que sacarle de allí. No era momento para los escrúpulos. Le agarré por los hombros y empecé a sacudirle.

—Soy Sofia, despierta —no respondió.

—Venga Arfan, ayúdame un poco, tengo que llevarte a casa —le susurré al oído, como hacía con mi padre —Entonces abrió los ojos, me miró, me dedicó una sonrisa y volvió a cerrarlos. Le abroché los pantalones, sin que ni siquiera reaccionara al contacto —Robert, ayúdame a levantarlo. Nos lo llevamos.

Cuando Maribi nos vio salir del local, puso cara de asombro y se llevó la mano a la boca.

—¡Dios mío de mi vida!, ¡pero sí que está mal!

Fuimos directos a la casa de Arfan, buscamos las llaves en su pantalón y entramos con él a rastras. Walter, que sintió la llave en la cerradura, acudió raudo y ayudó a Robert a subirlo a la habitación y meterlo en la bañera. Le vestimos y le tumbamos en su cama. No despertó en todo el tiempo. Era como amortajar a un cadáver. Sabíamos que respiraba, pero nada más.

—Gracias por todo. Ahora ya me encargo yo. Vamos a dejarlo dormir para que se despeje.

—Gracias a ti Sofía. Si no llegas a intervenir lo perdemos —dijo Robert dándome un beso en la mejilla.

—Te llamamos mañana a ver cómo va, ¿vale? —comentó Maribi y me dio otro beso.

—Estaremos bien, no os preocupéis —estaba tranquila, ya había pasado por situaciones así con mi padre y sabía cómo actuar —buenas noches.

—Ciao.

Les acompañé abajo y tras despedirlos, tomé un vaso de leche y unas galletas, que Walter me había preparado. Me miraba con cara triste, compungido, mientras me veía comer.

—¿Cómo se encuentra señorita? —dijo por fin.

—Bien, gracias. Algo gordita pero en forma —le dediqué una sonrisa y el me respondió con otra. Algo quería decirme pero su prudencia se lo impedía —¿Qué pasa Walter?.

—Nada. Es que...no. No es nada —dio media vuelta e hizo ademán de marcharse.

—Venga hombre somos amigos ¿no? —me miró sonrojado —dime lo que quieras.

—Quería decirle que se la ha echado de menos —tragó saliva —el señor ha estado muy triste y yo también —suspiró —él la necesita a su lado.

—Lo sé, lo sé —sabía que le estaba resultando muy difícil decirme aquello. Me levanté y le di un abrazo —Gracias por cuidar de él. Eres más que su asistente.

—Es un buen hombre. Él la quiere mucho, nunca le he visto así por nadie y menos por una mujer. Dele una oportunidad —volvió a tragar saliva —Me rompe el corazón verlos así.

—Tranquilo. Estoy aquí y cuidaré de él —le solté y le miré a los ojos. Desprendía ternura. Apreciaba realmente a su jefe.

—Gracias señorita —se dio la vuelta y se fue.

Arfan era afortunado de tener a Walter de asistente.

Fui a la habitación y me senté en un butacón que puse a los pies de la cama. Levanté las piernas y las extendí encima del edredón. Estaban hinchadas.

De vez en cuando Arfan se movía intranquilo y decía mi nombre.

<<Sofía>>.

<<Sofía>>.

Luego hacía un sonido lastimero y se volvía a quedar callado.

«Mira Namir este es tu papa. Hasta en estas condiciones es una belleza, como lo serás tú. Ahora vamos a descansar que mañana será un día duro. Buenas noches» —Estaba agotada. Cerré los ojos y me quedé dormida.

Me desperté cuando la luz del sol me dio en la cara. Abrí los ojos y ahí estaba él sin decir nada, mirándome.

Yo tampoco dije nada.

—Hola —comentó por fin —¿has venido?

—Me pediste ayuda y aquí estoy. ¿Cómo estás?

—No lo sé. Creo que estaba perdido, pero ahora me acabo de encontrar —Entonces miro para mi barriga —¿Cómo estás tú?

—Bien, como podrás observar más pesada que la última vez que me viste —intente reírme, pero me salió una mueca rara.

—Estás preciosa —dudo un momento —¿Cómo está mi hijo?

—Pues tienes razón, tu hijo, porque es un varón —sonrió e hizo el ademán de saltar de la cama para besarme. Le eché tal mirada que se contuvo —Ya tiene nombre ¿sabes? Hablo mucho con él.

—¿cómo se llama? —preguntó mirándome a los ojos.

—Namir —Al oírlo, una lágrima le brotó del ojo y se precipitó por su cara sin control.

—Es un nombre precioso. Un nombre árabe.

—Bueno, voy a preparar algo de comer. Arréglate y baja al comedor. Es una orden —le dije burlona, mientras me iba, sin darle oportunidad a decir nada.

Preparé unas tortillas francesas y unas tostadas con mantequilla y mermelada. No tenía aceite de Oliva.

Walter vino a informarme de que salía a realizar unas compras y le encargué algunas cosas para llenar la despensa. Él asentía y sonreía cuando le contaba los platos que tenía pensado hacer. Algunos demasiado españoles para su gusto. No estaba seguro de poder encontrar todos los ingredientes, como la morcilla para la fabada. En realidad, no sabía ni lo que era y al explicárselo, me recordó que los musulmanes no comen cerdo. Se volvía a reír ante mi cara de enfado y mis continuas quejas.

Entre ambos se había iniciado una relación muy bonita. Tierna. Le había cogido mucho cariño, por su amor y fidelidad a Arfan. Y se veía que el sentimiento era mutuo.

Salí al comedor, dándole las últimas indicaciones a Walter entre risas, por las caras que ponía cuando le nombraba el salchichón o el aceite de oliva. Le di un abrazo y le pedí que hiciera lo que pudiera que entendía que era difícil. Arfan ya estaba sentado esperándome. Puso cara de sorprendido al ver la conversación tan distendida que manteníamos su asistente y yo. Como dos amigos. Sonrió y negó con la cabeza cuando abracé a Walter. No sé muy bien si en forma de desacuerdo o de admiración.

Se había duchado y afeitado. Tenía muchísimo mejor aspecto, pero se le veía muy delgado y demacrado.

—¿Cuánto hace que no comes algo? —dije sentándome.

—No lo sé. Tengo una gran laguna. No me acuerdo de nada desde hace días. ¿te puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿Por qué dices que te he pedido ayuda? —le conté su llamada y lo que había dicho.

—Aunque no me acuerde de nada, me alegro de haberlo hecho, si eso te ha traído hasta aquí —intentó estirar la mano para tocarme y en ese momento el timbre sonó. Le hice un gesto para que se quedara desayunando y me levanté para atender la puerta.

Al abrir, se me congeló el gesto. Tenía en frente de mí, nada más y nada menos que a Erin Mcdowell. Si mi cara no podía disimular la sorpresa, la suya parecía haberse desencajado al verme.

—¿Pero qué diablos haces tú aquí mala pécora? —no podía ocultar su enfado.

—Lo mismo podría preguntarle yo, señora —me miró de arriba abajo y soltó una especie de bufido al detenerse en mi vientre.

—Querida, vengo a ver a mi amado Arfan y en esta ecuación sobras, así que ya estás cogiendo la puerta —no podía subir más su mentón para demostrar su altivez. Yo sabía que Arfan estaba escuchando, pues el comedor estaba muy cerca de la puerta, así que esta vez me permití ser un poco mala y sacar de aquella persona todo el veneno que llevaba dentro.

—Así que sobro —acaricié mi mentón con la mano, con cierta chulería, simulando que pensaba —¿y estás segura de eso?, ¿no será usted la que está de más aquí? —la observé detenidamente para ver su reacción. Su nariz se hinchaba y deshinchaba como si fuera a explotar en cualquier momento.

—Mira, niñaata miserable, que no tienes donde caerte muerta —vi como Arfan se acercaba por detrás de la puerta, en un ángulo que Erin no podía verle, poniendo un dedo en la boca para avisarme que no lo delatara —El príncipe es mío, que te quede claro —su voz había adquirido un tono chillón, con una agudeza muy desagradable —tú eres un juguete sin valor para él, por mucho bombo que te hayas echado. ¿con quién crees que goza hasta el éxtasis en la cama?, ¿con una insulsa y vulgar criadita o con la marquesa Erin Mcdowell?, no sé ni cómo te atreves a estar aquí chacha. Recoge tus harapos y lárgate ahora mismo. ¡Estábamos muy bien sin ti!.

—Pues a mí no me lo ha parecido. Me he encontrado a Arfan muy mal —intenté alzar el mentón tanto como ella.

—¡No recordaba que eras una incauta!, si piensas por un momento que se ha acordado de ti o te ha echado de menos, vas lista. Ya te he dicho que eres una de tantas, un juguetito simplón con el que llenar su cama cuando no está conmigo —vi que como Arfan no pudo aguantar más la provocación y salió de detrás de la puerta plantándose a mi lado de frente a la señora Marquesa. Ella se mostró contrariada al verle aparecer.

—Erin —comenzó a hablar con una pasmosa tranquilidad —no te consiento que insultes de esa manera, a mi futura esposa y madre de mis hijos —le miré y no pude evitar ruborizarme —te lo he dicho, pero te lo repito por si tu minúsculo cerebro no alcanza a entenderlo a la primera —tomó un poco de aire. Estaba lanzado —ella representa todo lo que tú no eres, es decir, una dama. Si me he rebajado a meterme en tu cama, ha sido por tu insistencia y por el abatimiento de haberla perdido, pero yo no disfruto contigo —Erin intentó replicar pero la crucificó con la mirada y no se atrevió a interrumpirlo —La amo y como te vuelvas a acercar a ella o vuelvas a dirigirle la

palabra, tendré una interesante conversación con el señor marqués, sobre el tipo de esposa que tiene y las características de las orgías en las que participa mientras él juega al criquet ¿te ha quedado claro? —ella asintió con la cabeza sin poder articular palabra —Ahora querida —dijo mirándome —vamos a terminar ese delicioso desayuno que has preparado —me agarró con una mano y con la otra empujó la puerta, cerrándose en las mismísimas narices de la crápula.

Volvíamos a ocupar nuestros asientos en el comedor.

—Te agradezco mucho tu defensa, de verdad. Esa mujer me saca de quicio, pero no deberías haberlo hecho —intenté no mirarle a la cara —yo me iré pronto y ella es parte de tu verdadera vida.

—¿Cómo puedes decir eso? —me dijo molesto.

—Es posible que tengas una boda concertada y si tu mujer no te satisface, siempre tienes el As de Erin en la manga.

—No ocurrirá ni una cosa ni la otra. Nunca me casaré con nadie que no seas tú y desde luego nunca volveré a compartir cama con esa bruja —iba a contestarle, pero el timbre de la puerta volvió a sonar.

«Es increíble, esta mujer ¿no se rinde nunca? ».

Arfan se levantó con las mandíbulas apretadas y abrió la puerta. Vi como sus facciones se relajaron.

Vi como entraba Maribi, con sus andares apresurados apartando a Arfan, seguida de Robert, que se detuvo a darle un sentido abrazo a su amigo.

—A ver tortolitos —Los dos nos miramos —Te necesito Sofia, voy a una prueba del vestido y a comprar unas cositas —lo dijo casi en un perfecto inglés.

—No te la llesves tan pronto —comentó Arfan con voz melancólica.

—Ay chico, pues ven tú también y así la entretienes mientras estoy en el probador —nos miró, mientras Robert traducía a su manera, suavizando la frase y prosiguió —Así os involucráis un poco ¡Qué sois los padrinos, por dios!.

—¡Los dos! —dije yo en español y Arfan en inglés, cuando Robert le había transcrito el comentario.

—Claro, el mejor amigo de Robert es Arfan y será el padrino. Mi mejor amiga es Sofia y será la madrina. ¡No podría ser de otra manera! —Usó un tono tan cómico y esta vez en inglés, que todos nos echamos a reír al unísono.

—Lo tenías todo planeado para que nos volviéramos a encontrar en tu boda, ¿verdad? —fruncí el ceño esperando su respuesta, mientras Robert le explicaba a Arfan.

—¿crees que puedo ser tan intrigante? —se hizo un silencio y ella nos miraba uno a uno buscando complicidad, pero todos agachamos la cabeza —vale...está bien...me pareció una fantástica idea, una maestra jugada de ajedrez. No os podíais negar a venir a la boda si os ofrecíamos ser padrinos, pero sin saber que a su vez el otro también lo sería. Era éxito seguro, ambos os encontraríais de nuevo en el altar —nos miró ahora con cara de súplica, pidiendo clemencia. Su futuro esposo no tradujo eso, aunque Arfan le miraba casi suplicando.

—¡Qué maquiavélica se ha vuelto mi mujercita! —Robert le estampó un beso en la frente.

—Oye —protestó ella —que tú lo sabías y estabas de acuerdo —dibujó un mohín con su boca y no pudimos evitar volver a echarnos a reír.

Maribi nos llevaba de tienda en tienda sin parar. Tras la prueba del vestido y algunas compras más, nos sentamos en un restaurante a comer. Los cuatro hablamos principalmente de la boda. Donde sería, cuantos invitados habría, cuál era el primer plato del menú, etcétera. Los novios estaban ilusionadísimos.

—Ahora tengo que ir a hablar con la florista y a escoger una vajilla —continuó —así que venga vamos apurando que..

—Perdona —dije interrumpiéndola —estoy cansada y tengo los pies hinchados. Necesito descansar ¿te importa que no te acompañe?

—Claro que no guapi. Tienes que descansar que llevas a mi ahijado en tu vientre. —abrí los ojos como platos, «¿hay de eso en el rito musulmán?, ¿existe el bautismo? Tengo que informarme más de la futura religión de mi hijo. ¡No sé nada!».

—Yo te acompañaré, nena —casi aliviado por no seguir intentando entender el Spanish —English de Maribi.

—Como quieras —dije secamente. No me gustaba que me empezara a llamar nena. No sabía cuánto podría aguantar si empezaba con sus cortejos. Desde luego, no quería caer en la tentación. Esta vez quería mantenerme fuerte.

Llamó a Walter para que nos enviara un coche. Un Uber. Nos subimos juntos en la parte de atrás.

—Tengo una curiosidad Arfan.

—Dime —me miró curioso. Estaba tan cerca de mí que volví a sentir ese hormigueo en el estómago. Intenté separarme un poco en el asiento, sin demasiado éxito.

—¿Existen los padrinos en tu religión?

—No, eso es cosa de los católicos. Nosotros tenemos abuelos, tíos, primos, mucha familia que se haga cargo del bebe, ante la falta de sus padres —se le veía cómodo hablando de sus costumbres.

—¿Cómo es el bautismo en tu rito? —el me miró sorprendido.

—Lo más parecido al bautismo de los cristianos es la aqiqah.

—¿Y en qué consiste? —Pregunte curiosa.

—No existe ceremonia religiosa, porque se considera que todos los niños del mundo nacen siendo musulmanes, la única religión verdadera y posteriormente algunos se desvían, desgraciadamente, a otras, pero mientras crean en un Dios y no adoren a ídolos o figuras, lo asumimos.

—¿Y entonces que hacéis? —me estaba impacientando.

—La aqiqah es una celebración, generalmente a partir del séptimo día después del nacimiento. Consta de una festividad que incluye el sacrificio de uno o dos corderos, dependiendo si es niña o niño y las posibilidades de la familia. También se da a conocer el nombre del bebe, se le corta el pelo y... —hizo una pausa —si es niño, circuncidarlo.

—¿Circuncidarlo? ¡Tan pronto! —le mire algo angustiada.

—Si así es —una fina sonrisa se dibujó en su perfecta boca.

—Esto de tu religión, se me está yendo de las manos. —eche las manos a la cabeza con un gesto cómico.

—Lo haremos juntos —me agarró de la mano y. quedé petrificada.

—Sabes que eso no va a ser así. No empieces otra vez —me solté justo cuando el coche

llegaba a casa. Salí rápido, no quería que me dijera nada más.

—¿Ya no me quieres? —pregunto cuando traspasábamos el umbral de la puerta.

—Sabes la respuesta a esa pregunta.

—No, no la sé. Me da la impresión que me miras con rechazo. No veo lo mismo que antes veía en tus ojos.

—Arfan no sigas. No me vuelvas a hacer esto —continué hablando mientras subía por las escaleras sin mirarle. Él venía detrás siguiéndome —Confórmate con que continúe aquí contigo hasta la boda de Maribi.

—¿Y después?

—Volveré a Madrid a esperar el nacimiento de Namir, como estaba previsto —me giré para decírselo a la cara, pero me tropecé. Con rápidos reflejos, me agarró en brazos, justo antes que callera escaleras abajo.

—Patito, esperaré lo que haga falta. Renunciaré a lo que sea necesario, pero no desistiré hasta volver a conquistarte —Al sentirle tan cerca, mi cuerpo tembló entero. Todos los sentimientos que estaba reteniendo, florecieron de repente, todos a la vez. Percibí que el notó mi turbación.

—Eres incorregible —acerté a decir y le dediqué la sonrisa más tierna que pude. Le pedí que me soltara y me metí en la habitación antes de dejarme llevar y cometer un error.

Había ido a cuidarle, pero en los quince días que llevaba allí era él, el que me colmaba de atenciones. No se separaba de mí. Siempre atento a ver que necesitaba, que no hiciera esfuerzos, que me alimentara bien. Se le veía feliz, relajado. Canturreaba cuando pululaba por casa, sonreía todo el rato y físicamente ya habían desaparecido las secuelas de sus excesos. No había vuelto al trabajo, se pasaba el tiempo conmigo, pero como la casa era tan grande, tampoco resultaba agobiante.

Muchas veces lo observaba discretamente para que no se diera cuenta, escondiéndome detrás del libro que estaba leyendo, o haciéndome la dormida cuando él se giraba. Seguía siendo perfecto, podríamos a ver sido muy felices. A veces me gustaba imaginar cómo sería nuestra vida de pareja si hubiéramos podido casarnos. Si Maryam no me hubiera arrojado la verdad a la cara. Si no fuera un príncipe. Intentaba buscar algo que nos pudiera a ver distanciado, que hubiera matado nuestro amor. No había nada, sólo cosas externas a nuestros sentimientos. Su madre, la religión, el dinero, todo eso nos había separado, pero eran cosas que formaban parte de lo que somos y no se pueden disociar. No te puedes meter en una burbuja para evitar que lo que te rodea no te afecte. Además, ahora el futuro de un niño, mi niño estaba en juego. No dejaría que le pasara nada, ni que le separaran de mí.

Mientras pensaba en todo esto sentí un pinchado en el vientre y una humedad extraña bajó por mis bragas. Fui al baño y vi que estaba empapada de sangre.

—Arfan, ven rápido —grité y me puse a llorar.

—¿Qué pasa? —al verme corrió a abrazarme para tranquilizarme, pero tenía la cara desencajada. Sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y pidió una ambulancia.

No podía parar de llorar y él solo acertaba a decir —tranquila, todo va ir bien —una y otra vez.

Subió conmigo a la ambulancia, apretándome la mano con tal fuerza que hasta me dolía.

—Voy a perder a Namir. Me volveré a quedar sola. Es mi destino —volví a llorar sin consuelo.

—No estarás sola, nunca más. Te lo prometo —dijo Arfan emocionado.

Cuando llegamos al Hospital, no le dejaron pasar a urgencias conmigo. Protestó, pero al final, le vi dirigirse a la sala de espera resignado, con cara de angustia y retorciéndose las manos.

Los médicos me hicieron una ecografía y un análisis de sangre. Yo me preguntaba si era normal que dos médicos, asistieran al unísono a una embarazada. Y casi estaba segura de que eso no solía ser así. Algo raro pasaba. Durante la ecografía, no decían nada, pero no ponían buen gesto y negaban con la cabeza, mirándose. Yo no podía dejar de llorar.

—Señora, ¿ha venido acompañada de alguien? —me preguntó el médico que parecía ser el de mayor rango. ¿los médicos tienen rango? A mí me da la sensación, de que sí. Que son como soldados. A ver quién es el valiente de contradecir, siendo residente al titular. ¡Ni de coña! ¿Por qué me he entretenido en estas pijadas?, cuando mi situación es crítica. Otra vez buscando una puerta por la que salir, que me aleje de la puta realidad.

—Si —apenas pude decir entre sollozos.

—Dígame nombre completo y parentesco. Pediré que le llamen por megafonía para que le haga compañía mientras vienen los resultados.

—Su Alteza Real Abdel Arfan Ali Al Saud. Es...es...el padre de mi hijo. —El doctor quedó desencajado y eso me hizo hasta gracia.

—Oí llamar por megafonía: <<Su Alteza Real Abdel Arfan Ali Al Saud, pase por boxes de urgencias por favor>>. Me imaginé a la gente girándose para mirarle. Un príncipe en urgencias, eso no se ve todos los días. Antes de terminar de pensar esta tontería, le vi corriendo hacia mí.

—¿Cómo estás?, ¿cómo está mi hijo? —me volvió a agarrar la mano con fuerza.

—Yo estoy bien, bueno, a punto de perder una mano, se me va a gangrenar —me miró asombrado a la cara, y luego a las manos y me la soltó de inmediato como si le hubiera entrado la corriente. La sacudí para devolver la sangre a la extremidad y proseguí hablando —Nimir, no lo sé. Están esperando los resultados. Parecía que el reloj no avanzaba —Arfan, cuéntame algo, así pasará más rápido el tiempo. <<Otra puerta por la que salir>> Siempre hago lo mismo.

—Que quieres que te cuente, princesa.

—¿Qué pasó con aquel semental que ibas a comprar en Madrid? —Vi dibujarse una sonrisa en su cara, algo nostálgica.

—Lo compré. Ya ha preñado a una yegua. Ahora hay que esperar a ver el resultado.

—¿Podrán estar juntos los tres?

—La hembra sí, se quedará con el potrillo hasta que se defienda sólo. El macho tendrá que hacer más trabajitos, lo separaremos. Un semental de ese calibre podría hacerle daño al potro por intentar seguir procreando. Siempre están empalmados.

—Entonces es como tú. —me miró un poco confuso por la comparación.

—No, no somos iguales. Yo amo profundamente a mi hembra y jamás le haría daño a mi propio hijo. Haría un voto de castidad si con ello, los tuviera a mi lado.

—Que tierno eres Arfan. Me refería a que no podremos estar juntos, como ellos. Mama por un lado con el bebe. Papa por el otro para seguir procreando —le miré con cariño —Estoy orgullosa de que mi hijo sea tuyo —me detuve —bueno si es que aún vive —me eché a llorar.

—Estaremos los tres juntos ya lo verás —no dejaba de llorar, desistí contestarle —Te contaré otra cosa. ¿te acuerdas de la casa de guardeses del Club?

—Sí —dije entre sollozos.

—La he ido a ver, cuando me fui de Riyadh, antes de regresar a Londres. Pasé por allí y tenías razón, es increíble, así que la he comprado. Ya la están reformando para que sea perfecta. Será tu casa en Madrid.

—No, no puedo permitirme su mantenimiento. Vivo de un subsidio.

—De eso, no tienes que preocuparte. Algo tendré que poner yo, para la crianza de mi hijo.

—Arfan...

—De Arfan, nada. Tu dijiste que me dejarías aportar lo que fuera necesario para su educación.

—Una cosa es la educación y otra cosa, es una mansión.

—El lugar que se merece, es parte de su educación. Va a ser un príncipe desde el momento que nazca y entrará en la lista de sucesión al trono de mi reino.

—Mierda para la sucesión —dije enfadada. No me gustaba recordar eso.

—Es lo que hay. Tu hijo no es hijo de un albañil, ni un camionero y es hora de que lo aceptes. Si no lo haces por mí, hazlo por él —yo no podía dejar de llorar.

<<Ojalá fuera hijo de un albañil. Todo sería más fácil>>.

El médico, se acercó sigilosamente, ni le oímos —Sofía tiene que intentar relajarse. Llorar tanto no es bueno.

—¿Tienen los resultados doctor? —dije algo sobresaltada.

—Sí. Les cuento. La analítica está bien. El bebé está bien —respiramos aliviados —Hemos visto una bolsa de sangre en el útero durante la ecografía —ambos abrimos mucho los ojos como

si así escucháramos mejor —puede ser debido a la hemorragia que ha tenido, que ya haya cesado, y que se vacié sin más. O puede seguir sangrando y entonces...hablaríamos de otra cosa.

—¿De qué hablaríamos? —dijo Arfan asustado. Yo no podía articular palabra.

—En ese caso la vida del pequeño, pero también la de su madre correrían peligro, podría haber un desprendimiento. Habría que hacer una cesárea de urgencia —Arfan se puso pálido al oír aquello.

—¿Con eso todo iría bien?

—A priori, sacaríamos del peligro a la madre, pero el feto es muy pequeño, todavía no tiene capacidad de respirar por sí mismo, ni tampoco mucho peso. Aunque hay prematuros que han sobrevivido en estas circunstancias. De momento le pondremos una inyección para ensanchar los pulmones de la criatura por si tuviéramos que precipitar el alumbramiento.

—Yo no quiero perder a mi hijo prefiero morirme —me puse a llorar aún más fuerte.

—Ahora la única forma de proceder es el reposo. Si desaparece la bolsa y cesa la hemorragia, se habrá solucionado el problema. Si no desaparece, deberemos valorar otras opciones —agachó la cabeza, para mirar lo papeles que llevaba en la mano —Estarás en observación en el hospital, a reposo absoluto, para tenerte controlada. Si todo va bien en breve te mandaremos a casa, eso sí con reposo relativo. ¿entendido? —Asentimos —enseguida vendrán para subirla a la planta —Se despidió y se fue. Nos sumimos en un abrazo interminable.

—Todo irá bien. Mis oraciones serán escuchadas. Alah es grande —me susurró al oído mientras inundaba mis mejillas de lágrimas.

Era el tercer día en el hospital y efectivamente, todo iba bien. Ya no había bolsa de sangre. Había cesado la hemorragia. El médico me firmo el alta, con la condición que guardara reposo relativo una semana más.

Arfan no se había separado de mi cama, hasta que las enfermeras del turno de noche le echaban. <<La paciente tiene que descansar>>, le decían. A la mañana siguiente en cuanto podía se colaba otra vez en la habitación. Hizo mi estancia muy amena. Me hablaba de sus caballos, de los negocios que iba a emprender, de los preparativos de la boda de nuestros amigos, rezaba y me explicaba cosas como quien era Mahoma y que significaba la Meca, porque sabía que yo estaba muy interesada en conocer más. Escogía temas que no tuvieran ninguna trascendencia sentimental y yo se lo agradecía. No necesitaba más presión.

Ese día no paraba de caminar de un lado a otro de la habitación, estaba nervioso porque por fin me iba a casa. Le pedí que encendiera la televisión, la agonía de la espera me estaba matando, quería irme y creí que ver algún programa me distraería. Como siempre cuando estaba nerviosa, buscaba un foco de evasión y me olvidaba de la amenaza. Fui haciendo zapping hasta que de repente vi una foto de Arfan y me detuve. El comentarista decía que se había visto a su Alteza Real en urgencias, corrían rumores de que había dejado en cinta a una empresaria española de gran poder adquisitivo, que eran muy habituales los hijos ilegítimos en las familias reales de los Emiratos Árabes. Se rumoreaba que él ya tenía tres. Por lo visto actualmente el príncipe tenía varias mujeres en casa, algunos decían tres otros siete, con las que montaba orgías y que esta empresaria era una de sus habituales. Que habían llegado a un succulento acuerdo económico, para que ella no exigiera los apellidos para el niño. Hicieron algunos comentarios soeces más, y apagué la tele. Ambos nos miramos y empezamos a reír sin poder parar.

—Si no estuviera en el estado que estoy, hasta te haría el amor, sólo por fastidiarlos.

—Si es por fastidiarlos, puedo esperar. No estarás eternamente en cinta —volvimos a echarnos a reír. Bajé la vista y vi una leve erección que se le marcaba en el pantalón.

—Eres incorregible Alteza Real —hice una mueca pícaro mirando su pantalón.

—No me provoques, intento portarme bien.

Los días iban pasando en casa encerrada. Arfan no me dejaba hacer nada. Del sofá a la cama, de la cama al sofá. Me mimaba demasiado. La tensión había desaparecido y charlábamos amigablemente. Estaba relajada y ya no quería estar a la defensiva. Nos portábamos como dos buenos amigos.

A principios de semana, me enseñó un email que había recibido de Sir Hamilton, tenía una cara de satisfacción enorme.

—Toma, léelo, sabía que esto iba a ocurrir tarde o temprano —me dio un beso en la frente y me tendió el móvil.

Estimado Príncipe Al Saud,

Intento localizar a su novia Sofía, sin éxito. Espero pueda ayudarme. Me ha mandado desde Madrid, algunas muestras de su obra y tras mostrarlas ya tengo varios potenciales compradores. Ha sido todo un éxito. Hace tiempo que no nos encontrábamos con algo de tanta calidad y frescura.

Queremos organizar lo antes posible una exposición en Londres a la que le auguro grandes resultados

A la espera de noticias,

Se despide,

Sir James Hamilton.

¡No me lo podía creer! Tendré que volver a Madrid y enviarle mi colección completa. De momento decidí escribirle un email de agradecimiento.

Pasó la semana y tuve que volver al hospital para una revisión. Arfan me acompañó y el médico le dejó pasar conmigo a la ecografía. Empezó a enseñarle las manitas, sus fuertes piernas, la cabecita y hasta le mostró los genitales. Vi como reía feliz y se emocionaba. Yo le miraba obnubilada con una sonrisa en la cara.

Se acercó a mí. —Es mi primera vez —me susurró al oído.

«¡Dios mío me gustaría besarlo! », pero eso no estaba en los planes.

Ya no le guardaba rencor, es más, creía que era un hombre maravilloso y que iba a ser un gran padre, pero de ahí a volver a lo de antes, había un gran trecho. Había madurado, ahora sólo quería tranquilidad y serenidad, para criar a mi hijo.

El médico me quitó el reposo, nada de actividades de riesgo y revisiones quincenales sino había novedad.

Y por fin llegó el gran día, la boda de nuestros mejores amigos. Todos nos desplazamos a Escocia.

LA BODA

Escocía es preciosa, tan verde, tan rural, adornada con aquellos bonitos castillos. Es simplemente maravillosa, no solo por su belleza sino por sus gentes, sumamente acogedoras.

Las highlands guardan paisajes dignos de una postal o un cuadro, de hecho, durante el viaje, hice varios bocetos y fotografías con la intención de convertirlos en mis próximos trabajos a acuarela, quería retener la fuerza de aquel panorama rudo e inolvidable.

Los pueblos en esta zona, son pocos y Arfan condujo durante horas en medio de la naturaleza en estado puro, los dos solos, atravesando llanuras, lagos y bosques. De vez en cuando, hacíamos una breve parada, para que el viaje no me resultara tan duro. Tanto tiempo, sentada en el coche, me resultaba molesto, y me movía continuamente para buscar una nueva postura e intentar que mi hijo se acomodara de otra forma que me presionara menos la vejiga o los riñones.

Aún con esta sensación de incomodidad que produce el embarazo, el viaje fue muy ameno. A cada nuevo lugar que pasábamos, Arfan me contaba leyendas y batallas de aquel territorio salvaje, que tiempo atrás le había contado a su vez Robert. Historias de un pueblo difícil de doblegar y que aún hoy atesoraban sus tradiciones culturales, como eje diferenciador del resto de Gran Bretaña.

Al atardecer tras una loma, divisamos a lo lejos un imponente castillo. Su grandiosa estructura se reflejaba en las aguas de un lago y detrás de él, se podían ver unas majestuosas montañas.

A medida que nos acercábamos la luz de la puesta de sol, cambiaba los colores y aparecían nuevos contrastes.

Arfan detuvo el coche para observar con tranquilidad el paisaje y retener el momento. Ambos nos miramos, sonreímos, y puso de nuevo el vehículo en marcha.

Era el castillo de Robert. Allí mismo se iba a celebrar la boda al día siguiente.

En la puerta nos esperaba la feliz pareja para enseñarnos las estancias del castillo, repletas de antigüedades pertenecientes al clan de la familia. Mientras nos explicaban la historia de una y otra cosa yo les observaba obnubilada, parecía que llevaban toda la vida juntos. Eran complemento perfecto el uno del otro. Almas gemelas. Aunque físicamente, ella, pequeña y delicada mientras él era fuerte y grande. Mi mente calenturienta, se los imaginó haciendo el amor y se me antojaba una escena muy tierna. Similar a cuando King Kong acariciaba a su amada. Así se mostraban en público. Robert era ternura en esencia pura cuando abrazaba a Maribi o le daba un beso. No pude evitar soltar una risita pícaro y todos me miraron, preguntándose qué era lo que me hacía gracia. Arfan, en cuanto pudo me apartó un poco de los anfitriones.

—¿A que venía esa risa? —me pareció que pensaba que él era el motivo.

—Mi mente está trastornada —le susurré y el me miró boquiabierto —me imaginaba a nuestros novios, haciendo el amor y vi tanta ternura, que me conmovió.

—Eres increíble Sofía —tenía un brillo en los ojos lascivo, que me hizo recular.

—Nosotros no éramos así, en nuestro caso había más lujuria que ternura.

—Había de todo, te lo aseguro —no me miró al decirlo. Aceleró el paso y se unió a Maribí y Robert para preguntarle por un tapiz que colgaba de una de las paredes de la estancia donde estábamos.

Después de la visita guiada, nos acompañaron a nuestras habitaciones para asearnos después del viaje. Antes de despedirnos Arfan se empeñó en que saliéramos a cenar los cuatro juntos. La coincidencia había hecho que se casaran el día de mi cumpleaños, así que quería celebrar las dos cosas. A todos les pareció una excelente idea. A mí no tanto, pero deje hacer.

—Vamos a una hamburguesería —insistió.

—Pero... —no me dejó terminar.

—Como mañana hay langosta en el menú, hoy me sentiría más cómodo comiendo hamburguesa —me guiñó el ojo.

—Mañana no hay langosta en el menú —aclaró Maribi y ambos no echamos a reír ante el desconcierto de los novios que no veían donde estaba la gracia.

La cena fue muy animada. Maribi estaba atacada y solo hacía que soltar chascarrillos. Por suerte para Arfan, ella había aprendido a hablar muy bien en inglés y ya entendía casi todo lo que decía.

—A ver chico, yo he aprendido inglés, podrías tú ponerte las pilas con el español ¿no? —dijo cuándo él no entendió una broma que hizo.

—Si Sofía quiere enseñarme estaré encantado.

—De momento aprende esto —le susurro algo al oído. Él no lo entendió muy bien. Ella se lo repitió.

—Felüis cum-pli-anos —dijo Arfan en alto. Todos nos desternillamos de la risa.

—Puff, pues sí que tenemos trabajo, si estamos así —comentó divertida y todos volvimos a reír.

—Esto es para ti. —Sacó un paquete de una mochila que llevaba con él.

—Arfan no puedo acep....

—Venga mujer, no seas rancia —me sermoneó Maribi —un regalo de cumpleaños no se desprecia —Acepté y deshice el paquete. Dentro había una sudadera de bebe con la siguiente inscripción, أنا أحبك.

—¿Qué significa?

—Te quiero —apostillo mirándome a los ojos. No pude decir nada. Todos me miraron —¿Queé monooo! —dijo Maribi moviendo los labios pero sin soltar sonido. Me quedé seria y callada el resto de la velada.

—Estoy cansada. ¿podemos irnos? —acerté a decir al fin. Todos asintieron y ahí termino mi celebración de cumpleaños.

Cuando estaba a punto de meterme en la cama, aporrearon la puerta y sin esperar respuesta, apareció Maribí, con un camisón blanco y con su largo pelo rojo suelto, resaltando aún más su salvaje belleza.

—¿Qué haces aquí? —le comenté sorprendida —mañana te casas, por si te has olvidado. Debes descansar para estar radiante.

—Lo sé, lo sé —se sentó sobre la cama de un salto —estoy muy nerviosa y no podía dormir, así que me he decidido a decirte algunas cosas que desde hace tiempo tenía ganas de soltar —Maribi no solía hablarme con tanta seriedad, parecía algo importante lo que quería comunicarme.

—Soy toda oídos —me senté sobre la cama con bastante más dificultad de lo que lo había hecho ella segundos antes.

—Te quiero mucho y no quiero que te enfades por lo que voy a decir —asentí con la cabeza, pero no me gustaba que diera tantos rodeos —pienso que te estás equivocando —la miré asombrada, pero no dije nada —Arfan es buen hombre, te quiere de verdad. Es muy tierno contigo

y tienes que reconocerle su paciencia.

—Lo sé, pero nuestra oportunidad ya pasó —le agarré la mano para hacerle sentir que le agradecía su preocupación.

—Eso no es cierto Sofía, acabas de cumplir veintiún años. ¡Por dios, tu vida acaba de empezar! —negué con la cabeza —estás siendo muy dura, tienes que darle una segunda oportunidad, o tercera, lo que sea. ¿No ves que está destrozado?

—Pero no puede ser Maribi. No insistas.

—Mira que eres cabezona —ahora la que negaba con la cabeza era ella —tú le amas, él te ama y lo demás se puede arreglar. Piensa en tus padres. Si a la primera que les dijeron que no aprobaban su relación, lo hubieran dejado, hoy tu no estarías aquí —eso había sido un golpe bajo —piénsalo al menos, por tu hijo. Se merece una familia feliz y estoy segura que Arfan y tu podréis serlo.

—Lo pensaré —dije sin gran entusiasmo.

—Eso espero, porque os merecéis un buen final y lo único que se interpone es tu tozudez —se levantó de la cama de otro salto y se dirigió a la puerta —dicho esto, ya puedo dormir tranquila. Buenas noches —no me dio tiempo a despedirme, salió rápidamente cerrando a su paso.

¡Maldita sea!, hasta mi mejor amiga se ponía de parte de Arfan. Era un seductor, les había robado el corazón a todos.

Y encima Maribí me hablaba de su ternura al tratarme, casi lo mismo que yo había dicho a Arfan de Robert al llegar, echándole en cara que él no fuera así. Da igual, estoy muy cansada para pensar ahora en eso, mañana será otro día.

Sentí un tono de WhatsApp. Mire el teléfono.

Arfan

Espero que te haya gustado el regalo

Buenas noches

Yo

Mucho. Buenas Noches

No le dejé ningún resquicio para contestar. No estaba de humor para jugar.

Parece que los astros se habían alineado en mi contra. Soy consciente de que Arfan se está portando muy bien, ahora, pero no puedo olvidar que es un hombre posesivo y en cuanto baje la guardia me encontraré otra vez inmersa en alguna de las fases del decálogo del maltratador. La gente no cambia tanto. No. Es mejor que sigamos siendo buenos amigos. Una relación cordial, será suficiente para que mi hijo crezca feliz, viendo a sus padres llevarse bien.

Volver a abrirle la puerta de mi corazón, significaría sufrir, tener miedo a ser anulada y luchar en un mundo en el que no me sentía cómoda y nadie me aceptaba. Una intrusa en la vida de un príncipe. Como un oopart, esos artefactos que aparecen fuera de lugar, que no deberían estar allí y que no existe una explicación arqueológica, lo suficiente verosímil para esclarecerlo.

Sí. Eso sería yo en la vida de Arfan. Algo raro e inexplicable, fuera totalmente de contexto.

No. Definitivamente no pintamos nada juntos. Ya solo nos une mi pequeño y una creciente amistad, que se está convirtiendo en algo muy bonito. No hay tensión, ni reproches, ni posesión. Así debe ser. La amistad nos sienta mejor que el noviazgo.

Con el tiempo conseguiremos matar el deseo sexual, que sigue sobrevolando nuestras cabezas y la relación será perfecta.

Maribí estaba preciosa y exultante con su traje de novia. Yo no podía decir lo mismo, me sentía como una vaca lechera preñada. Mi amiga llevaba un bonito vestido de seda blanca, de talle alto con una estrecha cinturilla, de cuadros escoceses verdes, azules y blancos, que era el único adorno del vestido. En la espalda tenía un generoso escote que terminaba en una pequeña lazada de la tela escocesa cuyas cintas colgaban hasta el final de la falda, larga y con caída vaporosa. El conjunto era armónico, sencillo y resaltaba enormemente su figura. El pelo con un recogido de apariencia casual, poco definido, se adornaba de forma aleatoria con paniculata blanca y azul, de ramaje fino y verde, que armonizaba todos los colores de su indumentaria y que resaltaba extraordinariamente entre su cabellera pelirroja.

—Hoy es el día más feliz de mi vida —me dijo mi amiga, mientras ayudaba junto a Rosario, su madre, a terminar de arreglarla —siempre te estaré agradecida de haberme presentado al amor de mi vida —se emocionaba.

—Ha sido un placer, pero no llores o estropearás el maquillaje —la abracé. Rosario nos miraba sin decir nada, pero tremendamente turbada. Nunca había salido de Madrid, y ahora su hija se casaba en un castillo en Escocia, con un noble. Debía de estar orgullosa, se había dejado la piel, literalmente, frotando con un estropajo para que su hija saliera adelante, después de que el hombre en el que había depositado su virginidad y su futuro le hubiera fallado. Ni en sus mejores sueños habría pensado ese nivel para Maribí. Ella se hubiera conformado con el futuro médico, ya era un gran salto de estatus, pero en el fondo de su corazón, sabía que si su hija se hubiera unido al calzonazos, habría seguido el mismo destino que ella. Dedicación y abandono.

—Dale una oportunidad Sofía —me dijo Maribí mientras se separaba un poco para mirarme.

—¿A quién? —pregunté haciéndome la tonta.

—Ya sabes a quien. Hazlo por mí, como regalo de bodas.

—Te he dicho que es muy complicado, ya pasamos por eso y no funcionó. Somos amigos. Ahora déjame, que tengo que irme. Soy la madrina, y esta gordita tiene que llevar a Robert al altar. ¿Por qué querrás que este allí esperándote verdad?

—Por supuesto. Mi highlander, sabe lo que le espera sino está —las dos nos reímos.

Entró Arfan tímidamente, apoyándose en el marco de la puerta para no molestar. Llevaba un smoking, y quitaba el sentido de lo guapísimo que estaba. Intenté no mirarlo. —es toda tuya —le dije al salir, y sin poder evitarlo porque ocupaba gran parte del espacio de salida, nuestros cuerpos se rozaron levemente. Mi maldito organismo reaccionó al instante, sin permiso. Él suspiró y yo me ruboricé y me regañé a mí misma, por tener aún esos arrebatos cuando lo tenía cerca. Atravesé el pasillo del castillo, taciturna y maldiciendo por no poder controlar mis sentimientos.

<<Joder Sofía. Solo amigos>> me lo tenía que repetir muchas veces para convencerme.

Entré en la habitación de Robert, vestía con camisa blanca, chaquetilla negra, Kilt verde, azul y blanco, exactamente los mismos cuadros que lucía Maribí y un trozo de esa tela, del tamaño de una manta, al hombro sujeta con un broche plateado de aspecto ancestral. Aquel pelirrojo grandote, estaba imponente. Con aquella ropa parecía estar en su elemento natural, podría ir a casarse o estar preparado para la batalla siglos atrás. Ahora sí, se veía que era un auténtico highlander.

Se le notaba asustado, así que impulsivamente le abracé y le dije al oído que la mujer de sus sueños le esperaba. El me miró y me dio un beso en la mejilla.

—Lo sé, no podría describir lo feliz que soy. Llevo una vida entera esperándola y gracias a Arfan y a ti, el sueño se hizo realidad.

—¿La quieres mucho, verdad? —le agarré las dos manos para darle confianza.

—Más que eso. La adoro. Tiene todas las cualidades que buscaba en una mujer. Su alegría, su naturalidad, su franqueza y sobre todo su llaneza, la hacen perfecta y de regalo, parece nacida en la mismísima Escocia. Es bellísima. Su pelo rojo y sus ojos azules, me vuelven loco. Me enamoré nada más conocerla, en aquel restaurante, cuando llegasteis a Londres y tuve la suerte de que ella me correspondió. No se puede estar triste si ella está delante. Ilumina completamente la estancia donde esté —se paró a pensar un momento y arqueó un poco las cejas —Si eso es, es pura luz —se sonrojó un poco al verbalizarlo.

—Tu faro —volví a abrazarle para que no viera que me emocionaba, porque era verdad. Maribi era como un faro en la oscuridad. Iluminando todo lo que la rodea y en especial a Robert, el brillaba más intensamente cuando la tenía cerca —Te llevas una joya, y si la tratas bien, tendrás a tu lado la mujer más fiel y abnegada del mundo. Hazla feliz y ella te lo devolverá multiplicado por diez.

—Lo sé, ya lo está haciendo —le volví a abrazar.

—Venga vamos, que no querrás llegar tarde a tu propia boda.

—Por nada del mundo.

Acompañé al novio al altar. Estaba nerviosísimo. Cuando vio aparecer a su futura esposa del brazo de Arfan vi cómo aquel hombre, que tenía tan grande su cuerpo como su corazón, se emocionaba. No pude contener una lágrima, realmente mi querida Maribí estaba con la persona que se merecía. Atrás quedaba el calzonazos que no llegaba a la altura del zapato del noble escocés y yo no podía estar más contenta por ella.

La ceremonia religiosa fue maravillosa. Ambos eran católicos, lo que facilitaba enormemente las cosas, pero, sobre todo, se procesaban un amor inconmensurable. Podría parecer que dos mundos tan distintos no estaban destinados a encontrarse, que no podía existir ningún punto en común y sin embargo encajaban a la perfección, como las piezas troqueladas de un puzle separadas en el nacimiento y que por fin habían vuelto a reencontrarse.

No paré de secarme las lágrimas, en parte por ellos dos y en parte por mi propia historia. Sentía envidia, de lo fácil que había sido para ellos encajar. No había ningún impedimento a su amor, como si alguien hubiera puesto un puente de plata, liso y brillante para unirlos. Sin embargo, en mi caso, parece que el puente había sido construido con espinos, que no nos dejaban avanzar y cada vez que lo intentábamos, las púas se clavaban hasta la piel, haciéndola jirones, clavándose hasta el hueso y dejando un rastro sanguinolento de dolor.

Miré a Arfan y parecía tan ensimismado en sus pensamientos como yo, pero no era momento para nuestras tragedias. Era hora de centrarse en los verdaderos protagonistas, nuestros queridos amigos. Los novios estaban leyendo sus votos, la gente se reía con sus ocurrencias, ambos eran como un soplo de aire fresco de simpatía y optimismo innato, sin cortapisas, sin temor a mostrar su verdadera naturaleza, que no era otra, que la bondad y la honradez en su máxima expresión, sin veladuras, pura nobleza.

Después del sí quiero, ya eran oficialmente marido y mujer. Estaban radiantes, la felicidad se reflejaba en sus rostros. Empezaron a sonar unas gaitas y nos invitaron a pasar al cocktail en los jardines del impresionante castillo.

—Va a empezar el baile —me dijo Maribi acercándose. —La orquesta es doble, para canciones españolas e inglesas —me vio un poco apagada —¿no crees que si me viera Pablo se le caerían los calzones al suelo? Esos que yo le planchaba en su piso de estudiante —ambas nos reímos a carcajadas. Arfan nos miraba sin entender nada —Chico, tienes que aprender español, no

sabes lo que te pierdes —le dijo y después se fue a la pista a disfrutar de su baile nupcial. Nos quedamos observando, primero la danza de los novios y luego al resto de parejas que abarrotaron la pista.

—Vengo ahora —vi cómo se aproximaba a un músico, le decía algo y después se volvió a sentar a mi lado sin mirarme. La orquesta terminó la canción que estaba tocando y empecé a oír los primeros acordes de la primera canción que le había traducido en su coche cuando nos conocimos.

—Me concede este baile señorita —me dijo tendiéndome la mano.

—Esto es un golpe bajo y lo sabes.

—En mi lista de pendientes, tengo anotado que te debo un baile desde aquella discoteca en Madrid y este es el momento —me puse de pie y le tendí la mano a modo de aceptación. Estoy tan gorda que no creo que pueda rodearme, pensé. Pero si pudo —Disfruta de la canción. Esto nadie puede quitárnoslo —apoyé mi cabeza en su pecho, y repasé la letra, mientras nos movíamos. Una lágrima me brotó, depositándose en su camisa. Ambos nos miramos a los ojos.

«¡Joder que buen gusto tengo para escoger canciones! ».

— Te quiero Sofía, y nada puedo hacer para cambiarlo, por muchas veces que me rechaces.

Podemos hacernos viejecitos luchando, si quieres, pero eso no cambiará nada —me miró penetrantemente, y entre su ternura, su cercanía y la canción no pude resistirme más.

—Está bien, que quieres —me miró a los ojos separando nuestras cabezas antes de comenzar a hablar.

—Lo primero, que me dejes darle mi apellido a Namir. Es mi hijo. A ti eso no te va a traer nada malo y se lo debemos. No podemos negarle su herencia, que tú no quieras nada no quita para que le prives de sus derechos.

—Está bien, concedido, siempre que no me lo quitéis —eso ya lo había asumido hace tiempo, no era justo desposeer a mi hijo de los apellidos de su padre.

—Eso no ocurrirá. Nunca permitiré que te separes de él, ni de mi.

—¿Qué más? —dije seca.

—Que cuando nazca me acompañes a Riyadh. Quiero ir a donde todo terminó...para empezar de nuevo y que mis padres bendigan a nuestro hijo. He hablado con ellos y van a organizar la aqiqah.

—Eso es más complicado. No quiero ir. Por una parte te diría que lo llevaras tú, no es necesaria mi presencia, pero por otra, no quiero separarme de él, tengo miedo que al eliminarme de la ecuación, tengáis vía libre para dejarlo en Riyadh y que no regrese.

—Por favor, ven conmigo, te prometo que no te arrepentirás. Mi hijo debe estar con su madre y te aseguro que si después del viaje estás mal, jamás te volveré a molestar. Nunca más.

—Está bien lo haré. Estoy dispuesta a luchar. Me he protegido el corazón tanto que ya nada me hará daño, salvo que hieran a mi hijo, y entonces arañaré a quien haga falta. Y sabes de quien te hablo.

—Tranquila leona. Esta vez, no pasará

LAS MIL Y UNA NOCHES

Nada más terminar la boda, nuestros amigos se habían marchado de viaje de novios a Estados Unidos.

Nunca había visto a Robert tan contento. Por fin había encontrado el amor que buscaba.

Sabía que Maribi, le haría feliz toda la vida. Era perfecta para él, como almas gemelas. Nosotros volvimos a la normalidad. Revisiones ginecológicas, paseos cortos y días tranquilos. Aunque en principio, después de la boda se iría a Madrid, no regresó, ni volvió a decir nada al respecto, con lo que estaba contento, pensando que quizás se quedara indefinidamente. Yo tampoco nombré más Riyadh. Ya retomaría eso cuando Sofía tuviera a nuestro hijo. Había conseguido ablandarle un poco el corazón y ya no era tan dura conmigo. Consentía ciertos acercamientos: abrazos, besos en la frente, caricias en las manos, pero lo que más le gustaban eran mis masajes en los pies, para aliviarle la hinchazón. A veces notaba su perturbación a mi tacto. Sabía que seguía sintiendo algo fuerte por mí, pero no quería ceder. Decía que éramos amigos y que así estábamos muy bien.

Con eso me valía, todo llegaría a su debido tiempo. Ahora que la volvía a tener a mi lado, jamás la dejaría escapar. Rezaba todos los días por ello.

—Arfan ven corriendo —grito desde la butaca del salón principal.

—¿Qué te pasa?

—He roto aguas. —la miré y tenía todo el camión empapado por las piernas.

—Pero faltan dos semanas para cumplir.

—Parece que tu hijo tiene prisa. De tal palo tal astilla —quiso reírse pero le dio una contracción y se dobló de dolor.

—Vamos rápido, venga, te llevaré en un abrir y cerrar de ojos.

—Tranquilo, quiero ducharme y cambiarme. Localiza a Walter, que nos lleve él, no quiero que conduzcas nervioso. Prefiero que me aprietes la mano y acuérdate de la bolsa que tengo preparada, por favor —las mujeres son increíbles. Yo no podía pensar en nada de los nervios y a ella, en su estado, no se le escapaba detalle.

Por fin, llegamos al hospital. Me dejaron estar toda la dilatación. Sufría mucho viendo lo mal que lo estaba pasando, ahora más que nunca tenía que estar a su lado, le daba la mano, pero me sentía impotente.

Las mujeres son más valientes que nosotros. No creo que pudiéramos ser capaces de superar esa situación, con ese estoicismo. Yo sin embargo, sudaba, parecía que ese mal rato no iba a terminar nunca, mientras Sofía se retorció de dolor.

Nunca quise verla sufrir, no podía soportarlo y ahora, llevaba viéndola gemir de dolor, horas. Le estaba costando dilatar y le pusieron oxitocina, una hormona que ayuda a eso, pero que le estaba provocando aún más contracciones.

Tras mucho esfuerzo. Vi nacer a mi hijo, Namir. Era perfecto. No había niño igual en el mundo. Era moreno y tenía unos ojos tan grandes que parecía que le ocupaban toda la cara.

Sofía decía que cuando nació, mi cara de bobo, al mirarlo, era para enmarcar. No era para menos. Nunca imagine que la felicidad podía colmarte de aquella manera.

—Gracias —le dije cuando vi que ya estaba mejor después del parto.

—Gracias por qué.

—Por darme lo más maravilloso que una persona podrá tener jamás. Esta preciosidad —lo tenía entre mis brazos y no podía dejar de observarlo. Dormía plácidamente.

—En realidad, gracias a ti, por no acordarte de poner un condón —me reí y puse los ojos en blanco. La adoraba hasta en ese estado —Ahora dámelo voy a ponerlo al pecho.

—Siento celos.

—¿Cómo?

—Yo también quiero probarlos otra vez. Me muero de ganas, nena. Y te había dicho que quería que ese cuerpo fuera solo mío, patito —le dije bromeando.

—Háztelo mirar. ¿Tú crees que yo tengo el cuerpo para esas alegrías? Siento decepcionarte, pero el único hombre que tocará mi pecho será Namir —puse pucheros, como implorando compasión.

—Bueno, puedo esperar. Él se cansará y entonces volverán a ser míos.

—Pues vete esperando sentado —me espetó sin filtros, ni contemplaciones. Me mordí el labio, le puse los ojos en blanco otra vez y me eché a reír.

La verdad que ver a esos dos seres que tanto quería en esa posición, era lo más bonito que había visto nunca.

A los tres días les dieron el alta y volvimos a casa. Lo tenía todo preparado. La cuna, la ropa, el cambiador y lo necesario para que no les faltara de nada. Había vuelto loco a Walter, buscando lo mejor. Le costó más de lo normal, estaba más acostumbrado a encargarse de coches, restaurantes o joyas de lujo, que útiles para bebé.

Sofía se sorprendió de lo bien que lo tenía organizado todo y eso me hizo respirar, no quería defraudarla.

Los días fueron difíciles cuidando del pequeño, pero las noches aún más. Habíamos tenido a un pequeño dictador que nos robaba el tiempo y el sueño.

Con el cansancio que arrastrábamos, decidí trabajar desde casa para apoyar a Sofía y aunque no me decía nada, notaba su agradecimiento en la cara, cada vez que la liberaba un ratito, para ducharse, dormir o comer con tranquilidad.

Pasados dos meses del nacimiento, era el momento de retomar las cosas que había dejado pendientes.

—Sofía, tengo que comentarte una cosa —le dije mientras ambos nos deleitábamos con el placentero baño de nuestro pequeño. Me pareció un momento distendido para entrar en la materia que me ocupaba.

—Dime —su voz sonaba relajada, parecía un buen momento.

—Es la hora de viajar a Riyadh —le dije mientras sacaba a Namir de la bañera.

—¿Ya? —Dijo mientras lo ponía en el cambiador.

—Sí, hemos esperado bastante, han pasado dos meses —ella sabía que la celebración se hacía a los siete días del nacimiento y ya había pasado demasiado tiempo.

—Está bien, ¿Cuándo salimos? —parecía que no me prestaba atención mientras untaba de crema a Namir.

—Mañana —hice una pausa—. En tres días tienen organizada la fiesta, ya sabes la aqiqah.

—No me fastidies. ¿vamos a sacrificar corderos? —me dijo sarcástica.

—Sí y también vamos a ponerle nombre —no sabía en qué plan estaba, si conciliadora o guerrera.

—Tu hijo ya tiene nombre —la notaba enfadada, tenía que tener cuidado.

—Tiene un nombre, Namir y es precioso, pero le faltan al menos dos o tres más. Esos se los pondrá el Rey, su abuelo ¿tú conoces mi nombre completo?

—No lo recuerdo la verdad —encogió los hombros como si eso no tuviera importancia.

—Pues me llamo Abdel Arfan Ali Al Saud. Tengo tres nombre y un apellido Real. Ningún príncipe tiene sólo uno, aunque generalmente, utiliza uno de ellos como nombre de pila.

—Si, en la casa Real Española es igual, tienen un montón de nombres y solo un apellido importante, en nuestro caso Borbón.

—Pues eso, tenemos que irnos dile al servicio lo que necesitas y que preparen las maletas para mañana —me dispuse a marcharme para no ahondar más.

—Espera, tu hijo es ilegítimo —le veía una mirada inquisidora, como queriendo saber toda la verdad —aun así ¿va a tener toda esta celebración?

—El rey, hace tiempo que aceptó nuestra unión, ha dado la bendición y lo ha aceptado como nieto, así que le espera la fiesta de un príncipe.

—Vale —se giró hacia el armario —Voy a hacer las maletas —la dejé a solas, y me llevé a Namir. Necesitaba que estuviera tranquila

Al día siguiente viajamos hacia Riyadh. Sofía pasó todo el viaje tensa, pero como estaba ocupada prestándole atenciones a Namir, creo que se le hizo menos duro.

Al aterrizar fuimos directamente al Palacio Real. Mi patito, quedo impresionada con su grandiosidad, aunque creo que estaba tan nerviosa que no podía ni fijarse en los detalles, como a ella le gustaba.

—Mañana nos recibirá mi padre. Ahora vamos a descansar —le dije y aceptó gustosa, sobre todo la parte de descansar. No dormía mucho, con las exigencias del glotón de mi hijo.

Ya había recuperado su figura, salvo sus pechos, que eran más voluptuosos debido a la leche.

Ella se alojó en una habitación con la cuna y yo en otra contigua. Fui a verlos a media noche. Namir estaba dormidito y Sofía leyendo. Al verme me dedicó una sonrisa. Me moría por esa boca.

—Este palacio, sí que es el de las mil y una noches. Nunca he visto nada igual.

—Sofía, gracias por venir.

—Hace mucho que no me llamas patito —me pareció que se ponía coqueta, pero no quería arriesgarme y estropearlo todo.

—Es que últimamente mantienes mejor el equilibrio —conseguí arrancarle una sonrisa.

—Bésame —me dijo sin más. Abrí los ojos tanto que se echó a reír —¿todavía sabes hacerlo?

—¿Estás segura?

—Sí —contestó.

—¿Has bebido algo? —le pregunté de broma. Sabía que apenas bebía y desde el embarazo ni olía el alcohol.

—Está bien, mojigato lo haré yo. —se acercó a mí y me dio un beso con lengua que me provocó una erección instantánea.

—¿Sofía a que estás jugando? No entiendo nada.

—No sé si son las hormonas, o es el palacio de cuento, pero hoy me apetece un hombre y tú pasabas por aquí —se volvió a reír.

—No me lo digas dos veces, nena. Me muero de ganas. Me duele la mano de masturbarme —echó tal carcajada que retumbaron las paredes.

—Eres incorregible.

—Lo soy, pero contigo nada más. Sabes que eres la única persona que saca a relucir mis verdaderos instintos —me separé un poco de ella, quería forjar unos pilares sólidos donde asentar nuestra relación. No quería dejarme llevar por el momento y que al volver a la realidad, esta me abofeteara de nuevo, separándonos.

—¿Qué te pasa?

—Pues que antes de perder la cabeza —hice una pausa perturbado por la similitud de mis palabras con lo que iba a explicarle —quiero contarte una leyenda. La de las mil y una noches Sabes que mi yegua se llama Sherezade y ¿conoces la historia? —se quedó pensativa.

—Básicamente sé que Sherezade, le contaba cuentos todas las noches al rey para que no la matara. Alibaba y los cuarenta ladrones, Aladino y la lámpara mágica, Simbad el marino...no recuerdo más. Se los contó mil y una noches, pero no se más.

—Muy bien, sabes más de lo que pensaba Es un cuento oriental muy antiguo. Explica como la esposa de Shariyar, el rey, fue descubierta siéndole infiel. Esta traición le rompió el corazón. Como ves los hombres árabes, también tenemos corazón —ella no dijo nada —El despecho y la ira le torturaban y mandó ejecutarla inmediatamente. Shariyar que era un rey sabio y tolerante se

convirtió en un villano, déspota y desconfiado.

—Bueno, puedo entenderle. Los celos son muy mal consejero —dijo Sofia —Continúa por favor.

—Más que los celos era la traición lo que le perturbó. Desde entonces no volvió a confiar en la honestidad de las mujeres, no quería volver a ser traicionado. Clamaba venganza. Así que decretó que solo se casaría con doncellas vírgenes que serían decapitadas inmediatamente después de la noche nupcial.

—¿Qué horror! Se le fue un poco la mano ¿no crees?

—En nuestro mundo la fidelidad de tu esposa, es fundamental. Un pilar de tu vida. Entiendo que él se haya vuelto loco. Yo me volví al perderte. Puedo entender su cólera, supongo que creyó que si no llegaba a conocerlas en profundidad, no sentiría nada por ellas, no se enamoraría y nunca más tendría que depositar su confianza en nadie. Eso pensé yo también antes de conocerte.

—¿Y quién era Sherezade?

—Tranquila, todo a su tiempo, tengo miedo a que si acabo demasiado pronto la historia me mandes decapitar en cuanto llegue el alba —puse ojos de cordero a punto de ser degollado, mientras veía como ella ponía cara de asombro. Esta vez no tengo prisa, usaré la táctica de Sherezade para conseguir el tiempo suficiente para hacerte volver a mí, sin remedio, pensé — Sherezade era una joven bella e inteligente, como tú. —puso cara de contrariedad —Se ofreció voluntaria para ser la siguiente esposa y evitar más muertes. Al enterarse el rey de su propósito, quedó impresionado por su valentía y contrajo matrimonio con ella. Su belleza e ingenio le fascinaban pero decidió que correría la misma suerte que sus antecesoras doncellas. Era cuestión de orgullo.

—¿Y la mató?

—Espera, impaciente. Llegó la noche de bodas...cuando el rey estaba a punto de quedarse dormido, después de consumir el matrimonio, Sherezade comenzó a contarle una historia. Aunque estaba cansado, se sintió fascinado por sus palabras ¡Sahiyar se quedó como hechizado! la historia era increíble, estaba llena de giros inesperados. Había mucha magia, héroes, genios, y por supuesto malvados y monstruos. No durmieron en toda la noche, el sol estaba a punto de salir, y se acercaba la suerte de la joven doncella, justo cuando la historia comenzó su clímax. Sherezade dejó de hablar.

—¿Y la mató?

—El rey no podía matarla quería saber cómo terminaba la historia y sinceramente, creo que estaba tan fascinado por ella, que quería volver a poseerla.

Así noche tras noche, Sherezade siguió contando la historia a su marido, en el lecho. El rey permanecía atento porque los cuentos se entrelazaban. Has nombrado tres muy conocidos, pero hay muchos más.

Cada mañana, Sahiyar perdonaba la vida a su hermosa esposa. Pronto pasaron mil y una noches, con sus días, que, para los antiguos matemáticos de oriente, el numero mil representaba la infinidad. Mil y uno, supera el infinito.

Sherezade se había ganado la confianza del rey y por supuesto su amor.

La joven salvó la vida, pero también la del resto de doncellas del reino y el corazón atormentado del rey.

—Es muy bonito.

—Sherezade, representa la femineidad que logra llevar la paz al corazón de un hombre atormentado. La inteligencia frente a la fuerza, para que lo entiendas “La música amansa a las

fieras”.

—No sé si te entiendo.

—Los hombres a veces somos muy brutos, nos dejamos llevar por el deseo más que por la inteligencia. En seguida nos enfadamos, declaramos la guerra, nos ofuscamos y hacemos daño.

Ofendidos somos como una bomba atómica, nos destruimos y destruimos todo lo que está alrededor. Una mala mujer nos llevará al desastre, pero si tenemos a la mujer adecuada al lado, sabrá guiarnos, relajarnos, y mostrarnos la solución más sabia.

Ella le sedujo en cuerpo y alma, ¿cómo te puedes desprender de alguien que se convierte en tu brújula, en la persona que te muestra el norte cuando estás perdido?, ¿entiendes porque mi yegua se llama Sherezade?

—No sé qué quieres decir.

—Cuando salto lo deposito todo en ella y aunque yo la dirijo, espero que me lo de todo, que sea fiel, que tenga la inteligencia suficiente para llevarme a la victoria, que no dude que somos un binomio. Deposito mi vida en ella, y en lo que decida hacer. Nunca me defrauda y si falla es porque yo no supe leer bien sus necesidades ¿lo entiendes?

—Creo que si.

—Una vez me dijiste que una relación se basa en la confianza y no en la posesión. Quiero que sepas que yo también lo creo firmemente —tragó saliva —Perdóname Sofía. He cometido muchos errores, lo sé, pero te quiero y deseo estar todos los días y todas las noches del resto de mi vida junto a ti. No delante, sino al lado.

—¿Aún me deseas? —me dijo sin más.

—Más que nunca, y si encima tengo chupito de leche ni te cuento —no sé cómo se me ocurrió eso pero no podía dejar de mirar sus pechos turgentes. Observé cómo se ruborizaba y temí haber metido la pata.

—¿Sería tu primera vez?

—Siiiiii —dejé de hablar. Tengo que aprovechar la oportunidad no se vaya arrepentir. Me acosté al lado de ella, le desabroche el camisón mientras la besaba. Fui bajando mis labios hasta sus pezones que reaccionaron rápido, estaban muy sensibles de amamantar. Un chorro de leche salió disparado y me salpico la cara —Esto me va a gustar —dije. Y empecé a lamerla —No aguanto más ¿puedo hacerlo?

—Ya estás tardando. Llevo mucho tiempo esperando.

—Va a ser rápido, no me aguanto.

—¡Hazlo ya y deja de hablar! —me gritó, mientras inclinaba la cabeza hacia atrás.

La penetré suavemente. Hacía solo dos meses que había parido. Noté como se humedecía al instante y soltaba un gemido. Eso me dio alas. La poseí con todo, mi alma, mi corazón y mis sentidos.

Hacía tanto tiempo que no despertábamos juntos en la misma cama, abrazados, que me pareció lo más maravilloso del mundo. Quería hacerle el amor otra vez, pero no podía forzar tanto la máquina. Así que fui al baño a ducharme y afeitarme, mientras ella se preparaba para dar de comer a Namir. En cuanto hubo terminado, nos vestimos y fuimos a desayunar.

—Sahiyar. Hoy me he ganado el perdón. No me mates hasta mañana —me dijo mientras entrábamos en el comedor.

—Eres irresistible Sherezade, pero creo que aquí la historia es al revés y el perdón me lo he ganado yo —me acerqué a ella y la besé en la frente. Me maravillaba lo serena que estaba, hoy era un día importante y se lo estaba tomando con mucha tranquilidad.

Tras un desayuno ligero, nos dirigimos al salón de audiencias, donde nos esperaban mi padre y mi madre. Al divisar a Maryam, vi como Sofía se tensaba. Los dos se acercaron a Namir. Se deshicieron en elogios y arrumacos. Hacía tiempo que no observaba tanta complicidad entre ellos.

—Lo siento Sofía. Espero que algún día me perdones. He sido tan injusta y os he hecho tanto daño que no sé cómo remediarlo —Maryam no levantó la mirada de Namir para decirlo, pero noté como se puso pálida y sus ojos se llenaron de lágrimas. El rey le agarró la mano, como para insuflarle ánimos.

—Estas perdonada Maryam. Todo esto me ha servido para madurar. He sufrido mucho no te lo voy a negar, y tu hijo también. Sin embargo, tú y yo, compartimos el amor de dos personas que son más importantes que todo lo demás. Arfan y Namir se merecen que enterremos el hacha de guerra. Lo he visto todo claro al volver aquí. Les amo profundamente y todo lo demás no importa, se irá solucionando —yo la miraba con cara de bobo. Esta mujer no dejaba de sorprenderme. Decidí armarme de valor y estar a la altura de las circunstancias, así que miré al Rey con toda la seriedad que requería el momento.

—Padre, sé qué hace tiempo me diste la bendición a este matrimonio. Ahora quiero decirte que si ella aceptara casarse y hacerme el hombre más feliz que existe, lo haría en una sencilla ceremonia en una pequeña mezquita. A estas alturas creo que es lo mejor. Me gustaría que nos acompañarais para bendecir el enlace. Si Sofía quiere una boda con todas las celebraciones lo haré encantado, pero creo que sería más cómodo para ella y mi hijo —mi padre asintió con la cabeza. Entonces la miré. No se había enterado de nada porque la conversación había sido en árabe. Apoyé la rodilla en el suelo y saqué el anillo que llevaba guardando desde nuestra anterior visita a Riyadh.

—Sofía, mi patito, mi Sherezade, mujer de mi vida ¿quieres casarte conmigo? —se quedó callada y yo empecé a sudar.

—Cuanto se ha retrasado este momento. Claro que sí. —me levanté, le di un beso de tornillo, la abracé y la alcé por los aires. Todos reíamos —No me aprietes tanto o me va a salir la leche disparada —me susurró al oído. La dejé en el suelo con una sonrisa lasciva en la cara.

—Por la tarde, tenemos una celebración importante —dije mirando a mi padre —¿ya tiene elegido su nombre?

—Por supuesto, pero lo comunicaré en su momento, delante de nuestros familiares y amigos.

—Gracias padre —no podía más que estarle agradecido por la gestión que había hecho de esta crisis. Era un gran Rey y lo demostraba todos los días.

—Ahora quiero hacer yo una pregunta —dijo Sofía, mirando a mi padre con cara de pena —¿lo de la circuncisión es necesario?

—Si —contestó él no pudiendo evitar reírse. Sofia había conquistado su corazón —Debemos comenzar los preparativos de la aqiqah —miró a Sofia —Te irás con Mayam y las demás mujeres a rasurar el pelo a Namir, mientras Arfan y yo, iremos a sacrificar los corderos —Hemos montado unas Jaimas en el exterior. Al atardecer, vendrán nuestros allegados a celebrar con nosotros. Ahí anunciaré el nombre. Cumplidas estas tareas, el medico se ocupará de tu hijo —Sofia se puso pálida.

—¿Le harán daño? —preguntó.

—Es un bebé, se le pasará pronto —el rey le acarició la cara —todos hemos pasado por ello y aquí estamos.

—Pero y si queda lesionado —insistió Sofia.

—¿Te parece que Arfan tiene algún problema con su miembro viril? —El rubor de sus mejillas delataban que la conversación había terminado ahí.

Maryam agarró del brazo a Sofia y ambas, se fueron de la sala.

—Me gusta tu prometida, va a ser una buena esposa —asentí con la cabeza —vamos es hora de hacer los sacrificios —volví a asentir y nos dirigimos al patio.

EL OASIS

La audiencia con el Rey había ido genial. La maternidad me había sentado muy bien, porque estaba relajada. No sé si serán las hormonas o que ser madre ayudaba a relativizarlo todo, lo cierto es que había dado el paso y me iba a casar con el amor de mi vida y el padre mi hijo. Es cierto que los padres de Arfan, esta vez habían ayudado mucho. ¿y por qué había cedido?, ¿por qué me entregué de nuevo a sus brazos esa noche? Tenía pavor a volver a Riyadh. Sentía que aquí volvería a salir el Arfan del decálogo del maltratador. Dominante y machista. Pero nada más lejos de la realidad. Ahí seguía mi tierno y considerado amigo. Había venido para quedarse. No vi una sola sombra del antiguo príncipe. Al final parece que la gente si cambia. Los dos, éramos distintos a los que se encontraron frente a la escalinata del club ecuestre. Eso es lo que tiene la vida, nunca dejas de crecer.

—Vamos Sofia va a empezar la aqiqah y debemos vestirnos —dijo Maryam, acercándose a mí —deja a Namir un momento con el servicio, ellas se encargarán de prepararlo.

—Está bien —me costaba separarme de él y más sabiendo lo que le iba a pasar terminada la ceremonia, pero dejé hacer y Maryam me condujo a una habitación, donde tenía preparado un bonito vestido blanco con bordados en oro, un pañuelo en el mismo color y unos zapatos dorados.

—Vístete, luego vendrán a hacerte la henna y a maquillarte.

—¿Qué es eso? —se me escapó, no quería parecer una inculta, pero todo aquello era nuevo para mí.

—¿La henna? —asentí con la cabeza mientras Maryam me dedicaba una sonrisa condescendiente —es una planta, de la que extraemos un tinte natural, que utilizamos para teñir el pelo y para hacer tatuajes ceremoniales en manos y pies. Ya verás que bonitos son.

—¿Tatuarme?, no estoy muy segura de eso —Maryam sonrió.

—No te preocupes es una pintura temporal. Ahora te dejo sola para que te vistas que yo voy a hacer lo propio —me dio un beso en la mejilla y se fue.

Apenas me había puesto el vestido y los zapatos, cuando dos mujeres empujaron la puerta y entraron. Me indicaron con gestos que me sentara en una silla. Una de ellas se puso a pintarme las manos con una aguja y una sustancia marrón, mientras la otra se afanó en maquillarme la cara. Después me recogieron el pelo y colocaron el pañuelo. Tras finalizar, se miraron satisfechas, empaquetaron todos los utensilios y se fueron, haciendo una reverencia al salir.

Me habían realizado unos dibujos florales en manos y pies que me resultaron agradables. Me incorporé para mirar el conjunto en el espejo.

Casi me caigo del susto. El maquillaje de mi cara era exagerado, parecía un payaso. Una base blanquecina, colores fucsias y azules en mis párpados, colorete y carmín rojos.

Quería llorar, quitármelo, pero me contuve, estaba dispuesta a aceptar los convencionalismos sin protestar.

Cogí mi móvil y le mandé un WhatsApp a Arfan para calmarme

Yo

Cualquier cuadro impresionista tiene

*menos colores que yo en la cara.
¿Por qué me han disfrazado así?*

Le di a enviar, mientras no podía evitar mirarme de reojo en el espejo. Estaba espeluznante

Arfan

*No exageres. Esta noche nos
duchamos juntos
y te quito la pintura yo mismo.
No pude evitar reírme*

Yo

*¿Nunca piensas en otra cosa?
En serio, no quiero que nadie me vea así.*

Apenas pasó un segundo ya tenía la respuesta

Arfan

*No puedo pensar en otra cosa
Sólo de imaginarlo me pongo...
Por favor, no te desmaquilles.
Es solo una tarde*

—Estas divina, pareces una novia —oí decir a Maryam detrás de mí, cuando iba a contestar al último whastapp.

—Gracias —dije concisamente. No quería agraviarla.

—Vamos, ya le han rasurado el pelo a Namir y los hombres esperan para la celebración —me agarró de la mano y salimos camino de los jardines. A nuestro paso, más señoras se unían, casi todas tapadas con túnica y tocado negro, que apenas si dejaba entrever sus ojos. Incluso Maryam que vestía con un maravilloso vestido plateado, se fue poniendo aquel hábito negro de camino. No entendía porque yo iba al descubierto y decorada como un grafiti. Está claro que se me escapan demasiadas cosas en esta cultura.

Intenté repasar las palabras de Arfan, sobre las mujeres, los hombres y su necesidad de preservarlas de miradas lascivas. Seguía sin entender porque yo iba tan expuesta, parecía que me exhibieran como un trofeo.

Cuando llegamos a la jaima, formábamos un grupo de veinte o treinta mujeres de distintas edades.

En el interior nos esperaba un número más cuantioso aun de hombres, unos cincuenta, calculé.

La jaima tenía recubierto el suelo de alfombras persas y del techo colgaban faroles ornamentados y con cristales de colores. Había mesas, pero ningún otro mueble, salvo una cunita, en la que imaginé estaba mi hijo.

Intenté acercarme a él, pero no me dejaron. Me condujeron a una de las mesas y me indicaron que me sentara en el suelo. Todas las mujeres nos sentamos a un lado de la sala y los hombres el contrario. A mi lado dejaron un sitio vacío. La gente me miraba indiscretamente, sin ningún tipo de disimulo, parecía que estaban estimando mi valía, juzgando si estaba a la altura de la posición que estaba ocupando. Me sentía como una mercancía. Notaba miradas lascivas en algunos hombres.

<<Menos mal que las prometidas, son sagradas para el resto de varones>>.

El rey entró en la sala junto con Arfan y todo el mundo dejó de mirarme, gracias a dios. No

sabía cuánto aguantaría aquel escrutinio público.

En cuanto se sentaron, El Rey presidiendo la mesa de los hombres y Arfan a mi lado, era el único hombre en ese lado de la jaima. Empezaron a desfilar platos, con cordero, arroz, cuscús, ensalada y puré. En un momento habían llenado las mesas.

Los comensales empezaron a servirse con la mano. Busqué algún cubierto, pero no había. Así que pensé <<allí donde fueres, haz lo que vieres>> y cogí un poco de arroz.

—Estas preciosa —me susurró Arfan al oído.

—¿Tú crees?, deberías graduarte la vista —me miró de arriba abajo de forma libidinosa.

—Pareces una mujer saudita el día de su boda y los aquí presentes están gratamente sorprendido con tu belleza —añadió —aunque no eres consciente, te han preparado una presentación en sociedad y hasta el momento, está funcionando bien. No es lo convencional, pero dadas las circunstancias mi padre ha hecho una excepción y nadie le contradice.

—Pues no veo el momento de quitarme este pintarrajeado que me han puesto en la cara. En la ducha —dibujó una sonrisa, pero no dijo nada más, porque en ese momento el Rey se levantó y todos guardaron silencio.

—Gracias a todos por acompañarnos en este gran día —hizo una pausa —Espero que estéis disfrutando como yo de esta celebración —no esperó ninguna respuesta —Estamos aquí reunidos para celebrar la aqiqah de mi nieto, que a partir de hoy conoceremos como Príncipe Abdu Salam Namir Al Saud —algunas mujeres empezaron a emitir sonidos con la boca, algo parecido a un aullido armónico —También aproveché para presentarles a la prometida del príncipe Abdel Arfan Ali El Saud, a su lado —me señaló para que quedara claro quién era, por si no era de por si evidente. La única que no llevaba la túnica y el pañuelo negro —Dado que se casarán en tierras lejanas y no podremos organizar los faustos habituales, nos ha parecido procedente juntar estos dos eventos —me miró y me dedicó una leve sonrisa —Ahora sigan disfrutando de los postres — Se sentó y vi como unos hombres se acercaban a la cuna y se llevaban a Namir. Quise levantarme, pero Arfan me sujetó discretamente para impedírmelo.

—¿Cuándo nos lo devolverán? —estaba muy agobiada.

—Tranquila —me agarró la mano por debajo de la mesa para evitar miradas curiosas —la operación dura veinte o treinta minutos y ya te podrás reunir con él —respiré aliviada.

—Me gusta el nombre que le ha puesto —cambié de tema, para intentar no pensar en ello.

—Te explico el significado —asentí con la cabeza —Abdu, indica que es siervo de dios, se suele utilizar como primer nombre para indicar que es un ser devoto; Salam, así se llama su abuelo, significa paz. Es todo un detalle del Rey haberle puesto su propio nombre y Namir, por respeto a ti y tu decisión. Como ya sabrás se aplica a personas viriles y fuertes, pero a la vez sensibles, nobles y de buen corazón, como un leopardo o como un oso.

—Increíble todo lo que pueden decir tres palabritas de nada —le apreté la mano y movió la cabeza riéndose.

—Eres incorregible.

Pasados dos días y las curas pertinentes, Namir estaba en perfecto estado. Ya sólo me quedaban tres cosas que hacer antes de irme. La primera llamar a Maribi para contárselo, la segunda, hacer el amor en todos los lugares que pudiera del palacio, tenía que recuperar el tiempo perdido. Estas dos las haría en cuanto hiciera la tercera. Para llevarla a cabo necesitaba a Maryam. Fui en su busca.

—Hola Maryam, te estaba buscando —vi su cara de sorpresa —Nos marchamos pasado mañana y quería pedirte algo.

—Dime, lo que sea, si con ello puedo resarcirte del dolor causado.

—Sabes que no tengo madre y me voy a casar —sus ojos se inundaron de lágrimas —¿me podrías acompañar a comprar un traje de novia?, quiero uno ceremonial de aquí. Darle una verdadera sorpresa ese día a Arfan.

Ahora es buen momento, porque acabo de darle el pecho a Namir, está durmiendo. Tenemos cuatro horas hasta que el glotón vuelva a pedir y mis pechos se hinchen como pelotas llenas de leche.

—Por supuesto vamos enseguida. Voy a solicitar que un hombre nos lleve en coche —no recordaba que aquí las mujeres no pueden conducir. Quiero mucho al padre de mi hijo y lo respeto, incluso sus tradiciones ¿pero qué sentido tiene que las mujeres no puedan conducir?

Mientras la esperaba, oí a Alejandro Sanz en mi móvil, Tengo que cambiar ese tono. Que no se me olvide.

—Hola preciosa —contesté —¿cómo te va?

—Estupendamente. Tengo una noticia que darte —noté que estaba muy emocionada.

—Yo también, pero di tu primero.

—¿Estoy embarazada!. Empezó a gritar y sentía como daba saltitos como una loca.

—Es la mejor noticia que me podías dar. Sabes que, seguro que será niña y la futura novia de mi Namir —las dos no reímos —bueno, vas cumpliendo tu sueño. Un marido espectacular, unos cuantos perros, una cuadra llena de caballos, tu primer hijo...pero te falta algo.

—¿El qué?, lo tengo todo. Nunca lo he tenido más claro.

—El periquito. ¿Acaso no te acuerdas? —Las dos nos pusimos a reír a carcajada limpia.

—Tengo un halcón de cetrería, cariño. Teniendo un ave rapaz quien necesita un periquito —volvimos a desternillarnos —¿Qué es lo que me querías decir?

—¿Que me caso! —Oí como pegaba otro grito y llamaba a Robert.

—¿Pero cómo ha sucedido? —preguntó cuándo se había calmado.

—Pues Arfan me lo ha pedido en Riyadh y le he dicho que sí. Soy muy feliz, tanto que me da miedo.

—Ya te iba tocando un poco felicidad. Deja que fluya amiga, te lo mereces —hizo una pausa —¿me invitarás a la boda? —dijo burlona.

—Si tú no estás presente, no habrá boda. Eres mi única familia —noté como se emocionaba.

—Te quiero princesa. No sabes lo contenta que estoy —oía como se enjugaba las lágrimas.

—Yo también hermana y llámame Alteza Real —ambas nos desternillamos de risa. Nos despedimos con la promesa de vernos pronto cuando Maryam apareció para llevarme de compras.

En la tienda me compré el más bonito de los vestidos que había. Era de seda color azul cobalto con bordados en hilo de plata. Me quedaba precioso y valía una fortuna, pero yo no tuve que pagarlo, ella se empeñó que fuera su regalo de bodas. Al vestido añadió unos zapatos

carísimos y unos pendientes de diamantes.

Fui en busca de Arfan y me lo encontré en la habitación acunando en brazos a Namir. El muy glotón ya había despertado. Me quedé un segundo apoyada en la puerta observándolos, pues estaba tan ensimismado mirando a su hijo que no se percató de mi presencia.

—No me pellizques por favor —dije bajito pero con la intención de que me oyera. Levantó la mirada y puso cara de verdadera admiración al verme.

—¡Sofía!, ¿Dónde has estado?, tus hombres te echaban de menos —rebosaba ternura y mi corazón se deshacía de puro amor.

—Con tu madre. Al final, igual hasta nos hacemos amigas —dije poniendo una pose de cierta indiferencia.

—Eres increíble y eso hace que te ame, más si cabe —me acerqué y me senté en la cama junto a ellos, el me dio un beso en la frente —antes de casarnos quiero ir al cementerio donde están enterrados tus padres —me dio un vuelco el corazón al recordarlos.

—No te pongas triste. Es por un buen motivo. Quiero presentarles mis respetos y decirles que su adorada hija nunca jamás caminará sola —me miró fijamente —¿te parece bien? —asentí con la cabeza y una lagrima corrió por mi rostro.

«Esto no puede ser real ».

—Dame a tu hijo ya, tengo que darle de comer —Arfan se sentó en la cama a observarnos, embelesado —necesito aclarar algunas dudas.

—Aquí estoy para lo que te pueda ayudar —su voz sonaba relajada, atrás había quedado la crispación que afloraba cada vez que entablábamos una conversación con tintes escabrosos.

—¿Podemos casarnos en una mezquita, siendo yo cristiana? —bajé la cabeza para colocar a Namir, y que no pensara que lo desafiaba con la mirada.

—Si, a los hombres musulmanes se nos permite casarnos con cristianas y judías.

—¿a las mujeres no? —deduje sin pensar.

—No, las mujeres musulmanas solo pueden casarse con hombres musulmanes, sino quieren deshonorar a su familia —moví la cabeza como signo de desaprobación.

—¿Y por qué las mujeres no pueden conducir?, ¿Qué sentido tiene eso? —no quería entablar una discusión, así que use un tono despreocupado.

—No lo vas a entender, pero te lo explicaré —insufló aire —Las mujeres siempre tienen que estar tuteladas por un hombre, y son estos los que deben procurarles protección y manutención. Primero el padre, luego el marido.

Sobre él recae el peso de que no les pase nada y digamos, que se lo toman muy a pecho. Entre las medidas de protección está que no viajen solas y ahondando en eso para su propia seguridad que conduzcan por ellas.

—Eso es absurdo, machista y casi abominable, porque hace que el hombre y la mujer no sean iguales de derecho.

—Te dije que no lo ibas a entender. A ojos de una occidental las árabes están subyugadas.

—¿Y no crees que es así? —me estaba enfadando y no quería.

—Jamás te obligaré a que asumas esas medidas, pero tampoco quiero que las juzgues desde tu prisma, por favor, son mundos distintos y no conoces lo suficiente de cómo nos hemos criado para considerar que los hombres obran mal. Así lo han visto hacer siempre y actúan en consecuencia.

—Lo siento, no lo entiendo —volví a negar con la cabeza.

—Yo he oído a sacerdotes cristianos dictar normas sobre el hombre y la mujer muy similares a las que rigen aquí —hizo una pausa —la diferencia es que en Arabia se respetan y los católicos,

en su gran mayoría, hacen caso omiso, pero en muchas cosas son igual de conservadores —medité un momento y llevaba parte de razón —Sofía, he meditado mucho sobre esto. No quiero que nada se interponga entre nosotros. En el futuro, quiero que en nuestra casa no impere ninguna religión. Que cada uno sea libre de creer en lo que quiera. Y eso incluye a nuestros hijos —¿había dicho hijos en plural? Ahora debe creer que me voy a poner a parir como una coneja. Lo lleva claro — He sido un necio. Quería que hicieras las cosas según mi punto de vista y estaba equivocado. Yo te quiero a ti, Sofía, tal como eres. Deseo que seas libre y que si estás conmigo es porque realmente quieres hacerlo —bajó la cabeza —es difícil para mí, mostrar mis verdaderos sentimientos. Bajar la guardia. No me han educado así, pero contigo...contigo es distinto. Me siento feliz haciéndolo. Compartiendo nuestra vida tal como somos.

—Está bien —¿pero no se suponía que era un tipo duro y posesivo?, como había cambiado. Aunque yo siempre supe que detrás de aquella pose había ternura y bondad a raudales, sólo que él era incapaz de dejarlos salir y de que le dominaran —Voy a terminar de dar el pecho que luego tú y yo tenemos una tarea importante que hacer antes de irnos de palacio.

—¿El qué? —dijo sorprendido, mientras me pasaba una toalla para secarme el pecho con el que ya había terminado.

—Pues una cosa que se nos da muy bien hacer juntos. Ten paciencia y déjame amamantar.

Cumplidas las tareas uno y tres, fue un placer llevar a cabo la dos. Entre toma y toma, Arfan y yo hicimos el amor en cada uno de los rincones del palacio.

—Le hemos quitado la virginidad al palacio entero como en su día lo hicimos con la mesa del Señor Martínez. ¿ha sido tu primera vez? —le pregunté a Arfan.

—Si nena, pero no será la última.

—Te quiero —sus ojos se salían de las órbitas y me besó con ternura. Entonces, me di cuenta. Era la primera vez que pronunciaba esas palabras.

LA ABSOLUCIÓN

Atareada con la maternidad llegó el día de nuestra boda, casi sin darnos cuenta.

Habíamos resuelto celebrarla en Madrid, donde fijaríamos nuestra residencia durante algún tiempo. Arfan tendría que viajar frecuentemente, pero nuestro hogar estaría aquí.

Por su puesto, prácticamente nada más aterrizar, Arfan me obligó a llevarle al cementerio donde estaban enterrados mis padres. En la tumba, depositó un bonito ramo de rosas y comenzó a hablar —Señor Fernández, he venido hasta aquí para pedirle aprobación para el matrimonio con su hija, según mandan las normas del cortejo. Espero que donde se encuentre, acepte mis condiciones. Le aseguro que será feliz a mi lado, la protegeré toda mi vida y no le faltará nada — alzó las manos al cielo, recitó algo en árabe que no pude interpretar y se giró a mirarme.

No tenía nada que decir, era enternecedor aquel detalle, así que le cogí la mano, apretándosela fuerte para transmitirle mi apoyo y juntos volvimos al coche, sin hacer ninguna referencia a lo que acababa de hacer.

Como habíamos decidido, organizamos una boda sencilla. La ceremonia religiosa, se realizaría en la Mezquita central de Madrid.

Maribí, Robert y el Rey Salam eran nuestros testigos. Era tradición llevar tres. A mi querida amiga, ya se le notaba el embarazo, estaba guapísima.

Maryam me ayudó a vestirme y me puso los tatuajes de Henna, típicos de las bodas. Cuando me dirigí a la calle Anastasio Herrero, estaba abarrotada de periodistas, intentando captar una exclusiva.

«Nunca me acostumbraré a la notoriedad que suscita mi prometido y su familia».

Arfán se quedó boquiabierto al verme. Él estaba impresionante con su traje blanco y esa cosa en la cabeza, que no me acuerdo como se llama.

En el salón, había pocas personas, además de nosotros y nuestros queridos testigos, estaban Maryam; Rosario; Manu, el encargado de Mar de Salsa, con su última conquista, una exuberante rubia que era todo menos discreta; el pequeño Namir, la cuidadora que habíamos contratado para encargarse de nuestro pequeño príncipe, Walter y Abdullah, el dueño de la carnicería Halaal, con su mujer.

A estos últimos, me había empeñado en invitarlos yo, porque aunque era marroquí, había sido toda una inspiración en mi camino al conocimiento del mundo musulmán, aunque él no lo supiera.

Fui a visitarlo con Arfan. Ellos dos se reunieron a solas, mientras las mujeres tomábamos té en otra estancia. No sé qué hablaron, pero Abdullah, solo hacía reverencias a nuestro paso, con lo que creo que mi querido príncipe fue muy generoso, en agradecimiento a la confianza que yo tenía en él. Falso, simplemente era el único musulmán que conocía y formaba parte de mi convivencia antes de conocer a Arfan. Pero no me iba a meter en eso, ellos arreglaban las cosas a su manera.

En la ceremonia, el magistrado o sheikh, fue rápido, creo que estaba algo apabullado por la presencia del rey Salam y tras las formalidades, Arfan tomó la palabra.

—Quiero agradeceros vuestra presencia en el día más importante de mi vida. Hoy, he conseguido que la mujer más maravillosa del mundo, acepte pasar el resto de su existencia junto a mí —hizo una pausa y me miró a los ojos —El día que la conocí, cambió mi existencia para

siempre. Nuestro primer encuentro fue accidentado. Se tropezó y se cayó. Al intentar ayudarla, su profunda mirada me robó el corazón. Desde entonces, no he deseado otra cosa que compartir el resto de mis días con ella.

No ha sido fácil, pero por fin ha llegado el momento de sellar nuestro amor —me agarró la mano y me miró profundamente —Algunas veces te has preguntado porque te escogí a ti entre muchas, y hoy quiero contestarte. El Corán enseña que es lo que debemos buscar en una mujer para desposarla, aunque no sea de nuestra misma religión y reza que, debe ser pura de corazón; paciente en la adversidad, sencilla y generosa en la abundancia; virtuosa; pudorosa; con carácter, decidida, estudiosa, que cumpla sus deberes con la misma determinación y firmeza con que exige sus derechos; fértil y buena madre. No perfecta, tan humana como yo y que me ayude a seguir el camino recto; y Sofía, todo eso eres tú —una lágrima surcó mi cara —Namir y tú lo sois todo. No puedo ni imaginar una vida sin vosotros, prefiero la muerte. Gracias por hacerme el hombre más feliz de la tierra. Antes de conocerte no sabía lo que era sentir, lo que era desear, lo que era compartir, lo que era vivir de verdad.

Tras esa declaración no pude más que besarle, aunque me habían advertido que eso no se puede hacer dentro de una mezquita. Aún, no me puedo creer lo afortunada que soy al tenerle a mi lado. Me armé de valor y tomé la palabra.

—La vida es muy extraña. Siendo muy joven me arrebató todo lo que me importaba sobre la faz de la tierra, mi familia —tragué saliva —me sumí en las tinieblas, y en esa oscuridad te encontré a ti. Por un tiempo, pensé que eras el mismísimo demonio que había venido a reírse y retorcerme el cuello definitivamente —sonreí levemente —y sin embargo conseguiste que volviera a estar viva, a creer. Nunca había sentido esto por nada ni por nadie. Te convertiste en mi tabla de salvación y en el que me ha dado de nuevo una familia.

Arfan, cada poro de mi piel te ama y te necesita. Nunca pensé que se podía querer a alguien así y tampoco sabía que existían personas tan maravillosas como tú —bajé la cabeza —era muy difícil para mí decir todo aquello, mirándolo a los ojos —Yo no sé cómo debe ser el hombre con quien desposarse, no tengo ningún libro que lo diga, pero si se las virtudes que me han conquistado de ti. Eres tremendamente viril a la vez que el hombre más tierno que he conocido; considerado; inteligente y absolutamente esplendido, en todos los sentidos, económicamente por supuesto, pero también en paciencia, comprensión y perdón; y pasional, nunca me imaginé ni en lo más profundo de mi ser que se pudieran despertar en mi tantos sentidos.

Arfan me has hecho la mujer más afortunada del mundo y esta vez no me pellizques —le guiñé un ojo —Te quiero, y sabes lo difícil que es para mí pronunciar esas palabras —asintió. Miré a la gente que nos acompañaba —A pesar de lo que acabáis de oír, debo deciros, que, en realidad, todo esto no es nada, porque solo le quiero por su dinero y posición social —tras un momento de silencio, todo el mundo se echó a reír y se puso a aplaudir.

—Y luego hablan del humor inglés —dijo Arfan mientras se aproximaba para darme un beso de tornillo.

Terminada la boda, fuimos a celebrarlo a nuestra casa de guardeses, que habíamos renombrado como Villa de las mil y una noches. Estaba espectacular tras la reforma y el jardín lucía grandioso, rodeado de un bosque impresionante, que se había iluminado para la ocasión.

Maryam me obligó a cambiarme de vestido por uno que ella misma había elegido. Era un traje de novia tradicional, de seda blanca, lleno de pedrería y encaje. Muy recargado para mí gusto, pero ya había entendido que debía pasar por esas cosas. A cambio conseguí que me dejara cambiarme para el baile nupcial por uno que me había comprado yo. Largo y de caída desde los

hombros, de organza beige con algo de transparencia y sutiles adornos florales dorados diseminados de forma diagonal del hombro a la cadera.

Durante el banquete, donde por supuesto hubo hamburguesas y langosta, Arfan me entregó una carta.

—No podía haber mejor regalo de bodas —me dijo y nerviosa abrí el sobre. Era un email impreso.

Estimada Sofía,

Tras recibir todas sus pinturas organizamos rápidamente la exposición y no ha podido ir mejor. Lo hemos vendido todo y tengo clientes esperando más obras. Querida, ha triunfado, es usted famosa.

Espero que tras su viaje de novios se ponga a la tarea y me envíe pronto nuevas piezas.

Felicidades por su matrimonio,

Sir James Hamilton.

Pegué un grito y me abracé a él. No sé cómo había ocurrido, pero sentía que lo había logrado todo. Tenía una prometedora carrera artística, un marido con el que jamás había soñado y un hijo maravilloso, todo mucho antes de lo planeado, con tan solo veintiún años. Y aún guardaba un último as bajo la manga.

Cuando fui a cambiarme y por fin pude quitarme aquel vestido espantoso, me avisaron de que mi marido me esperaba en la pista. Al verme aparecer con mi modelito, dibujo una sonrisa que no supe traducir.

Sonó nuestra canción, que indicaba que empezaba el baile nupcial, nos abrazamos y quedamos perdidos el uno en el otro, mirándonos fijamente a los ojos, como si el mundo alrededor hubiera desaparecido y sin darnos cuenta que todos se habían unido ya a nosotros y no estábamos solos.

—Arfan, soy la mujer más feliz de este mundo.

—Eso es lo que quería. Te amo.

—Y yo a ti —le miré buscando la forma de continuar —tengo que decirte algo.

—Dime patito.

—A este paso, la casa se nos va a quedar pequeña, pronto. Debemos tener más cuidado.

—¿Por qué dices eso?

—Estoy embarazada

EPÍLOGO

Habían pasado cuatro horas desde la última vez que había abierto los ojos. Los médicos nos habían dicho que era cuestión de horas que nos abandonara Un maldito cáncer en el cerebro que no se había detectado hasta que fue irreversible, se había extendido y estaba acabando con ella, pero para mí hacía semanas que me había dejado, desde que empezó a presentar los primeros síntomas.

Al principio lagunas temporales, enseguida oscuridad total.

Ya no me reconocía, ni a mí ni a sus propios hijos. Namir y Nora no existían para ella. Nada. De vez en cuando tenía momentos de lucidez, muy breves y escasos, pero sobre todo, había una cosa que ejercía un efecto reminiscente importante y era la música.

Ella siempre relacionaba a la gente con canciones, con tonos que ponía en el móvil para reconocerlos. Cada uno tenía su melodía y representaba en su mente, la esencia de esas personas. Había una en concreto que la devolvía a la realidad más que ninguna. Era la canción que me tradujo cuando nos conocimos y que creó un vínculo para siempre entre los dos. Durante unos segundos, mientras la melodía sonaba sus ojos se iluminaban y una sonrisa se dibujaba en su cara. Tras ese breve instante se volvía a perder no se sabe dónde, en una oscura inmensidad, en la que se volvía a desvanecer.

¿Qué haría yo sin ella?, sé que tengo que dejarla ir. Los médicos me lo han dicho, mis hijos me lo han dicho, hasta Maribi me lo ha dicho, pero me resisto a seguir viviendo sin ella. Como hacerlo. Sofía es toda mi existencia, es mi elixir mágico. No puedo soportar que se apague y me deje solo. Es mi brújula, el motivo de cada uno de mis pasos y decisiones. Hundí mi cabeza entre los brazos, apoyados en la cama. Noté una mano que me acariciaba el pelo. Me levanté ligeramente, y allí estaba, sentada en la cama, mirándome y acariciándome.

—¿Por qué lloras Arfan? —me dijo desprendiendo ternura.

—Porque no quiero perderte Sofía. Eres mi vida —estaba atónito, no podía creer que estuviéramos hablando de nuevo y no con aquella persona que se parecía a mi mujer, su sombra. Ahora sí, era mi amor.

—Nunca me perderás. Sabes que soy tuya. Hemos tenido suerte, una larga vida, dos hijos maravillosos y una gran pasión —su voz sonaba cansada, pero plácida, como quien llega a la meta, agotado pero satisfecho por el resultado obtenido.

—Lo sé, si volviera a vivir mil veces quisiera hacerlo de la misma manera, contigo —no pude evitar volver a ponerme a llorar. Ella estiró su mano, y me secó la primera lágrima que brotó de mi ojo.

—Hemos hecho grandes cosas ¿verdad?, pero ahora estoy cansada. No te preocupes, aunque el puente sea de espinos te esperaré al otro lado. Siempre estaré contigo. Si tengo que recorrer todos los cielos y hablar con todos los dioses de todas las religiones para que permitan que nuestras almas vivan juntas en la eternidad, lo haré —hizo una pausa cerrando los ojos. Estaba muy pálida, más aún de lo que estaba antes —Te quiero Arfan, abraza a tu patito —Me fundí con ella en un gran abrazo, que al cabo de unos segundos me di cuenta que era el último. Había muerto en mis brazos. La posé delicadamente en la cama, besé sus labios por última vez y salí de la

habitación para llamar a nuestros hijos y al médico.

De vuelta en la habitación, mientras los demás la rodeaban, estaba tranquilo. Sofia jamás rompía una promesa y había jurado esperarme. No tardaría mucho en cruzar aquel puente y encontrarme con ella.

Mi tiempo se había terminado. Miré a Namir y a Nora.

<<Es su tiempo>>.

Ahora, la verdadera historia digna de contar es la suya. Dos personas libres, que han crecido, en unas condiciones diferentes. Padres de distinta religión, hijos de un príncipe y una pintora de éxito, con medio cuerpo de Madrid y el otro de Riyadh.

De esa complejidad, han surgido dos seres excepcionales, con su propia historia y sus propias luchas. Sus vidas no son fáciles, pero creo que siempre han tenido claro una cosa. Se puede superar cualquier dificultad si en tu alma hay amor y esperanza.